



# **Tierras de Promesas Hombres por Educar**

Un análisis Histórico de las Relaciones del pueblo Caqueteño y los Misioneros  
de la Consolata en la Década de los Sesenta del Siglo XX

Requisito parcial para optar al título

de

Magíster en Historia

**MAESTRÍA EN HISTORIA**

**FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES**

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA**

**(2010)**

**ESTUDIANTE:**

**EDGAR CHAVARRO ORTÍZ**

**TUTORA:**

**AMADA CAROLINA PÉREZ BENAVIDEZ**

## TABLA DE CONTENIDO

<b>INTRODUCCIÓN</b> .....	<b>4</b>
---------------------------	----------

### **CAPITULO 1**

1. Colombia en los años Cincuenta .....	19
1.1 Iglesia y Estado .....	24
1.2 Las misiones en Colombia .....	28
1.3 La región del Caquetá .....	32

### **CAPITULO 2**

2. De cómo la delegación colombiana se acreditó y proyectó en el Vicariato de Florencia .....	43
2.1 Capitulo general de 1949 .....	45
2.2 La determinación de Propaganda Fide .....	52
2.3 De la angustia del nombramiento a la exaltación de la consagración y posesión ..	58

### **CAPITULO 3**

3. Los primeros contactos de la Consolata en el Caquetá .....	62
3.1 Tierra de promisión .....	63
3.2 De la valoración a la experiencia .....	66
3.3 Padre Migani y sus correrías .....	68
3.4 La misión y su compromiso con el orden público .....	76
3.5 Muerte del Padre Migani .....	81

### **CAPITULO 4:**

4. Las obras consolidan una parte de la misión I.M.C en el Caquetá .....	85
4.1 Razones por las que se legitimaba la colonización en el Caquetá .....	86
4.2 Los misioneros y la colonización .....	87
4.3 Expresiones de receptividad .....	92
4.4 Después de la efervescencia .....	96
4.5 Pasos de civilización .....	100

4.6 La educación y sus componentes .....	100
4.7 La expansión de la misión .....	106
4.8 Historiografía de la espiritualidad .....	111
4.8.1 El don del consagrado .....	112
4.8.2 Lo apoteósico de las visitas a las comunidades .....	113
<b>CAPITULO 5:</b>	
5. Críticas y frustraciones de la misión.....	120
5.1 Introspecciones del Obispo .....	121
5.1.1 Primer momento: La llegada (1952-1953).....	121
5.1.2 Segundo momento: Desde la experiencia (1953-1955).....	124
5.1.3 Tercer momento: La retirada (1956-1960).....	127
5.2 Incomprensiones políticas .....	133
5.3 El elemento extranjero y su exclusividad .....	134
5.4 Proyectos malogrados .....	140
5.5 Las vicisitudes en la Tarea Educativa .....	144
5.5.1 El caso Andaquí .....	145
5.5.2 La misión del El Espectador .....	148
<b>CONCLUSIÓN .....</b>	<b>152</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA .....</b>	<b>156</b>
<b>Mapas.</b>	
<b>Fotos.</b>	
<b>Siglas.</b>	

## Introducción

La trascendencia de acuerdos ya sean institucionales, políticos, convencionales o informales tiene implicaciones de orden social, moral, cultural y religioso para lugares específicos. Es el caso de la Intendencia del Caquetá, en la segunda mitad del siglo XX, cuando la Curia Romana en coordinación con la Iglesia colombiana dispuso de una región en el sur del país, para que fuera acompañada material y espiritualmente por la Congregación de los Misioneros de la Consolata, procedentes de Italia. Al acuerdo entre la institución eclesiástica se unió el Gobierno colombiano, avalando con las disposiciones legales vigentes, con lo cual se dio la entrada de los Misioneros al territorio nacional y se instauró la regencia en el lugar de misión.

El gobierno eclesiástico que se instaló en el llamado Vicariato de Florencia, presidido por Monseñor Antonio María Torasso, además de conducirse por una filosofía propia del ser religioso, también tuvo que trabajar con políticas del Gobierno Nacional diseñadas específicamente para estas circunstancias. Por lo tanto, teniendo las misiones católicas un papel preponderante, casi básico, en la formación de comunidades de colonos e indígenas con las cuales se ha configurado la sociedad caqueteña, es de vital importancia conocer el ser y el quehacer de la última de estas misiones (1952 – 1960) con la cual dicho territorio llegó a ser Departamento y fue adentrándose en el siglo XXI.

Esta investigación pretende presentar a la sociedad colombiana y, especialmente, a la caqueteña, cómo era la situación del Caquetá a mediados del siglo XX; quiénes fueron sus protagonistas y cuáles eran las expectativas inmediatas de sus gentes a la llegada de un grupo de misioneros de la Consolata que, con la intención de evangelizar, resultaron involucrándose como agentes políticos, culturales y sociales y hasta con autoridades civiles y militares.

En esta investigación se han de tener en cuenta dos dimensiones sociales más, por las cuales el estudio se legitima por sí mismo: a) que hasta el momento no hay una elaboración histórica sistematizada de esta naturaleza. Lo que existe es una variedad de memorias de personajes, de acontecimientos y localidades que no ofrecen algo sistemático que permita visualizar el pasado reciente del pueblo caquetense. Únicamente existe una obra de carácter descriptivo, con énfasis particular en las negociaciones y algunas figuras de misioneros, subrayando actitudes y acontecimientos

relacionados.<sup>1</sup> b) Es de aclarar que las obras históricas sobre el Caquetá son muy pocas y casi no consideran ni valoran la participación de la Iglesia Católica en la formación de la identidad y pensamiento socio-político, en el desarrollo económico-estructural, ni en lo típicamente religioso<sup>2</sup>.

Reconociendo, como se dice al inicio de esta investigación, que las misiones católicas en América Latina han llevado adelante, en su gran mayoría, una práctica asociada a la colonización del Nuevo Mundo, ellas han tenido su propio devenir en la historia, en lo relacionado con la comprensión teórica, los métodos, las expresiones y los instrumentos de misión<sup>3</sup>. Lo mismo ha sucedido en relación con la comprensión y acompañamiento de los diferentes grupos humanos y sus contextos. Este devenir histórico aparece respaldado oficialmente en los documentos propios de las instituciones eclesiásticas y de los gobiernos nacionales y locales.

Este mismo ejercicio metodológico de evangelizar sigue vigente hoy donde quiera que haya presencia de misiones católicas en el mundo. En él van contribuyendo los diferentes debates al interior de la Iglesia y también en los Estados. A mediados del siglo XX en Colombia, el tema de las misiones católicas estaba en el debate nacional. Unos representantes de los partidos políticos propugnaban por cambiar la Constitución

---

<sup>1</sup>La obra del padre Álvaro López, misionero de la Consolata, plasmada en dos libros que son: *Los Misioneros de la Consolata en Colombia los primeros pasos 1947-1960*, en donde el autor le dedica una parte a los acontecimientos de la misión en el Caquetá. La otra es un estudio mucho más detenido titulada *Sembradores de Esperanza 50 años de presencia de los Misioneros de la Consolata en el Caquetá 1951-2001, Memoria – Celebración – Misión*.

<sup>2</sup> Algunas de estas obras son: Tovar Bernardo (coord.), (1995), *Los pobladores de la Selva*. Tomos 1 y 2, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología. Instituto Amazónico de Investigación Científica, Sinchi (2000), *Caquetá, Construcción de un Territorio Amazónico en el Siglo XX*, Bogotá, Tercer Mundo Editores. Almarino, Rojas, N. (1987), *Generalidades del Caquetá y el sector Agrícola*, Bogotá, Editores Guadalupe. Entre otras.

<sup>3</sup>Su devenir histórico se consolida cuando los incipientes estados latinoamericanos que estaban realizando su independencia de la corona española en el siglo XIX, fijaron sus expectativas de reconocimiento en la figura del Papa ya que éste daba importancia a las nuevas repúblicas nacientes. Los líderes hispanos por ningún motivo querían dialogar con la autoridad española, estos buscaban ser legitimados por el papado. Gregorio XVI por medio de una actitud vigorosa respaldó la dinámica independentista actuando de manera unilateral, lo que provocó una relación tensa con la corona, situación que más tarde llegó a solucionarse diplomáticamente. Indudablemente el pontificado del papa Gregorio XVI se caracterizó por la promoción de las misiones en América Latina, algunas acciones en pro de esta empresa fueron las siguientes: restablecer el esplendor que alguna vez caracterizó a las misiones, esta tarea fue realizada por medio del nuncio de Río de Janeiro y también por el de Bogotá. Intervenir ante los gobiernos hispanoamericanos para poder cambiar las leyes en contra de los religiosos; éstas habían surgido al comienzo de la vida republicana; nombrar un prefecto apostólico para las misiones y los seminarios de Propaganda Fide. Apoyar también el restablecimiento de los jesuitas en aquellas repúblicas. De esta manera los religiosos recobraron valor para llevar adelante su tarea misionera. López V. Álvaro (2004), *Gregorio XVI y la reorganización de la Iglesia Hispanoamericana*, Pontificia Universidad Gregoriana.

Nacional en lo relacionado con las preferencias concedidas a la Iglesia y otros abogaban por un mayor compromiso del Estado con las misiones católicas defendiendo su inmensa labor.

El debate público sobre este tema se daba, sin duda alguna porque en el país la gran mayoría de su territorio era considerado “territorios de misión” o “territorios nacionales”, donde, con el Estado trabajaban un buen número de misioneros pertenecientes a varias Órdenes y Comunidades Religiosas, sin llegar a responder suficientemente a la demanda de la población diseminada en grandes extensiones selváticas. Las misiones de los Capuchinos en el sur del país, en los años cincuenta del siglo pasado, ilustran fielmente esta realidad. El territorio era tan inmenso, inhóspito y de difícil acceso que los pocos misioneros no lograban llegar a los diferentes grupos o poblaciones, tanto de indígenas como de colonos, esparcidos por el Caquetá, Putumayo y Amazonas.

La decisión de los Capuchinos de entregar la Intendencia del Caquetá a otros misioneros, coincidió, entonces, con las aspiraciones de los Misioneros de la Consolata en Colombia, de tener un territorio de misión autónomo, conferido por Propaganda Fide, para realizar su tarea misionera de acuerdo con su carisma específico, como lo hacían en África y en otros lugares del continente americano.

Con la presencia misionera de la Consolata en el Vicariato Apostólico de Florencia, Caquetá, se consolidaba todo un abanico de posibilidades de variadas procedencias e intereses: Carismático, para el Instituto Misiones Consolata; eclesial, para la Iglesia colombiana y la Santa Sede; gubernamental, puesto que el Estado le confiará a los misioneros la doble responsabilidad de la colonización y civilización, finalmente, hereditaria, para los misioneros capuchinos que durante tantos años habían atendido el territorio y ahora encontraban a quien entregarle el proyecto de misión en ejecución.

En consecuencia, el objetivo de esta investigación es interpretar, de acuerdo con las fuentes que produjeron los primeros pasos de la misión de la Consolata, entre 1951 y 1960, en el Caquetá, las respuestas a los desafíos encontrados y las transformaciones tanto del ambiente como de sus habitantes, de los que ya estaban y de quienes se fueron sumando a esta forma de existir en medio de la selva y los ríos. La siguiente pregunta guiará el proceso investigativo: ¿cuáles fueron las características de las estrategias de

misión empleadas por los misioneros de la Consolata y cómo estas influyeron en las relaciones sociales de la región?

Las fuentes, en su gran mayoría, están constituidas por cartas e informes entre religiosos de la misma Congregación y de éstos con otras comunidades como la de los Capuchinos, o con autoridades religiosas y civiles, lo mismo que con la prensa nacional y local e incluso con la población en general. El procedimiento de abordaje de las mismas consiste en estudiarlas desde los diferentes lugares de producción, hilvanando ilustraciones tangenciales de algunos hechos y, sobre todo, comprensión e interpretación de los mismos, en relación con el ámbito espacio temporal general del momento.

Por el origen de las fuentes se ha tener en cuenta que la información que allí reposa, viene con un sesgo religioso, en cuanto a su lenguaje e intencionalidad, pero aclarando que esta forma particular de hacer referencia a la realidad permite una aproximación histórica a los acontecimientos. Por lo tanto, los datos que ofrecen las fuentes serán comparados, buscando la diferencia junto con la ausencia, ya sea por acción u omisión, de los diferentes investigadores, con tesis y trabajos sobre la región.

Las diferentes temáticas desarrolladas a lo largo de la investigación vienen sustentadas con autores que trabajan los temas, potenciando así el nivel de análisis de las fuentes, por medio de las cuales se obtendrán visiones e interpretaciones de la acción de los misioneros de la Consolata en esta zona marginal de la nación colombiana.

Se puede decir que los estudios de la iglesia en Colombia son tan complejos como la misma Iglesia, debido a factores varios, en especial a la polarización que los caracteriza. La mayoría de los escritos sobre la Iglesia corresponden a estudios llevados a cabo por personas de la misma institución o amigos de ésta (laicos), que se han convertido en grandes defensores de los clérigos y de la institución eclesiástica. La contraparte la constituyen aquellos que desarrollan una visión condenatoria de la Iglesia, ubicándose en el otro extremo. Apenas en los últimos años, sobre todo a partir de los años setenta, se han registrado estudios de índole moderna con una visión mucho más clara, objetiva e imparcial de la realidad histórica del País en general, y de la Iglesia en particular, con una perspectiva mucho más amplia, crítica y autocrítica. Sin embargo, estos estudios carecen de una documentación exhaustiva respecto al tema de la misión.

La bibliografía al servicio de esta investigación se organiza a partir de dos grandes núcleos: el primero, la historiográfica de la Iglesia en Colombia y el segundo, la historiografía de las misiones, para ayudar a una visión general de la acción misionera en los varios contextos.

En relación con el primer núcleo se ha consultado el balance historiográfico elaborado por José David Cortés, investigador y miembro de la “Línea de Investigación en Historia de las Religiones” de la Universidad Nacional de Colombia y a los historiadores Rodolfo de Roux y Fernán González, quienes han investigado crítica y analíticamente, el acontecer de la institución eclesiástica en su interior y la relación con el poder estatal, especialmente en el siglo XX, tiempo en el que se enmarca la misión de los Misioneros de la Consolata.

Cortés, principal inspirador de este balance historiográfico, resulta ser la puerta de entrada a la variada literatura producida tanto sobre la Iglesia como desde la misma. Él mismo presenta su clasificación:

En cuatro grandes grupos: los primeros, aquellos provenientes de la misma institución eclesiástica y que persiguen entre otras cosas rescatar su historia, ya sea desde las comunidades o desde el clero secular, pero con una visión que no pretende ser profesional respecto de la disciplina histórica; en segunda medida, los textos provenientes de laicos o no religiosos que no realizan un estudio rigurosamente histórico y obvian métodos y teorías que distinguen a la historia profesional de la simple narración anecdótica de los hechos; un tercer grupo lo constituyen escritos provenientes de la institución eclesiástica cuyos autores parten de la ciencia histórica para hacer su análisis. Este grupo se diferencia de los anteriores, entre otras cosas, porque los documentos que le sirven como fuentes son sometidos a mayor crítica, quitándoles el excesivo positivismo que los caracteriza en los primeros grupos; como cuarto grupo tenemos los escritos de los historiadores de formación profesional, cuya interpretación es más profunda y está supeditada a una serie de marcos conceptuales y metodológicos que les imprimen, casi siempre, buen nivel de rigor científico. (Cortés, D. p. 18).

El autor, en el desarrollo que realiza sobre los diferentes grupos, señala las pretensiones de autores y, se podría decir, de “escuelas” marcadas intencionalmente ya fuera para legitimar o deslegitimar el orden y la lógica establecida a través de los procesos que fue teniendo la nación y en los cuales la Iglesia tuvo un marcado protagonismo. Lo que el investigador no menciona ni es referido por los autores consultados, es el tratamiento que se ha hecho al tema de las misiones<sup>4</sup>. De ahí, que el empeño de realizar un abordaje

---

Es pertinente reconocer aquí el trabajo historiográfico de Juan Pablo Restrepo, del siglo XIX, el cual de la temática de las misiones, en su panorama de investigación, el autor menciona legislaciones tales como: Ley 1124 de 1838, Decreto 1252 de 1839, Decreto 1356 de 1842, de las cuales se evidencia según el contexto un apoyo a las misiones, el especialista da cuenta con ello que durante todo el siglo mencionado



histórico sobre dicha actividad misionera, demande un esfuerzo mayor, también porque ésta, generalmente, se ha desarrollado en lugares apartados de los centros urbanos y académicos, manteniéndose al margen de las controversias mediáticas.

Este vacío, relacionado con la actividad misionera de la Iglesia, aparece medianamente llenado con las contribuciones del historiador Fernán González (1981), quien ha trabajado en torno a las pugnas, rivalidades e intransigencias entre la Iglesia y el Estado colombiano durante el siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX, el cual aparece trabajado por Rodolfo de Roux (1981) en dos ensayos, uno de los años *30 al 62* y otro *desde el 62* hasta la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, en Medellín (1968).

De Roux, valiéndose de la prensa de circulación nacional y de informes religiosos, ha logrado medirle el pulso a este largo periodo en el que la vertiginosidad de los nuevos tiempos se iba imponiendo sobre la forma tradicionalista y conservadora de la Iglesia de concebir el mundo. El primer texto se enmarca dentro de una contextualización del país y su problemática sociopolítica y religiosa. El objeto de su estudio es la institucionalidad, tal como lo manifiesta el mismo autor: “Las apreciaciones que se emiten en este escrito tienen la intención de referirse a la dinámica de una estructura y no a la cualidad humana y cristiana de sus protagonistas” (1981. p. 518).

De Roux, como fruto de su investigación, afirma que “éste es un primer paso. Faltan otros por dar (...). No se han abordado muchas y ricas expresiones de la mediación eclesial como son, entre otras, la acción misionera y catequética, las manifestaciones de auténtica fe de nuestro pueblo, las relaciones de la caridad cristiana”. (P, 518). A consideración de De Roux, no se han realizado trabajos académicos acerca de “la acción misionera y catequética”, al menos hasta el año 1981, fecha de publicación de su artículo.

Resulta interesante y útil para la investigación constatar que la manera de desarrollar la misión en los Vicariatos y Prefecturas Apostólicas y, también, en la misión de los Misioneros de la Consolata en el Vicariato de Florencia, estaba determinada por la

---

hay un interés por el Estado en dar respaldo y financiación a las misiones. Para una visión amplia de lo aquí mencionado se sugiere la lectura de la obra: *La Iglesia y el Estado en Colombia* del historiador Juan Pablo Restrepo.

dialéctica presente en la manera de entender y hacer la pastoral por la Iglesia colombiana. Según De Roux “se trata de una pastoral condicionada: a) por una sociedad tradicional, estable y predominantemente rural, pero en vías de industrialización y urbanización; b) por una teología heredada por la Contrarreforma, que opera una cierta identificación entre la Iglesia católica y Reino de Dios, con una soteriología muy ligada a los sacramentos y a la pertenencia eclesial, y un énfasis en el papel del clero y de su autoridad” (1981. p. 535).

Sin embargo, el autor también señala que al interior de la iglesia, en este mismo periodo, no faltó la búsqueda. Con ocasión del Congreso Eucarístico Internacional en Colombia, “los obispos latinoamericanos se reunieron en Medellín en lo que sería una especie de relectura del Vaticano II a la luz de la realidad latinoamericana.” (1981. p. 570). Acontecimiento que puso a la iglesia de América Latina en una mejor comprensión teológica y pastoral, con efectos inmediatos. Según el autor: “El resultado es una iglesia desconcertada ante los retos del momento histórico, dubitativa sobre las prioridades que hay que tomar, y a la que la falta de confianza en sí misma la lleva a imponerse no con autoridad sino con autoritarismo, con el pretexto de que la institución exige orden y disciplina para subsistir”. (1981. p. 587).

Esta confrontación hace surgir una corriente de acción dirigida a la causa del pobre y llevada adelante por sectores del clero colombiano (De Roux, R. 1981) preocupados por inculturar el mensaje del Evangelio en comunidades marginales y promover acciones y sindicatos a favor de la justicia social. Esto no fue bien visto por la jerarquía eclesiástica. Muchas veces, dichos clérigos fueron desautorizados, algunos de ellos destituidos y otros tildados de comunistas o marxistas. Un ejemplo claro de esto es el tratamiento que recibió el caso de Camilo Torres.

Aunando las dos visiones sobre el contexto socio-eclesial se ha logrado recorrer una buena parte, aunque de forma muy general. A lo largo de este trabajo habrá que volver sobre lo ya comentado de manera más puntal, para precisar las repercusiones en la acción misionera, tanto de los documentos eclesiásticos como de las disposiciones civiles y de los movimientos que buscaban generar una nueva manera de vivir en la sociedad colombiana, teniendo que liberarse para ello, de la tutoría de la Iglesia Católica.

El segundo núcleo, sobre la historiografía de la misión, se abordará desde tres perspectivas: 1) de y sobre la institución religiosa, vislumbrando, con el reconocimiento de un jurista, algunos conceptos y apreciaciones de una obra institucional y su defensa. 2) algunos escritos académicos sobre la misión, desde una perspectiva interdisciplinar, antropólogos, sociólogos e historiadores que han trabajado la misión diacrónica y sincrónicamente; 3) informes sobre las misiones del Caquetá y Putumayo, con el fin de contextualizar el área objeto de investigación, apoyados tanto en documentos de la institución como en algunas indicaciones de académicos.

La Iglesia, a través de la Procuraduría General de los Territorios Misionales de Colombia, publicó un balance sobre las misiones Católicas en Colombia (1964), con el objetivo de darlas a conocer al país, conscientes de que “las misiones en Colombia presentan una complejidad extraordinaria; diversos grupos étnicos, costumbres, culturas, climas, vías de comunicación, ocupaciones y niveles económicos, convierten a cada Misión en una entidad individual, imposible de reducir a la unidad”. (p, 17). Estas misiones llevan el nombre de Vicariatos y Prefecturas Apostólicas. El texto abordado, nos ubica, de entrada, en un espacio, un tiempo, una cultura y estados anímicos tanto del lugar como de los misioneros.

Por un lado, el texto presenta la misión como fruto del mandato de Jesús, “Id y predicad el Evangelio”, mientras la refiere a una clara victoria del propio Dios, por haber llegado a todo el mundo, conquistado a millones de hombres y mujeres, haciéndolos sus seguidores. La misión aparece al mismo tiempo como una mediación de los sucesores de Cristo, los misioneros, quienes saben conquistar la simpatía de la gente. Las palabras de elogio con los misioneros son altisonantes, dando la impresión de que se trata de personas que encarnan al mismo Dios.

La misión, que siempre había sido tarea de varones hasta bien entrado el siglo XX, puesto que se creía que la fragilidad de la mujer no lograría resistir al campo hostil de la misma, es presentada en el texto como enriquecida y nueva con la participación femenina: “las misiones tienen un antes y un después con la presencia de las hermanas misioneras (...) Las hallamos en las condiciones más diversas y en los lugares más inverosímiles; en climas mortíferos, en el corazón de las selvas, a la orillas de los ríos y playas, en el aislamiento más solitario; en aguas turbulentas confinadas a frágiles canoas y en trochas solitarias y elevadas montañas a merced de caprichosas cabalgaduras” (pp.

20, 23-24). También los Misioneros de la Consolata apreciaron su presencia en la incipiente misión en el Caquetá.

El optimismo con el cual viene descrita la misión, que coincide con los diarios, cartas e informes emanados del Vicariato de Florencia, no está exento de sacrificios. Sin embargo, lo que interesa en la investigación es la relación establecida entre los misioneros y los diferentes grupos humanos, algunos adversos a la institución eclesiástica, en la zona. Sus vínculos con el gobierno local y nacional. En últimas la transformación del paisaje social y cultural de la región.

Dado los cambios que el siglo iba presentando a nivel político-religioso y social en el suelo patrio, algunas discrepancias se hacían notorias en la forma de concebir la misión, sobre todo en la parte jurídica y política, en la que los misioneros notaban una doble moral por parte del Estado colombiano. Uribe Misas (1958) quien fue llamado por la Conferencia Episcopal Colombiana para hacer un trabajo con el fin de tener claridad sobre este campo de la jurisprudencia, nos ofrece los horizontes tomados y modificados sobre la marcha. Al ser un trabajo con un marcado interés de defensa, el autor se aprovisiona de memoriales, tratados y convenios, contratos y periódicos para efectos probatorios.

Según el autor, es un problema que se está dando en toda América Latina, siendo los países de Perú y Argentina los abanderados en legislar en contra de la invasión protestante gestada como proyecto en los Estados Unidos de América. El ejemplo, es el acuerdo que el Estado colombiano ha firmado con El Instituto Lingüístico de Verano, con sede en la Universidad de Oklahoma, que presentándose como un ente científico, según el autor su intención es la de hacer propaganda proselitista en contra de las Misiones Católicas.

El beneplácito del gobierno, está justificado en la necesidad de más conocimiento sobre los indígenas y por supuesto de buscar una salida más rápida a la civilización, tarea que los misioneros estarían a años luz de resolver, en este sentido Uribe Misas, despliega toda una manera del quehacer de los misioneros de forma desafiante frente a la miopía del Procurador General de la Nación doctor Andrés Holguín Holguín, en los siguientes términos:

¿Habrá querido referirse al denuncia y cultivo de los baldíos, en los cuales los misioneros crean fuentes de riquezas para las mismas tribus y establecen centros de enseñanza para la ciencia agropecuaria? ¿O habrá querido referirse a las construcciones escolares y hospitalarias que los misioneros han levantado en beneficio de las poblaciones que de ellos dependen? ¿O habrá pensado en las obras públicas que los Misioneros han realizado en profusión en nombre del gobierno y que son la construcción de camino y carreteras que invaden las selvas y de puentes que facilitan la locomoción? ¿O quizás habrá querido aludir a la constante vigilancia de los Misioneros a los largo de la frontera de la Patria para evitar la invasión territorial de los pueblos vecinos, hechos que están registrados en el Ministerio de Relaciones Exteriores? (Uribe, A. 1958. p. 78).

Interrogantes todos con una buena carga indicativa para la investigación sobre la misión en el Caquetá.

Los autores propuestos hasta el momento, no solo presentan un cuadro sobre las relaciones Iglesia-Estado, sino que además realizan precisiones sobre el tema de las misiones con un matiz propio, poniendo de manifiesto frente al país y la ley, la contribución efectuada por las misiones católicas al servicio del ser humano y del territorio.

Con una visión desarrollada desde sus disciplinas, los nuevos investigadores de las ciencias sociales se han acercado al fenómeno de la misión con datos que han llamado la atención de los investigadores sociales. Tal es el caso de los especialistas Gabriel Cabrera Becerra (2002), Víctor Daniel Bonilla (1968) y Augusto Javier Gómez López (2005).

Los cien años (1850–1950) de historiografía trabajados por Cabrera, los soporta con archivos, prensa, revistas, libros, tesis y alguna fuentes cartográficas. Él constata que, efectivamente, la misión ha sido significativa para la expansión de la Iglesia en la Amazonía, lugar fronterizo objeto de su análisis. Hace constante referencia a las categorías misión y frontera. La una porque es operativa y la otra porque da el contexto, creyendo que con estas dos categorías cubriría el tema relacionado con las misiones. Su principal propósito fue “Revelar cómo ha sido esa dinámica y de qué manera han participado en ella los misioneros (...) Paralelamente, analizaremos el nivel de cambio o transformación sufrido por las sociedades indígenas que ocupan la región, el tipo de conflictos generados con la intervención misionera o de otros agentes externos hasta la primera mitad del siglo XX” (2002. p. 22).

De acuerdo con lo concluido por Cabrera, quedan aún espacios por conocer y realidades por develar, en la gran diversidad de contextos misioneros. Uno de estos es el Caquetá y las misiones en el siglo XX, teniendo en cuenta sus antecedentes y abriéndolo a un espacio más amplio y con otros actores.

Víctor Daniel Bonilla pone la base para otras futuras investigaciones usando como fuentes, entre otras, un testamento del siglo XVII, del indígena Carlos Tamabioy, cacique Sibundoy, en el cual expresaba su última voluntad: “Estas tales tierras las dejo a mis indios naturales del pueblo de Santiago y a los del pueblo de Sibundoy Grande, que es mi voluntad que las gocen y defiendan si hubiere alguna inquietud de alguna persona mal intencionada” (1968. p. 57). Estudio que suscitó fuertes reacciones de los Capuchinos, por cuanto en él se daba a conocer a la opinión pública la tendenciosa usurpación de las tierras de los indígenas, tratados como menores de edad, lo que no les quedaba otra alternativa que sufrir las vejaciones de quienes se comprometieron con el gobierno nacional, cuidar y poner en vías de desarrollo.

Lo expresado por Carlos Tamabioy en su testamento se ha convertido en un faro que ha llamado la atención no solamente hacia la tierra a la cual se dirige él, sino sobre todo a la acción de quienes a finales del siglo XIX estaban expropiando esta heredad. Historia que escribió magistralmente Augusto Javier Gómez López y que, además, fundamentó con informes, cartas, mapas, memorias y diarios del gobierno, de viajeros, de otras investigaciones y de la misma comunidad religiosa que estaba misionando en el valle de Sibundoy. La tesis tiene como propósito describir y analizar los sistemas coercitivos impuestos por la Misión Capuchina entre los grupos indígenas Inga y Kamsá del valle de Sibundoy, desde los inicios del siglo XX hasta finales de la década de 1960, con el fin de usurpar sus tierras ancestrales, controlar y usufructuar su mano de obra, ejercer su sujeción física y espiritual, dentro del proceso de “civilización de los salvajes”.

Entrando finalmente en el contexto caqueteño-putumayense, se hace referencia a algunas obras académicas que se tornan de obligado conocimiento en este escenario investigativo. Ellas no dejan de ofrecer puntos de convergencia y controversia desde diferentes perspectivas, aunque el fin sea el mismo. La tesis doctoral de Gómez López sirve de punto de partida para la investigación en este territorio que en 1902 fue constituido por la Santa Sede en Prefectura Apostólica del Caquetá y en 1930 en

Vicariato Apostólico, consolidándose de esta manera la misión capuchina en sur del país.

De manos de esta Orden Religiosa es que los Misioneros de la Consolata recibirán el territorio del Caquetá, que en 1952 recibirá el nombre eclesiástico de Vicariato Apostólico de Florencia. Los nuevos misioneros no van a partir de cero, reciben un legado de varias décadas, herencia que puede ser positiva pero que también acentúa algunos temores por parte de los grupos humanos, indígenas y colonos, residentes en la zona. Los primeros pasos de estos misioneros fueron registrados por Álvaro López V, en su trabajo de licenciatura eclesiástica, Roma (1997). Siendo él un misionero de la Consolata y de acuerdo con los interrogantes planteados, su investigación corresponde más a un trabajo interno del Instituto Misiones Consolata.

La misión de los Capuchinos tiene sus propios cronistas e historiadores. Sus escritos hacen parte de los que Cortés señalaba en el balance de la historiografía de la Iglesia colombiana, de manera que tal documentación está orientada a la exaltación de la obra evangelizadora frente la fiereza de los indios. Algunas de sus obras son: Relaciones interesantes y datos históricos sobre las misiones católicas del Caquetá y Putumayo, desde el año 1632 hasta el presente (1924), Misiones católicas del Putumayo (1913), las misiones en Colombia, obra de los misioneros capuchinos. Caquetá y Putumayo (1912). Muchas otras referencias sobre estos misioneros se encuentran en autores como Félix Artunduaga Bermeo (1998) y algunos medios de difusión histórica de la región, como Revista Caquetá Histórico<sup>5</sup>.

Sin embargo, sobre las misiones en el Caquetá se carece de documentación sistemática. La investigación del padre Álvaro López es apenas el germen de una más amplia. Él mismo la titula “Los Primeros Pasos”. Por lo tanto, es necesario continuar en la búsqueda, profundización y cobertura de esta tarea.

Más allá del tema específicamente religioso misionero son también pocas las referencias históricas que se tienen de Florencia y el Caquetá en el siglo XX. Las que existen están enmarcadas en los siglos XVII y XIX, época del caucho y la quina, de la explotación de los indígenas, de la Casa Arana del Perú y su sucursal la Hacienda Larandia. El trabajo, Tomos 1 y 2, coordinado por Bernardo Tovar Zambrano, profesor de la Universidad Nacional de Colombia, de compilación de la colonización del noroccidente de la

---

<sup>5</sup> Revista: Caquetá Histórico. Testimonio histórico del Caquetá ante el mundo.

Amazonía colombiana, titulado *Los Pobladores de la Selva* (1995), toca apenas tangencialmente la labor de la Iglesia y de los Misioneros de la Consolata en el Caquetá.

Para concluir, resta señalar que las misiones católicas en Colombia han tenido, en su origen, una relectura épica descriptiva de los hechos en que los misioneros se vieron abocados en sus primeros intentos de cristianizar los indios pertenecientes al territorio colombiano. Posteriormente, las misiones católicas estuvieron mediadas por el recurso político. En los informes de misión escritos por algunos frailes la misión aparece relacionada con la posibilidad de civilizar a los indígenas, llevándolos a la concientización inmediata de pertenecer a un territorio nacional y a una patria bajo la soberanía de un gobierno central. Esto permitía, desde luego, mostrar la misión como una labor a la cual todos debían apoyar y defender, especialmente el Estado, con recursos y normativas favorables a la iglesia y a sus misioneros.

Con el suceder de las décadas, las críticas de grupos políticos, movimientos culturales y religiosos a la labor misionera y a las políticas que la enmarcaban, fueron alterando también las actitudes y comportamientos de los sucesivos gobiernos que, sin renunciar a lo acordado con la institución eclesial, ceden a las nuevas presiones y exigencias, debilitando o dificultando la manera como se había desarrollado labor misionera.

Es de destacar también que en los trabajos más recientes, tanto sobre la iglesia como sobre la misión, se presentan miradas más integrales, en donde se conjugan los misioneros y la comunidad, las relaciones políticas y el contexto social. En definitiva, los últimos tiempos han registrado obras mejor contextualizadas. Es por ello que la presente investigación tiene la finalidad de ofrecer elementos que permitan continuar profundizando sobre el contexto histórico que aquí convoca. Por lo mismo el fin primordial no es ahondar tanto sobre el accionar heroico de los misioneros, sino efectuar una mayor comprensión de la misión llevada a cabo por estos y su relación con el entorno social del Caquetá.

En este sentido el proceso de contacto con las fuentes permitió diseñar en un comienzo unos tres capítulos, pero a medida que se fue obteniendo mayor conocimiento de las mismas y frente a la información relacionada con el mismo hecho de la misión, se hizo necesario abrir el abanico de posibilidades, con el propósito de darle la extensión que se merece a este apartado de la historia del Caquetá. Así fue como resultaron cinco capítulos, comenzando en el primer capítulo por delimitar contextual, política y



socialmente tanto al país como la región en donde se desarrollaron los hechos de la misión.

En el segundo capítulo se analizarán las primeras acciones de los Misioneros de la Consolata en Colombia, sus contactos con el clero bogotano y algunas comunidades donde fueron destinados por el entonces Cardenal Ismael Perdomo, en el Bajo Magdalena. La recia defensa que hicieron de lo significativa que resultaba su presencia en el país, frente a los Superiores Generales del IMC en Roma que no veían con buenos ojos la manera con la que se había dado comienzo a la labor misionera de estos hombres en la tierra del Sagrado Corazón de Jesús. También se hace referencia en este capítulo a la apertura misionera que vivió la Congregación con la designación del Vicariato Apostólico de Florencia, directamente por Propaganda Fide y al nombramiento del Padre Torasso como primer Vicario, su consagración y posesión.

El tercer capítulo tiene por objeto mostrar las intuiciones programáticas de quienes fueron los protagonistas principales de la adjudicación de dicho territorio, ocupando un lugar y un espacio unos días después del 10 de febrero de 1951. En estos primeros contactos se destacó la personalidad del Padre Migani, quien tuvo la oportunidad de recorrer buena parte de la Intendencia del Caquetá, que sirvió de base en el comienzo de la misión como tal, hasta su deceso.

El cuarto capítulo analiza la obra realizada por los misioneros en su conjunto, teniendo en cuenta que esta era uno de los fundamentos por los que se legitimaba la misión. Esta misión en sus primeros ocho años gozó de un honroso reconocimiento a nivel nacional por los resultados con los que le fueron dando respuestas a algunas de las necesidades más prioritarias de la región.

Por último, el quinto capítulo es una mirada crítica tanto al interior del equipo de misioneros que impulsaron la obra de la evangelización en la zona, como su relación con los residentes en Bogotá y desde luego con los Superiores Generales en Roma. Asimismo, se analizarán las controversias que suscitaron las decisiones tomadas por el Obispo al inicio de su administración, la frustración de uno de los proyectos más ambiciosos de la década y la decepción que sufrió Monseñor Torasso unos días antes de morir, por una columna divulgada por El Espectador que estuvo de visita en Solano, acerca de la educación que era su proyecto bandera.

Finalmente señalar que el interés personal que persigue este trabajo es realizar un aporte a la historia de Colombia en la perspectiva de la misión, pudiendo acceder al presente escrito cualquier persona que tenga interés en ahondar sobre la temática aquí presentada. Todo ser humano está llamado a reconocerse en el transcurrir de la historia para poder de este modo resignificar su presente, como expresa el historiador Rodolfo de Roux: “El discurso histórico es un diálogo continuo entre el presente-al que pertenece el historiador-y el pasado-al que pertenecen sus hechos”

## CAPITULO 1

### 1. Colombia en los años cincuenta

Asumir la “civilización”<sup>6</sup> de una parte del territorio nacional en el siglo XIX y buena parte del XX era una de las empresas más arriesgadas que una persona o grupo de personas se propusieran adelantar en Colombia, dado que no se contaba con establecimientos, ni con personal y, menos aún, con los recursos monetarios indispensables. El Estado ve en las misiones unidades sólidas en personal, economía e ideas fundamentadas en la experiencia del Evangelio, motivos que inspiraban credibilidad para confiarles territorio, sus habitantes y recursos financieros con los que apoyaría los proyectos que conducirían al progreso a dichos sectores considerados marginales de la sociedad urbana.

Las misiones se mantuvieron como una de las estrategias privilegiadas del Estado colombiano para tomar posesión sobre las regiones y los pobladores que estaban en los márgenes de la nación. Ante esta situación, a un grupo de Misioneros de la Consolata, sacerdotes italianos, se les concede en 1951, un extenso territorio para que fuera colonizado-“civilizado”, en el sur de Colombia asumiendo la tarea de la educación, siguiendo los valores del evangelio, promoviendo el desarrollo socioeconómico que ellos estaban en condiciones de ofrecer a un pueblo que se estaba comenzando a gestar un nuevo proyecto de ser y estar en esta región.

De ahí que resulte paradójico que al comenzar la segunda mitad del siglo XX, época muy convulsionada y controvertida por las especiales condiciones políticas,

---

<sup>6</sup> Sobre el término “civilización” el sociólogo Norbert Elias hace un par de precisiones que bien vale la pena citar. Así, en primer lugar: “El concepto de “civilización” se refiere a hechos muy diversos: tanto al grado alcanzado por la técnica, como al tipo de modales reinantes, al desarrollo del conocimiento científico, a las ideas religiosas y a las costumbres. El concepto puede referirse a la forma de las viviendas o a la forma de la convivencia entre el hombre y la mujer, al tipo de las penas judiciales o a los modos de preparar los alimentos. Para ser exactos, no hay que no pueda hacerse de una forma “civilizada” y de una forma “incivilizada”, con lo siempre resulta algo difícil tratar de resumir en unas cuantas palabras todo aquello que el término “civilización” comprende.” Y, en segundo lugar: “Pero si se trata de comprobar cuál es, en realidad, la función general que cumple el concepto de “civilización” y cuál es la generalidad que se pretende designar con estas acciones y actitudes humanas al agruparlas bajo el término de “civilizadas”, llegamos a una conclusión muy simple: este concepto expresa la autoconciencia de Occidente. También podría denominarse “conciencia nacional”. El concepto resume todo aquello que la sociedad occidental de los últimos dos o tres siglos cree llevar de ventaja a las sociedades anteriores o a las contemporáneas “más primitivas”. Con el término de “civilización” trata la sociedad occidental de caracterizar aquello que expresa su peculiaridad y de lo que se siente orgullosa: el grado alcanzado por su técnica, sus modales, el desarrollo de sus conocimientos científicos, su concepción del mundo y muchas otras cosas”. Norbert Elias, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, F. C. E., 1994, p. 57.

económicas, sociales y culturales, se hubiese permitido desarrollar tal iniciativa. Pues aún predominaba la percepción de las antiguas misiones en donde lo predominante era el adoctrinamiento de sus destinatarios. Y en la cual las categorías clasificatorias de la sociedad occidental se ajustan en todo sentido al menos en lo que respecta a su clase dominante y por lo tanto poseedora del discurso que la legitima, así pues “podemos observar la problemática de la implantación de la misión religiosa como sistema de inclusión de individuos a la sociedad nacional a finales del siglo XIX como una representación de esta reproducción de paradigmas sociales blancos, respondiendo así íntegramente al modelo social moderno occidental” (Restrepo N. 2006. p. 153).

La experiencia vivencial que perdura en la población, por las decisiones históricas o inmediatas, repercute abierta o veladamente. En verdad, de la manera como se comunicara el misionero con su gente, el sacerdote con su feligresía y el pastor con sus ovejas, dependía el éxito o fracaso de dicha empresa. Mientras se fusionaban estas experiencias y se asimilaba la incertidumbre de los acontecimientos políticos, los cuales afectaban a todas las dimensiones de la vida social, el pueblo colombiano se fue sumiendo en una violencia indiscriminada que se diseminó a lo largo y ancho del territorio nacional. Esto fue lo que Daniel Pècaut llamó la Violencia con “V” mayúscula (1987. p. 487), porque abarcó a todos los círculos sociales en la ciudad y en el campo, obreros y campesinos, hasta las clases medias y altas de Colombia, incluyendo a la Iglesia Católica que tradicionalmente ha sido parte activa de las confrontaciones históricas de la República.

Con estas consideraciones en mente, este capítulo pretende dar cuenta de la dimensión política-religiosa en la que estaba inmerso el país en esta parte de la centuria, 1951-1960. Por tal razón, se realizará un contexto político como marco general de la relación entre Iglesia y Estado colombiano lo cual nos llevará a ampliar el panorama de las misiones en los territorios nacionales. Pues el objetivo de esta investigación es estudiar los primeros años de la Iglesia en el Vicariato de Florencia (1951-1960), para conocer el alcance que tuvo esta misión, sus métodos y la forma en que los misioneros sortearon esta situación compleja en el lugar donde se desarrolló la misión, directamente afectado por las problemáticas que vivía Colombia en la segunda mitad del siglo XX.

La cultura política puesta en marcha por parte de los partidos dominantes, había llevado al país a tal sensibilidad que muchos aspectos de la sociedad se llegaron a medir por el

color político al cual se estuviera adscrito<sup>7</sup>. A este escenario se sumaron los movimientos marxistas-leninistas cuya aparición visible en la política congregó a amplios sectores de la sociedad colombiana, promoviendo un gran furor por la reivindicación de libertades y derechos del pueblo en su expresión y manifestación tanto cultural como laboral y confesional. Estas nuevas fuerzas estuvieron a favor del Partido liberal, según Arias (2003), pues luchaban por la emancipación de una sociedad tradicional y propugnaban por el progreso de la Nación. Aunque las diferencias ideológicas eran evidentes, los unía el sueño de cambiar los valores morales por los cuales se regía la sociedad colombiana de la época.

Como elementos nuevos en el escenario político nacional en el periodo consultado surgen marxistas, socialistas, gaitanistas, masones y protestantes (Figueroa, H. 2008. p. 53) como una gran coalición. Sin embargo, sólo eran fuerzas incipientes, con excepción del gaitanismo que con su participación lograron definir varias contiendas a su favor frente al poder de la Iglesia Católica aliada con el Partido Conservador. A simple vista puede parecer inofensivo este bando, por la figura de la Iglesia, pero Colombia ha sido un país con una fuerte influencia católica y el llamado sectarismo de la iglesia hacía nivelar las fuerzas opositoras, llevándolos a obrar de acuerdo con los deseos de la misma y del partido conservador. (Perea, C. (2009), p. 205). Este binomio se había

---

<sup>7</sup> Un cuadro histórico muy sugerente sobre esta cultura política lo hallamos en la obra de David Sowell sobre los artesanos bogotanos: “El forcejeo por el poder político entre los miembros de los partidos Conservador y Liberal definió la cultura política en Colombia en un momento temprano de su existencia nacional. Eduardo Santa planteó hace una generación que los colombianos nacen con las etiquetas de los partidos en sus cordones umbilicales; una alusión a la intensidad de la identificación partidista. De los pequeños pueblos a la sociedad nacional, la política partidista bifurcó la sociedad colombiana en modelos que han durado por generaciones. Esta cultura política modeló el siglo XIX en Colombia en sentido negativo y positivo. La competencia partidista contribuyó a la endémica violencia política y a continuos conflictos en los niveles local, regional y nacional. Sin embargo, la tradición democrática de Colombia, una de las más viejas de América Latina, está en gran parte sostenida por modelos históricos de movilización partidista. Las fuertes afiliaciones a los partidos, junto con las profundas identidades, significaron que, al contrario de muchas otras naciones latinoamericanas, ningún grupo colombiano podía monopolizar el poder.” Y agrega más adelante: “La realidad política colombiana del siglo XIX, sin embargo, distaba del ideal republicano. El intenso forcejeo por el poder y los esfuerzos frustrados por formar una estructura gubernamental estable duraron hasta después de la desastrosa Guerra de los Mil Días. Fuerzas regionales lucharon por el poder político y el control del Estado bajo el manto de los partidos Conservador y Liberal y sus múltiples facciones. Diferencias programáticas fundamentales sólo separaron a estos grupos frente a los problemas sociales y en la relación con la Iglesia; el control de los recursos de la nación y la designación de los poderes fueron los ejes centrales de la disputa. Puesto que ningún grupo solo pudo monopolizar el poder, la ampliación de las bases de apoyo electoral y popular se hizo tempranamente necesaria. En las áreas rurales, los lazos tradicionales de clientelismo simplificaron la materia; el poder de los propietarios, los clérigos, u otros sectores se traducía prontamente en votos. Algunas de esas mismas relaciones clientelistas, especialmente las de la Iglesia, influenciaron la política urbana, pero la presencia de individuos autónomos como los artesanos hicieron de las ciudades, sobre todo Bogotá, ambientes políticos distintos.” David Sowell, *Artesanos y Política en Bogotá*, Bogotá, Ediciones Pensamiento Crítico, 2006, pp. 63 y 257.

consolidado a partir del siglo XIX, tiempo en el cual esta fuerza política le devolvió el poder a la institución eclesiástica, poder que había perdido por cuenta de los radicales. Este binomio, Iglesia-Partido conservador se mantendrá hasta bien entrado el siglo XX y se detallará más adelante.

En cuanto a la política y sus consecuencias se destacan las siguientes situaciones: a) el país comenzó a abrirse a la modernidad en el período de la llamada “República Liberal” (1930-1946), acentuándose el proceso de modernización estatal impulsada durante la Revolución en Marcha de López Pumarejo (Tirado, A. (1981); b) la aparición del movimiento gaitanista que tomó la forma de un nuevo partido (Cordell R. 1976); y, c) la agudización de las luchas populares por la tierra (LeGrand. 1988).

El regreso de los conservadores al poder entre 1946-1953 se caracterizó por la polarización de la lucha entre liberales y conservadores, llegando al culmen con el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán y las subsecuentes protestas populares, entre las que sobresale el Bogotazo. Hechos que agudizaron la violencia. Cuando Laureano Gómez asumió el poder en 1950 la represión por parte del Estado se hace sentir con el poder de la fuerza pública. Entonces se impone la dictadura de Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957) la cual surge como alternativa para frenar la confrontación partidista. Se propone una amnistía y se emprenden inversiones en obras públicas, pero sus acciones dictatoriales deterioran su régimen, dando origen al controvertido y consensuado Frente Nacional, 1958-1974, pacto bipartidista mediante el cual liberales y conservadores, basados en la alternancia en el gobierno y la paridad en la administración, controlan al país. Se destacan la Reforma Agraria, el surgimiento de las guerrillas comunistas y la reforma constitucional de 1968. (Palacios, M. 1995. pp. 254-266).

En esta situación política se superponen unos marcados períodos de violencia, los cuales surgen a medida que se van desarrollando los diferentes gobiernos y son los encargados de modificar el normal desarrollo de la vida socio-política de los colombianos. Estos periodos son: la primera etapa de violencia (1946–1948) donde se dan los enfrentamientos entre liberales y conservadores por exclusión de los primeros de la administración nacional y departamental. La segunda etapa (1948-1953) se caracteriza por la agudización de la violencia política a raíz del asesinato de Gaitán. Esta situación afectó a la región Andina, donde los conservadores emprenden una persecución a liberales y comunistas; también se dan desplazamientos de pequeños grupos hacia los

Llanos Orientales, en tanto que otros grupos se organizan en guerrillas de autodefensa en el Tolima y en la región del Sumapaz.

La tercera etapa (1953-1957) se da con el ascenso del General Gustavo Rojas Pinilla a la presidencia del país. En este gobierno se decreta una amnistía a los diferentes grupos guerrilleros esparcidos por el país; de los cuales algunos se desmovilizaron y quienes no lo hicieron consolidaron las llamadas “Repúblicas Independientes”, lideradas por el Partido Comunista, que buscaba implementar una sociedad comunista, por medio de la revolución armada. Por último, con los primeros gobiernos del Frente Nacional, se pautaron acercamientos con los grupos irregulares.

Pero en el segundo mandato de éste acuerdo bipartidista, ante la preocupación por la existencia de tales repúblicas al interior del país, el presidente León Valencia ordenó al ejército someter a los insurrectos y restablecer allí la autoridad, desencadenando, una gran solidaridad entre movimientos estudiantiles que se adhirieron a algunas facciones ya establecidas y otros organizaron nuevas estructuras combatientes con el fin de someter a la posición oficial orientada a defender el capitalismo (Gonzalo Sánchez G y Donny Meertens. 1992). Algunos de estos grupos perviven en la actualidad, mientras que otros han tranzado un tipo de negociación con el gobierno a su lucha armada.

Las acciones de los misioneros de la Consolata estaban influenciadas tanto por las circunstancias que estaba experimentando el pueblo colombiano en los años cincuenta del siglo pasado, como por los estados modernos que se estaban configurando en América Latina. Colombia apenas estaba consolidando su segunda ola de democratización, según lo ha denominado Samuel Huntington (1994), que abarcaría los años 1943-1962, en medio de todo tipo de polarizaciones, donde no había espacio para la reconciliación ni tampoco proyectos de unificación nacional.

Se fomentaba un individualismo exasperado en los núcleos familiares, en las empresas, en los sectores privados, con gran repercusión en la estratificación social, entendida como una desigualdad institucionalizada entre quienes tenían los medios de producción y el pueblo humilde. Estas marcadas diferencias se ampliaban tanto a las regiones como a las familias. Pero las diferencias más fuertes y significativas se daban en el identificarse por algunos de los dos partidos políticos tradicionales.

Esta realidad, según historiadores sociales como Mauricio Archila y Luis Eduardo Nieto Arteta, es una idiosincrasia que se fue configurando a través del tiempo y que responde a una manera de ser en el mundo. Con la llegada de los Misioneros de la Consolata y su posesión en el Vicariato de Florencia, con Monseñor Antonio María Torasso como primer Vicario Apostólico del Caquetá, algunos de esos elementos disociadores se fueron diluyendo o integrando, en la medida en que hubo confianza y diálogo recíprocos, disposiciones y aceptaciones mutuas que condujeron al desarrollo de unas propuestas de evangelización y –“civilización”–, basadas en el énfasis que los misioneros dieron a la variable educativa que era la ponderada por la instrucción pública.

Los desplazamientos internos del centro del país a las denominadas “zonas de frontera” se habían incrementado en las primeras décadas del siglo XX, pero fue al final de los cuarenta donde este fenómeno social llegó a su máxima expresión, ocasionado por la fuerte oleada de violencia desatada en el país. Uno de los lugares que recibió un gran número de ciudadanos colombianos fue el Caquetá, alterando el sistema misional o de evangelización que se había adoptado desde 1893, cuando llegaron los misioneros capuchinos a la región amazónica.

En el plano eclesial se daría un cambio cualitativo y cuantitativo, dado que se pasaría de una cuasi-misión del Vicariato del Caquetá, con sede en Mocoa y Sibundoy, orientada y administrada por los Capuchinos, a la misión del Vicariato de Florencia, dirigida por los Misioneros de la Consolata. Por esta razón conviene conocer algunos de los más destacados momentos políticos y sociales del país, con el propósito de investigar los factores que caracterizaron esta misión y su interrelación con el ámbito nacional.

### **1.1. Iglesia y Estado**

Al revisar la historiografía sobre las relaciones históricas entre la Iglesia y el Estado colombiano, en la segunda mitad del siglo XX, se percibe que las mismas están impregnadas de cultura política vigente, la cual buscaba dirimir intereses particulares incrementando de esta manera posiciones polarizadas, práctica que aún se mantenía concomitante desde la Regeneración promovida por Rafael Núñez en la Constitución de 1886 que fue como la plataforma con la cual se consolidó el Concordato unos años después entre la Estado colombiano y la Santa Sede, mediante el cual se le otorga el control de la educación a la Iglesia Católica.



Esto en contraposición al proyecto de los liberales radicales (1849-1876) quienes buscaban una educación laica, fundamentada en la expropiación de edificios y la no renovación de contratos a comunidades religiosas en Bogotá, Tunja y en otras ciudades del país. Así mismo la desamortización de los bienes eclesiásticos, de la que no se libraron ni “los conventos ni las casas curales” y la tución de cultos que consistía, según Elvis Plata, en que “se le ordenaba a los curas del país jurar obediencia al nuevo gobierno, bajo pena de cárcel o extrañamiento” (2004.p. 230). Circunstancias que tuvieron su ocaso con la Regeneración, pues muy pronto se notificó al “Congreso de 1878, solicitando la derogación o modificación de las leyes sobre inspección de cultos” (2004. p. 273), alcanzando una satisfacción completa con la Constitución de 1886 y la firma del Concordato entre el Estado colombiano y la Santa Sede.

Dicha cultura política constituyó un factor determinante que manejó los hilos sociales e impuso las condiciones de vida de todo un pueblo, produjo controversias y nos legó divisiones, confrontaciones y odios irreconciliables. Ambientes similares se consolidaron de nuevo en los años cuarenta, desembocando en el periodo denominado como “La Violencia”, nombrado así para diferenciarlo de las guerras civiles del siglo XIX. Este contexto político de las décadas de los cuarenta y cincuenta repercutió en las demás dimensiones sociales del Estado, como la economía, la cultura, incluyendo el ámbito religioso, fue objeto de controversia. Por supuesto, se formaron diversas trincheras o bandos, desde donde se esgrimían argumentos y respuestas en pro y en contra de los imperativos del gobierno central.

Sobre este punto, Rodolfo De Roux comenta que “en Colombia, la Iglesia Católica ha estado tan íntimamente ligada a todos los factores sociales (legitimación social, educación, beneficencia, grupos de presión política, economía, etc.) que no se puede comprender al país sin comprenderla a ella y viceversa” (1983. p. 11). En medio de estas reyertas políticas, económicas, sociales y religiosas se fue consolidando unos rasgos propios y distintivos que corresponden al fenotipo del colombiano. En este sentido, el papel protagónico de la Iglesia en Colombia no ha sido constante y homogéneo. Algunas veces ha contribuido a consolidar el *statu quo*. Igualmente, ha librado fuertes contiendas políticas cuando se han distanciado de la autoridad civil criticando su forma de gobernar al pueblo colombiano.

En general, se aprecia que las misiones gozaban de autonomía en sus territorios, cumpliendo algunas disposiciones del gobierno central. Los misioneros pudieron revestirse del poder espiritual y del poder temporal, lo cual les permitió proponer un estilo de vida y lograr que la gente aceptara sus propuestas de desarrollo. (Cifuentes, Traslaviña, M. T. y Florián, Navas, A. 2004, pp. 329-332)

Unos pocos misioneros, con el Obispo Torasso a la cabeza, asumieron un trabajo de evangelización con adecuadas propuestas, cuando esta labor ya estaba comenzando a decaer. No obstante, por los balances presentados años después en algunas revistas de información misional, se vislumbraba un promisorio futuro. Proposición detallada en el capítulo cuarto de este trabajo.

Como mencionamos más arriba. El epicentro de la relación Iglesia-Estado tiene su fundamento en el siglo XIX, cuando la Constitución de 1886 retornó a la Iglesia privilegios perdidos en los gobiernos radicales como el reconocimiento de la Religión Católica como la religión de la nación y el monopolio de la educación. Ambos legitimados por el Concordato firmado un año después (González, F. 1997. pp. 247-259). A partir de ese momento la institución eclesiástica y el partido conservador vivieron, sin interrupción, un reinado de casi medio siglo hasta la pérdida de la hegemonía conservadora en 1930, momento en el cual vuelven al poder los liberales, donde sobre todo en los gobiernos de López Pumarejo, se contempló la posibilidad de modificar la legislación en detrimento de las prioridades de la Iglesia. (Christopher, A. 1997. pp. 260-295)

Con el fin de estudiar esta relación en las décadas cuarenta y cincuenta del siglo XX y de una manera especial la labor evangelizadora de la nueva misión, conviene tener en cuenta la década anterior, es decir, lo que significó para la Iglesia tener que acomodarse bajo un gobierno liberal. Tiempo en el que se trataron de revivir los acontecimientos de la guerra de los mil días, exacerbando el ánimo del pueblo a favor de la confrontación violenta. El regreso de los conservadores al poder tuvo nuevas implicaciones tipificadas en el anticlericalismo, que tuvieron su máximo clímax en los acontecimientos del 9 de abril de 1948, cuando se atacaron los símbolos religiosos más representativos del catolicismo colombiano. En este ambiente, al inicio de los años cincuenta, se vive una relativa tranquilidad en el período de Rojas Pinilla. El comportamiento de la Iglesia es muy diferente en el Frente Nacional, periodo en el cual

se da el Concilio Vaticano II, donde los cambios irán a ser visibles, tanto en el interior de la institución eclesíástica, como en la sociedad.

El comienzo del fin de esta tutela de la Iglesia lo emprendió el gobierno de la “Revolución en Marcha”, como denominó López Pumarejo su proyecto de desarrollo y modernización del país. Para ello, aunque de una manera sutil, López se propuso separar la relación de la Iglesia y el Estado, pero al plantear “modificar el Concordato, la situación empeora del todo y el país vuelve a escuchar el lenguaje del siglo XIX, que hablaba de guerras de religión entre impíos y defensores del orden cristiano” (Arias R. 2003, p. 124). Desde luego, hubo acciones contundentes que pusieron en jaque la supremacía de la institución eclesíástica y, por ende, reacciones encendidas por parte de la jerarquía católica.

En medio de la retórica de ambos bandos, se constata que “la reforma religiosa no pone fin a todos los privilegios del clero: el control del Estado civil, la tutela sobre el contenido de la enseñanza, la soberanía sobre los extensos territorios de misión siguen en manos de la Iglesia” (Arias R. p. 129). Por tal razón, aunque Michael de la Rosa argumenta que se volvió “políticamente oportuno y urgentemente necesario cambiar de enemigos después de 1930” (2003. p, 83). Para ese tiempo el título lo ostentan el protestantismo y más aún, el comunismo (Arias R. 2003. p, 129). Contra ellos y contra otros sectores la Iglesia desplegó una ofensiva de grandes proporciones. Esos mismos sectores también la atacaron con saña y toda esta beligerancia hizo metástasis en los adeptos políticos, concretamente en 1948.

Las circunstancias obligaron a la Iglesia a optar por una pastoral social, incluyendo a los laicos para que su acción influyera en el ámbito social. La Iglesia conformó sindicatos y agrupaciones católicas: UTC, FANAL, UCONAL, JTC, SETRAC, con el objetivo de no cederle mucho espacio a los movimientos socialistas y comunistas.

Fernán González, (1990 p. 233) historiador y politólogo, sintetiza estas tensiones al cierre de la primera mitad del siglo XX de la siguiente manera:

obviamente, los cambios ocurridos en la sociedad colombiana tenían que afectar la situación de la Iglesia Católica en ella: con un estilo de organización y de pastoral pensado para un mundo predominantemente rural y un país bastante aislado de las ideas y corrientes intelectuales en boga en el resto del mundo, la Iglesia debió afrontar el desafío de una acelerada urbanización y de una mayor apertura intelectual del país. Los avances económicos en el campo y la ciudad implicaron un aumento de las

desigualdades sociales, un creciente desempleo y una masiva expulsión de campesinos a las ciudades, lo que trajo consigo la metropolización de las cuatro ciudades del país y un monstruoso aumento de la población marginal.

Este contexto es el que encuentran los Misioneros de la Consolata al finalizar el año de 1947, una Iglesia con más incidencia política, que con programas que incluyeran a los más pobres, atención que tan sólo se vino a tener después del Concilio Vaticano II. Efectivamente, la Iglesia misionera estaba enfrentada a esta realidad todos los días, ya que su ubicación en la misión le permitía convivir con realidades extremas de marginalidad y de pauperismo; entendiéndose por Iglesia misionera la que estaba en el campo, aunque fuera dentro de la zona autodenominada de “civilización”.

Prueba de ello es que la Arquidiócesis de Bogotá, que para 1947 comprendía los territorios Boyacá, Cundinamarca y todo el Bajo Magdalena, incluyendo algunos pueblos de Caldas y del Tolima; solicita la presencia de los Misioneros de la Consolata en los lugares mencionados, por un acuerdo de tres años, dentro de la jurisdicción de dicha diócesis; siendo enviados a pastorear los pueblos del Bajo Magdalena, y que según los testimonios narrados en diarios e informes, no distan mucho de los que posteriormente experimentaron en el Caquetá, cuya diferencia radicaba en el aspecto geográfico, porque en cuanto a conocimiento del Evangelio y condiciones de vida infrahumanas eran muy similares.

## **1.2. Las misiones en Colombia**

Las misiones católicas en Colombia desarrolladas en el en siglo XX, son herencia de la formación de la República y de su consolidación como un Estado democrático. Todo esto en vista de las fuertes relaciones que siempre ostentó la curia romana con las colonias españolas en el Nuevo Mundo y, aún después de la independencia de España, la influencia pontificia se mantuvo en quienes lideraban la institución eclesiástica en tierras colombianas. El apoyo político y jurídico facilitó que esta figura se afincara en un espacio específico de la cultura colombiana y, de paso, se convirtiera en acicate “civilizador” de los sucesivos gobiernos.

La influencia de la Iglesia fue parte estructural de las políticas de “civilización”, “integración” y “colonización”, expresamente emprendidas desde mediados del siglo. Se consideraba que los misioneros y las misiones, además de su función evangelizadora, debían cumplir el papel de asegurar la propiedad territorial colombiana. Desde estas

perspectivas deberán entonces explicarse y comprenderse los esfuerzos que los gobiernos realizaron desde el siglo XIX y en las décadas iniciales del XX para fomentar las misiones católicas y emprender otras acciones en esta región de frontera” (Gómez López, J. p. 85). En este marco ocupacional, específicamente en los años cuarenta, llegan los Misioneros de la Consolata a Colombia y, posteriormente, se les confía uno de los llamados territorios de misión ubicados en el sur del país.

En esta época, además del clero diocesano (que estaba en las ciudades y pueblos que comprendían la zona andina, donde giraba el poder central de las instituciones) también se encontraban en las zonas marginales y de frontera de la nación algunas órdenes y comunidades religiosas. Éstas, además de prestar un servicio espiritual, tenían una fuerte incidencia política, económica y cultural en las regiones en las que se les había confiado la tarea de “civilizar a los salvajes”, denominación que, hasta la segunda mitad del siglo XX, seguía siendo el pretexto de conceder a nuevas comunidades religiosas lugares donde desarrollar esta doble misión<sup>8</sup>.

Investigadores actuales de las misiones católicas en Colombia, como Amada Carolina Pérez, Augusto Gómez López y Gabriel Cabrera, han aportado valiosos elementos a esta dimensión de la historia colombiana, desde diferentes cronologías y diversos abordajes. Junto a estos autores contemporáneos existen informes desde los lugares de misión de principios de siglo y recias defensas jurídicas, en las que se reivindica con vehemencia al misionero y su heroica labor; posiciones y lecturas ilustrativas a la hora de obtener una comprensión de este fenómeno colombiano, en plena segunda mitad del siglo XX.

La misión en el siglo XIX tenía como directos destinatarios a los indígenas, a quienes por motivos raciales se les valoraba de “irracionales”. En este sentido se desplegó toda una logística con el fin de sujetar al nativo e introducirlo en una forma de estar en el mundo, teniendo como modelo una lógica comportamental<sup>9</sup> unida a una expresión religiosa occidental. Según la historiadora Amada Carolina Pérez, quien ha trabajado el

---

<sup>8</sup> Doble misión porque por un lado se representa una institución de la cual se hace parte y que es la que designa los lugares de misión en el mundo cristiano, con una presencia institucional local; y en segunda medida están los compromisos adquiridos con el Estado con quien hay previos acuerdos y con el que se asume representar con un programa de gobierno en el lugar donde se desarrolla la acción misionera. Ambas instituciones con capacidad de decisión sobre el compromiso de la evangelización.

<sup>9</sup> De vivir en grupos, formando pequeños poblados, con el propósito de romper con el nomadismo y de esta manera inducirlos a observar unos valores morales, unas normas de civilidad como vestirse, el aprendizaje de la lengua castellana, algunos principios de la propiedad privada y, por consiguiente, obligarlos a estudiar, y, desde luego, a participar de los ritos religiosos católicos.

tema de las misiones en el siglo XIX, desde su concepción de la ley y sus efectos en comunidades como las tribus errantes, dadas a conocer por informes de misioneros, como Juan Nepomuceno Rueda y José de Calazans que lograron la reactivación de las Misiones indígenas a finales del siglo XIX, propiciando un nuevo contexto político-institucional, tanto la praxis de la misión como las relaciones del autodenominado blanco, no eran para nada armoniosas con la vida nómada del aborigen.

El por qué de la práctica de la misión se legitimó a través del tiempo, la investigadora antes mencionada lo sintetiza de la siguiente manera:

La implementación de tales prácticas se sustentaba en las representaciones construidas por las élites nacionales y locales sobre los indígenas y los territorios que habitaban, las cuales desplegaban tres tipos de argumentos principalmente: (i) Tanto las élites nacionales como las regionales (incluyendo en éstas a los representantes de la Iglesia y del Estado) se sentían poseedores de una civilización legítima que los ubicaba en un lugar privilegiado del presente y les daba la autoridad para construir un proyecto de futuro (un horizonte de expectativa); (ii) las tribus errantes, aún a pesar de la diversidad de los grupos humanos que se englobaban bajo ese término, estaban por fuera del tiempo presente en cuanto sus costumbres, su religión y sus formas de organización social no coincidían con el ideal de civilización planteado por las élites y caracterizado por una vida sedentaria sustentada en la agricultura y la ganadería y articulada alrededor de la propiedad de la tierra; (iii) era necesario traer hacia el tiempo común de la nación a esas tribus errantes y las misiones no sólo concordaban con el proyecto político de las élites finiseculares del país, sino que se convirtieron en un espacio de experiencia reconocido como válido para llevar a cabo tal proceso (2008. p. 36)

En este orden de ideas se hacía también manifiestas una excesiva normatización y regulación de la vida, que se traducían en el control social de espacios tales como la escuela, el matrimonio, la prensa y las publicaciones, la profesión de fe entre otras. Así mismo la obediencia y la sumisión de los creyentes a ese modelo de sociedad los hacía un tanto impermeables a las ideas modernas.

Entrado el siglo XX algunas misiones comenzaron a ser criticadas por algunos sectores de la sociedad que, desde la academia, la política y la cultura, observaron algunos abusos tanto con los indígenas y sus tierras como con los recursos que el gobierno destinaba a dichas misiones. Repercusiones que generaron solidaridad en algunos medios de comunicación difundiéndolos de diversas maneras, declaraciones que los Jefes de Misión e Iglesia como tal reaccionaron desmintiendo lo aseverado y acusando de ataques a la labor misional de personas mal intencionadas.

La tesis doctoral de Gómez López profundiza en varias de estas problemáticas, especialmente en la misión de los capuchinos de la Prefectura Apostólica del Caquetá. Son confirmadas las críticas a esta misión por el mismo Prefecto Apostólico de la misión capuchina, Fray Fidel de Montclar, quien no dejó pasar la oportunidad de expresarlo públicamente: “Deseo que tampoco se olvide que esta Misión ha sido muy calumniada por los enemigos de la Iglesia” (Prefectura Apostólica del Caquetá, p. 26). Críticas que tienen impacto en la sociedad colombiana a nivel jurídico-político, situación que se ejemplificará más adelante.

En cuanto a la concepción del método misionero, la visión y los conceptos se mantenían iguales a cómo eran en los tiempos de la reanudación de las misiones en Colombia. El mismo jefe de misión lo da a conocer unos años después:

Es muy natural que al comenzar una obra de tanta trascendencia y cuya importancia no hay necesidad de encarecer, como es la cristianización de los salvajes y su civilización, se procurara adoptar el medio más a propósito para que esta labor fuera profundamente transformativa del modo de ser de éstos. Procurando ambas cosas se llenaría debidamente el objeto que se propone la iglesia al mandar a este Territorio a sus legítimos representantes, los misioneros; este objeto no es hacer obra circunstancial, obra que puede desvanecerse al primer soplo de la adversidad, como el humo desaparece al primer empuje del vendaval, sino obra profunda y duradera, que penetre hasta la médula de estas sociedades incipientes (Misiones Católicas en Colombia. 1921. p. 9).

De lo anterior se puede observar que en 1921 comenzaban a llegar algunos colonos a los territorios de misión, probablemente alterando el *modus vivendi* de los grupos indígenas. Empero, los misioneros seguían gozando de una alta aceptación por su labor. Así lo manifiesta Alfonso Uribe Misas, en una elocuente defensa contra el proceder del Procurador de la Nación doctor Andrés Holguín Holguín, por aceptar la participación de los protestantes menospreciando el quehacer idóneo de los misioneros. Así concluye su defensa:

“O ¿será que el Procurador considera como “materias distintas” las obras grandiosas que realizan los misioneros precisamente en desarrollo de su acción catequética y educadora? “¿Habría querido referirse al denuncia y cultivo de los baldíos, en los cuales los misioneros crean fuentes de riquezas para las mismas tribus y establecen centros de enseñanza para la ciencia agropecuaria? ¿O habrá querido referirse a las construcciones escolares y hospitalarias que los misioneros han levantado en beneficio de las poblaciones que de ellos dependen? ¿O habrá pensado en las obras públicas que los Misioneros han realizado en profusión en nombre del gobierno y que son la construcción de caminos y carreteras que invaden las selvas y de

puentes que facilitan la locomoción? ¿O quizás habrá querido aludir a la constante vigilancia de los Misioneros a lo largo de la frontera de la Patria para evitar la invasión territorial de los pueblos vecinos, hechos que están registrados en el Ministerio de Relaciones Exteriores? (Uribe A. 1965. p. 14).

El reconocido jurista exhortaba a la sociedad colombiana a defender la misión y a los misioneros frente a la ley y frente a quienes trataran de desacreditarla. Igualmente pedía apoyarla económicamente. A esta realidad de la misión se unía toda la controversia nacional de los partidos políticos y la Iglesia, llegándose a poner en entredicho la legitimidad del Convenio de 1953. Uribe Misas sustentó la viabilidad y legitimidad de dicho Convenio argumentando para ello las modificaciones constitucionales junto con otras actualizaciones del mismo convenio: “siendo así las cosas, es un imposible jurídico el hablar de que la Convención de 1953<sup>10</sup> es inconstitucional, pues ni la Constitución de 1910, ni la de 1936 puede tener el efecto de invalidar por inconstitucionalidad dicha convención” (1965. p. 14), con la cual se legitimó la ya naciente misión en el Caquetá.

### **1.3. La región del Caquetá aspectos geográficos e históricos**

La Amazonía colombiana según el Instituto SINCHI tiene “dos subregiones bien diferenciadas, la subregión noroccidental o piedemonte amazónico y la subregión suroriental o llanura de la Amazonía” (OBSERVATORIO DESC AMAZONÍA, NODO COLOMBIA. 2007. p. 28) De acuerdo con esta delimitación, el Caquetá viene perteneciendo a la “la subregión noroccidental que cubre el territorio de los departamentos de Caquetá, Guaviare y Putumayo” (p. 29), conformándose posteriormente como uno de los departamentos más grandes de Colombia.

El interior del Caquetá tiene sectores según la topografía y densidad de poblamiento marcando la heterogeneidad del territorio caqueteño. Este estudio se ocupará especialmente del piedemonte debido a que es allí donde se han asentado con gran fuerza variados grupos humanos. En lo referente a la organización poblacional, se encuentra estructurada en zonas caracterizadas por grados de integración de acuerdo al

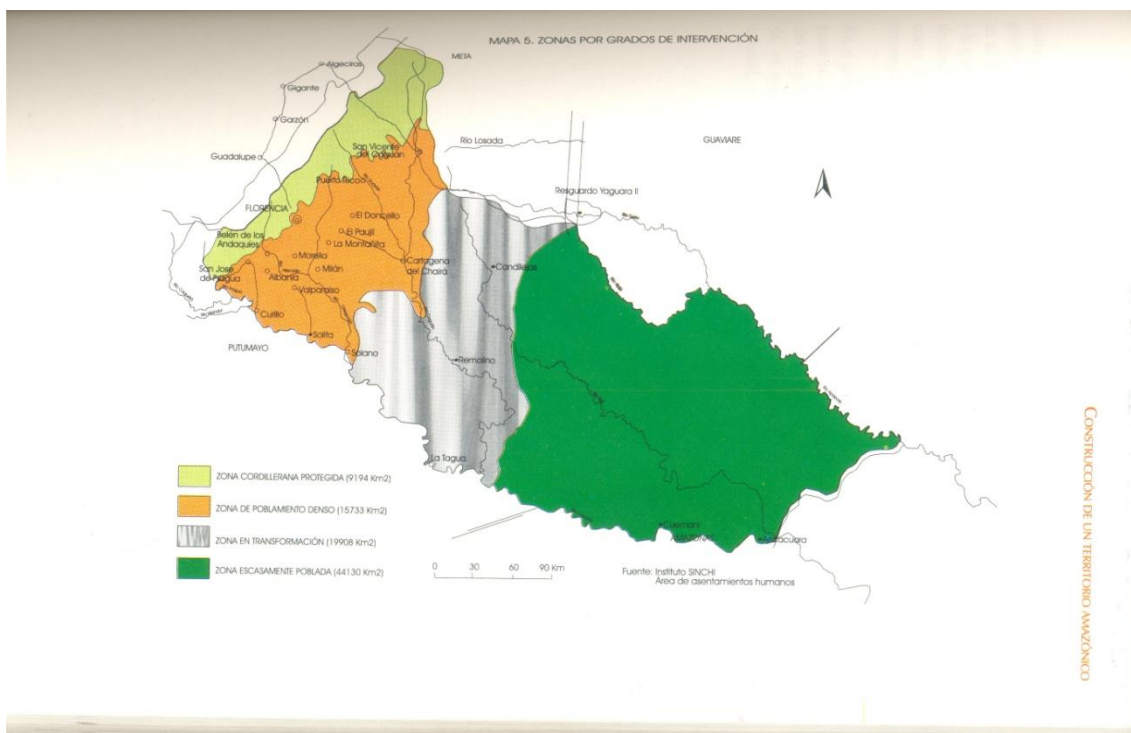
---

<sup>10</sup> Para una mejor comprensión sobre éste particular transcribo el primer apartado del numeral IX que habla de las “normas sobre misiones”, en el libro *La Verdad sobre el Concordato colombiano* (1998) Secretariado Permanente del Episcopado. 1. ¿Qué dispone el Concordato acerca de las misiones? En el artículo XXX del Concordato se declara explícitamente derogado el Convenio de Misiones de 1953. En sustitución de este Convenio se estipularon los artículos VI y XIII, por los cuales se pactan un propósito de colaboración de la Iglesia y del Estado para la promisión humana y social de los indígenas y de los habitantes en zonas de régimen canónico especial, dentro de la competencia de cada una de las partes, y de acuerdo con planes establecidos por el Estado, que podrán extenderse a varios campos de promoción humana (Art. VI), especialmente en materia de educación (Art. XIII).



modelo ciudad-campo, en este sentido el poblamiento denso, cuyo eje se encuentra en el piedemonte, ocupa una mínima extensión con respecto a las otras áreas del territorio, pero que concentra más del 90% de la población, la totalidad de las ciudades y un alto porcentaje de las carreteras existentes (SINCHI, 2000).

Así mismo el Instituto SINCHI denomina a la segunda zona como la cordillerana, formada por la cordillera oriental, declarada reserva protegida debido al peligro ambiental que representa su poblamiento, porque allí se concentran los nacedores de agua, en una topografía altamente quebrada y propensa a la erosión. La tercera zona, llamada de transformación, que corresponde a la ubicación de los Llanos del Yarí, se caracteriza por estar poco habitada y surcada por algunos ríos navegables. En esta área existen asentamientos indígenas con algunas colonias dispersas de colonos. La cuarta y última de las zonas es la de mayor extensión, escasamente poblada, la menos colonizada de la Intendencia, con presencia de grupos indígenas y que intenta conservar sus tradiciones frente a la apabullante globalización occidental.



**Mapa 1: Zonas por grado de intervención 2002 (SINCHI)**

La intervención del hombre en esta zona ha sido restringida y limitada por razones que van desde los accidentes geográficos y la acción ignominiosa de potentados económicos de la región hasta la omisión y olvido por parte del Estado. De acuerdo con la estandarización de las zonas junto con sus respectivas características y antes de hablar de sus moradores tanto primigenios como de las sucesivas colonizaciones y expediciones, es importante resaltar una dimensión más de la zona cordillerana: es ésta la que ha determinado el progreso de la región, por cuanto imposibilitó el acceso temprano a las tierras productivas. La cordillera oriental delimitó y aisló este territorio del resto del país: la altura, los picos, el frío y los precipicios son lo que imposibilitaron un acceso temprano a la parte plana del Caquetá.

Conviene señalar que penetrar la cordillera que se ha interpuesto como una muralla, no ha sido fácil. En el siglo XIX se construyeron varios accesos por la cordillera en “donde las principales vías de comunicación eran gran número de ríos y quebradas, algunas trochas de carácter privado y el viejo y deteriorado camino o trocha pública que partía de la región del Pescado (Belén de los Andaquíes) a la Concepción (Acevedo – Huila), la vía más antigua para entrar al Caquetá por el lado del Tolima (hoy Huila) y que era la misma que utilizaban los frailes franciscanos el siglo pasado” (II Congreso de historia, 1994, p. 274.).

Otras vías por las que se han internado en el Caquetá viajeros, colonos, soldados y misioneros van por la parte noroccidental, correspondientes al “Alto Caguán–El Pato–Llanos del Yari”, por donde se cuenta que entró la expedición de Hernán Pérez de Quesada en búsqueda de “El Dorado” en el siglo XVII y por donde –posteriormente– se movilizaron los que llegaron a hacer fortuna con las diferentes formas de economía extractiva y que llegaron hasta los más recónditos lechos selváticos de la región noroccidental donde se encuentra ubicado San Vicente del Caguán, pueblo de gran protagonismo en el desarrollo político y económico de la zona.

De igual manera, a finales del siglo XIX, la predominancia del asentamiento cauchero de la Perdiz se transformó en la casa matriz de las caucherías de los ríos Caquetá, Ortegaza y Pescado. Fue grande la concentración del poder económico en este pueblo de blancos y “dentro de una nueva lógica u orden económico y espiritual (...) fue reorganizada con un nuevo significado en el año 1902, por Doroteo de Pupiales” (II Congreso de historia, 1994, p. 275). Este asentamiento luego llegará a ser Florencia, la capital de la región ubicada en la margen derecha del río Hacha. “A pesar del lento

crecimiento inicial, este asentamiento logró sobrevivir a la condición efímera de muchos otros puntos de bodegaje y se convirtió en sitio de importancia al iniciarse la construcción de la trocha que la comunicaría con Guadalupe, en el Huila, con la consecuente pérdida de importancia de la trocha andaquí que comunicaba con el poblado huilense de La Ceja” (SINCHI, 2000, p.36).

La dimensión económica fue la razón fundamental por la cual se miró hacia el Caquetá, éste como mayor proveedor del denominado “oro blanco”, por ello se formaron grupos de personas en asociaciones estratégicas para explotar el recurso natural y se convirtieron en protagonistas de la historia de la selva y en fundadores de pueblos. Según León González, la fundación de San Vicente está relacionada con la “Compañía Perdomo y Falla” que desde Campoalegre (Huila), dirigió y coordinó la extracción del látex de la zona y su distribución hacia el interior del país. En este sentido fue la Compañía Perdomo y Falla, la que posibilitó alguna forma de comunicación y, desde luego, la iniciación de asentamientos que más tarde se convertirían en centros urbanos de desarrollo.

Por otra parte, los efectos nocivos de la colonización no solamente causaron penurias en quienes estaban al frente de la consolidación de la empresa, sino también a la misma floresta, como fue argumentado por el segundo Congreso Departamental de Historia y Primer Simposio de Historia del Sur de Colombia:

La colonización, he aquí el interés de cristianos y nacionales en aquellas regiones. Gracias a Dios la caída del caucho ha hecho desaparecer la más poderosa valla para el bien. El negocio del caucho, constituido en único objetivo de entrada en esas regiones y practicado del modo como hasta ahora lo ha sido, no producía más efectos que la destrucción de la misma fuente de riqueza; el modo de extraer el caucho es destruyendo el árbol, la ruina social y económica de los trabajadores, principalmente y la imposibilidad de la colonización. (II Congreso de Historia, 1994, p. 267), documento del Fondo Ministerio de Gobierno, citado por León González.

Los períodos que impulsaron la economía extractiva de toda la Amazonía tuvieron una fuerte repercusión en la parte colombiana, pues agentes externos y nacionales no solamente se encargaron de destruir la vida de la fauna y la flora, sino que también abusaron de los indígenas que habían logrado sobrevivir a la conquista de los españoles: “Así, los indígenas del Caquetá a fines del siglo XIX y principios del XX, se movieron entre el fuego, el machete y el fusil de la Casa Arana y el evangelio como bálsamo y explicación mesiánica de su cruda realidad” ( II congreso de Historia, 1994, p. 241).

Al parecer lo único que se mantuvo a través del tiempo, ha sido la ausencia de orden institucional, por tal motivo

tomaron un inusitado poder en todos los ámbitos tanto la Casa Arana como las misiones. Estas últimas con el aval institucional para ejercer un papel, además de religioso, ideológico, político, económico, cultural y científico sobre los moradores de tan vasta región. Por su parte la Casa Arana con un gran poder económico se enseñoreó de la región en una acumulación violenta de capital con el apoyo directo del Perú y la aquiescencia de los gobiernos colombianos de entonces. (II congreso de Historia, 1994, p. 278).

En ese contexto algunos de los referentes históricos del siglo XIX han tenido algún tipo de incidencia en el actuar de nuevos precusores en esas mismas tierras llamadas de



**Mapa 2: Campamentos caucheros 1914 (ACFC)**

promisión por viajeros y expedicionarios románticos. Lo anterior favorecía también el surgimiento de malvados líderes carismáticos, generando amplios márgenes de desigualdad entre los pobladores. Realidad que muchas veces encontraron los misioneros aunque no estuvieran de acuerdo frente a la ignominia se vieron impotentes o no le dieron importancia al exterminio indígena<sup>11</sup>.

Por lo anterior, conviene hacer una aproximación a las bases de lo que fue la consolidación de un pueblo al fusionarse las más variadas perspectivas de vida en una nueva denominación cultural, expresada con el gentilicio de sociedad caqueteña. Para efectos del período señalado en esta investigación, la cual comprende un decenio de la segunda parte del siglo XX en el Caquetá (1951-1960), se hace imperativo buscar las iniciativas, el origen y lo que motivó la formación de una sociedad correspondiente a esta época tan particular en la historia de la región. Por ello, son significativos los antecedentes que fueron configurando las relaciones sociales, políticas, económicas y culturales de este territorio colombiano. Es por ello que es posible distinguir tres tipos básicos de poblamiento, primero la ocupación indígena, segundo la colonización agraria iniciada en 1900 y dinamizada hasta 1950 y tercero caracterizado por el proceso de urbanización de las últimas décadas. (SINCHI, 2000).

La presencia e influencia aborígen, de colonos en la región ha sido y sigue siendo desde una perspectiva histórica y de larga duración sinónimo de confrontación y confluencias tratadas desde el gobierno de diversas maneras, que respondían a la concepción de cada grupo y que como tales fueron tratados. Es decir, el pensamiento que se tenía sobre el indígena no era que hubiese alcanzado tanta evolución, aunque ya era un individuo más autónomo en medio su grupo familiar, características entendidas por las misiones, pero que a la hora de aplicar un plan evangelizador era igual como para cualquier otro grupo humano. Como es el caso de la siguiente consigna: “la rehabilitación completa de una raza no se consigue fácilmente, sino apoderándose de su niñez” (II congreso de Historia, 1994, p. 321). Consigna más especulativa que materializable, pues bien sabemos la capacidad camaleónica de los indígenas para revertir el orden impuesto por los curas doctrineros.

---

<sup>11</sup> Para una mayor información en la que se puede constatar la magnitud de tan devastadora empresa de la muerte leer *El paraíso del diablo*, publicado en [caballerosandantes.net](http://caballerosandantes.net) o [www.temascalombianos.com](http://www.temascalombianos.com). referencia que se encuentran al final del mismo.

La labor de adoctrinamiento permeaba toda las dimensiones de la persona en el desarrollo de su vida, ya fuera niño o adulto. He aquí una especie de currículo: “primero se les enseñó aseo, castellano y lo más esencial de nuestra Santa Religión... dentro de pocos años habrá cambiado radicalmente la faz de aquellos pueblos bárbaros, y la civilización cristiana habrá dilatado sus fronteras muy dentro del Caquetá... por medio del canto suavizamos sus costumbres, y con la agricultura procuramos crearles la afición a la propiedad”, (II congreso de Historia, 1994, p. 390). Con razón, los ideales, la praxis y los métodos han sido muy cuestionados desde el momento en que los implantaron.

En un extenso territorio, poco valorado por estar lejos del llamado “mundo civilizado”, se encuentran grupos humanos con ideas y cosmovisiones diferentes, casi antagónicas. Los “civilizados” con la única motivación de participar en una economía mundial y los “salvajes” respetuosos y amantes de la naturaleza, con su propia religiosidad y sus costumbres ancestrales.

Aunque los indígenas son la población milenaria de esta zona no es el objetivo de este estudio abordar esta etapa primigenia. Aunque los grupos étnicos se mantengan transversalmente a través de la historia, tanto nacional como local. Lo concomitante con el período 1951-1960, donde los acontecimientos nacionales fueron disponiendo los elementos que propiciaron el escenario en el cual se ejecutó la misión de los Misioneros de la Consolata. Éstos, a diferencia de los capuchinos que trabajaron específicamente con indígenas, van a desarrollar la misión con colonos, sin desconocer a los pequeños grupos nativos que habitan en el inmenso territorio del Caquetá.

Entre los cuales se identifican: “Coreguajes y Tamas en Tres Esquinas; Carijonas en el occidente del Yarí; Coreguajes en Niñeras, San José del Bodoquero y Solano; Inganos, establecidos por los lados de la quebrada de La Canela y los Huitotos en la banda oriental río Cagúan. Estos indígenas, especialmente los Huitotos, fueron sometidos por los empresarios caucheros, especialmente bajo el imperio de la Casa Arana” (Perdomo, C. G., II Congreso de Historia, 1994, p. 275).

Siendo de vital relevancia indicar algunos de los aspectos que constituyeron la sociedad caqueteña de la segunda mitad del siglo XX, es oportuno señalar las oleadas de gente que en diferentes períodos, tanto del siglo en cuestión como del anterior, se dieron cita

por situaciones que revolucionaron la economía mundial. De ahí que, mientras los unos encontraban la “civilización” en territorios de plena barbarie, los otros dueños y señores de estos territorios, fueron reducidos a la categoría de irracionales, siendo como tales tratados e invisibilizados.

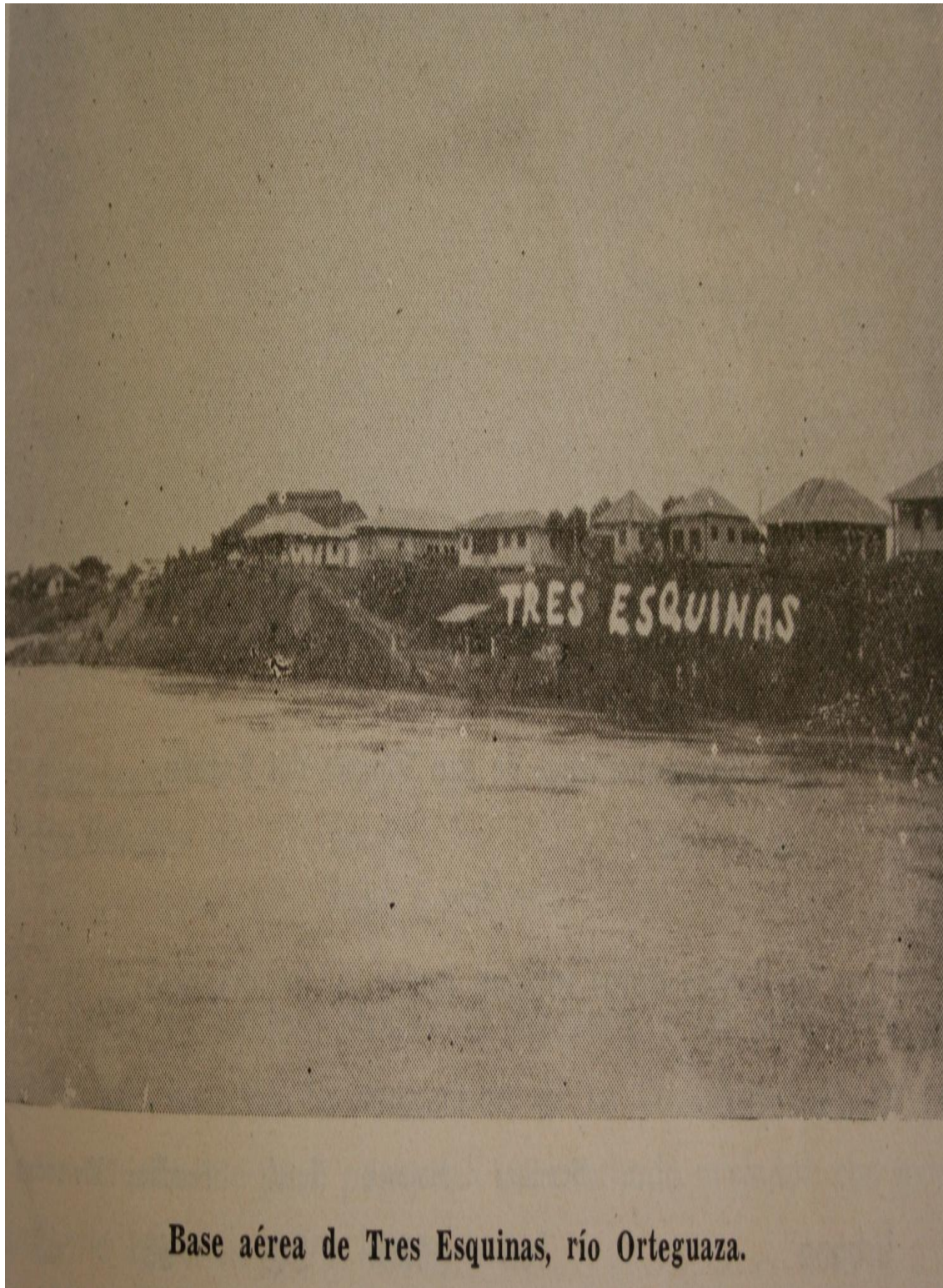
Es oportuno indicar que el Caquetá comenzó a tener vida política independiente de otras provincias, cuando “En 1912 se constituyó la Comisaría Especial del Caquetá, se convirtió a Florencia en Municipio y se ordenaron las primeras elecciones:

Naciendo instituciones”, tal como lo expresara el primer presidente del Consejo. En 1912 el primer Comisario del Caquetá, creó los corregimientos del Tres Esquinas, del Yarí y San Vicente. Más tarde, en 1914 organizó el Corregimiento de Andaquí y el Corregimiento de Niña María. Este mismo jefe de administración comisarial había constituido en 1913 el cuerpo de Gendarmes del Caquetá, cuerpo policial constituido por un jefe, seis Gendarmes y dos ayudantes (II Congreso de Historia, 1994, p. 286).

Cuatro décadas después, la ley colombiana le confiere el grado de Intendencia, lo que significó un ascenso por número de personas e instituciones distribuidos en los diferentes centros urbanos de reconocimiento administrativo, donde poder gestionar reclamos, peticiones y protección en nombre del Estado, en la figura del poder local. “De no menos importancia fueron la instalación, en las cercanías de esta última, de un amplio hospital militar; y el establecimiento de dos bases militares: la naval de Leguízamo y el área de Tres Esquinas, que pronto se convirtieron en punto de avanzada de la civilización” (Bonilla V. D. 1966. p. 16).

La consolidación administrativa favoreció la entrada de los inmigrantes a las selvas vírgenes del Caquetá en las primeras décadas del siglo XX. Éstos fueron precedidos por individuos que huyeron de las guerras civiles de 1860 y la Guerra de los Mil Días (1899-1902); otros fueron aquellos a quienes:





**FOTO 1:** Base área Tres Esquinas, río Ortiguaza 1950 (ACFC)



de la Perdiz, Tres Esquinas, de la Compañía Pizarro; la del Hacha, del señor Urbano Gutiérrez; la del Andaquí, del señor Manuel Mejía Méndez; la agencia de Maracaibo de Antonio Ángel. Además, estaban las agencias caucheras de la Estrella, Colón, Puerto Rico, Valparaíso, Guamal o Puerto Príncipe, San Vicente (II congreso de Historia, 1994, p. 278).

La última de las bonanzas decimonónicas tuvo su ocaso hacia 1914, pues “la extracción de caucho llegó transitoriamente a su fin, con lo cual terminó la primera fase de este ciclo extractivo en el Caquetá. A partir de entonces esta región entró en una fase de depresión económica y social, tanto que algunos de los asentamientos humanos que, como Puerto Rico y San Vicente del Caguán, se habían conformado en el marco de esta bonanza, estuvieron a punto de desaparecer” (SINCHI, 2000, p. 38). Esto confirma el fenómeno característico de sociedades constituidas por la atracción de riquezas volátiles.

La crónica de Fray Doroteo de Pupiales, ilustra detalladamente el ambiente que se vivía en el tiempo de abandono: “Esa pobre gente del río Caquetá y del río Orteguzza, está completamente abandonada: no hay autoridad eclesiástica ni civil, allí no hay como dicen, muchos de sus habitantes, ni Dios ni ley: el más fuerte y malo manda y se burla de todos. Abundan los odios, las venganzas, los homicidios, los latrocinios, los amancebamientos, en fin todos los vicios juntos” (II congreso de Historia, 1994, p. 277).

Lo fantasmagórico del territorio y de los pueblos fue alterado por el conflicto bélico internacional es decir, la Segunda Guerra Mundial, que reactivó transitoriamente la demanda del caucho amazónico. Esta expansión determinó el inicio de la segunda fase extractiva del látex en el Caquetá y por ende de un nuevo poblamiento de los centros urbanos erigidos desde las postrimerías del siglo y que se convirtieron en los principales núcleos prestadores de servicio de la Comisaría: Florencia, San Vicente del Caguán y Belén de los Andaquíes.

Con la momentánea reactivación económica del caucho en la región también se desarrollaron otras dimensiones de la economía extractiva como fue la explotación maderable y de pieles. En el Caquetá esta época fue la de mayor poblamiento y fue más allá de los años cincuenta, cuando muchos comerciantes y cazadores se aventuraron e hicieron parte de los nuevos colonos. Esto hizo que tanto el gobierno civil como el eclesiástico diseñaran nuevas formas de acogida y organización para los colonos que llegaban en masa a estos territorios.

Por tal razón, los misioneros capuchinos decidieron poner el territorio del Caquetá en manos del órgano competente, para que éste, se lo ofreciera al mejor postor; y de esta manera el Instituto de Misiones Consolata, que estaba recién llegado a Colombia, recibió la oferta por parte del entonces Nuncio Apostólico, Monseñor Antonio Samoré, en coordinación con Propaganda Fide. En verdad, esto era lo que los misioneros de la Consolata habían venido a buscar a Colombia. Así, pues, con la aprobación del gobierno nacional, se dispusieron y acordaron medios que facilitaron la posesión de los Misioneros de la Consolata en el Vicariato de Florencia.



**Foto 2:** Padre Salateo de casería 1954 (ACPMCB)

## CAPÍTULO 2

### **2. De cómo la delegación colombiana se acreditó y se proyectó en el Vicariato de Florencia, Caquetá**

Los momentos previos a las decisiones tomadas en la Misión de la Consolata en Colombia, estuvieron sometidos a fuertes controversias, incertidumbres e inestabilidad debido a que las decisiones siempre dependieron del Superior General de la Congregación y sus Consejeros que se hacían esperar lo necesario como para poner en vilo a los directamente implicados con quienes se habían comprometido desplegar un proyecto que sustentara la presencia misionera en el país, acciones en la que desde luego habían entretejido relaciones provisionalmente acordadas ya sea con entidades, grupos sociales y comunidades de base, justo como para no rendirse fácilmente.

Los momentos previos al Capítulo General la confianza de las autoridades colombianas en los Misioneros de la Consolata expresada en la concesión del Vicariato de Florencia, Caquetá, el nombramiento del Vicario Apostólico hasta su consagración y posesión, junto con los respectivos intervalos de angustia, gozo y alegría, son las pretensiones de plasmar en este capítulo.

Se desarrollarán algunos aspectos preliminares a la consolidación de la presencia de los Misioneros de la Consolata en Colombia. Como punto de partida se tendrá en cuenta tanto el trabajo que desarrollaban los misioneros en Bogotá y en algunos pueblos del bajo Magdalena, como lo que se vivía en Italia donde se sentían las presiones para el regreso de los misioneros y donde, posteriormente, en el ámbito del Capítulo General<sup>12</sup>, se debatió y se consiguió la continuidad y fortalecimiento de su presencia en Colombia, concretamente en el suroriente del país, en el territorio del Caquetá.

Al cumplirse casi los tres años del contrato que los Misioneros de la Consolata habían firmado con la Iglesia colombiana para que algunos miembros de esta institución vinieran a establecer misiones en algunas de las pastorales de las diferentes diócesis del

---

<sup>12</sup> El Capítulo General es la asamblea de los legítimos representantes del Instituto, reunida para examinar su vida y sus actividades, y definir orientaciones y normas. En oración y reflexión, dejándose guiar por el Espíritu de la Verdad, se interroga y confronta con el Evangelio, con las directrices de la Iglesia y con el carisma de la fundación. Se compromete a discernir, en un determinado momento de la historia, la voluntad de Dios para hacer siempre actual nuestro servicio misionero. *En la actualidad*, el Capítulo General se reúne ordinariamente cada seis años. Por graves exigencias puede ser convocado un Capítulo extraordinario. El Capítulo es anunciado y convocado por el Superior General y su Consejo. (Constituciones. 1998. p. 106)

país, los superiores generales de dichos misioneros no veían que las expectativas de esta presencia en Colombia se pudieran cumplir, como lo habían previsto antes de embarcar a los primeros cinco sacerdotes, que llegaron al Puerto de Buenaventura el 11 de diciembre de 1947. Y dado que ya llevaban dos años de estar agregados a la diócesis de Bogotá, sin haber definido nada que los orientara al proyecto de Dirección General, le escribe el padre Gallea, Consejero General, al Padre Torasso, Superior de la delegación: "...hablando con franqueza yo no he visto muy bien que en Colombia les confiaran a los misioneros unas parroquias y, no, por ejemplo, una Prefectura Apostólica, como se había dicho al principio" (Padre Gallea. Roma, 4 de enero de 1949).

El Superior General y sus Consejeros advertían con cierta desconfianza que, después de un lapso de tiempo, las expectativas iniciales por las que se optó por enviar a sacerdotes misioneros a esta parte del continente americano, que eran las de una misión independiente no se estaban cumpliendo como lo había acordado claramente con Propaganda Fide, la entidad del Vaticano, encargada de otorgar dichas concesiones. Solo se estaban realizando algunas promesas de parte del clero bogotano pero que no trascendían del plano local, con la posibilidad de prolongarse por mucho años más. Como aparece haber sido informado, según una carta del padre Gallea, hablando del gobierno del cual hace parte el líder del grupo en la misión colombiana, "...Habría el peligro de tomar una decisión que comprometa por 10 años (...) al Nuevo consejo" (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 25).

De esta manera se hizo visible lo que pensaban la mayor parte de los misioneros de la Consolata, incluyendo al Superior General y sus Consejeros, no daban credibilidad a dicha presencia misionera por la forma en que fueron enviados y para lo que se acordaron hacer. Pues para unos, "no fue una decisión capitular, por lo tanto era algo que se podía recoger sin muchos traumas", otros, decían (...) "que no nos habíamos hecho misioneros para ponernos al servicio de un Obispo" (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 37), contra la opinión de una delegación conformada por ocho misioneros que se hallaban en Colombia a comienzos de 1949 y quienes sostenían obstinadamente que Colombia era un país propicio para el avance y consolidación de la misión de la Consolata.

La reacción de quienes estaban realizando esta experiencia fue la de profundizar en el trabajo, ganándose la simpatía tanto del pueblo como de las autoridades eclesiales y civiles, quienes les pedían continuar, indicándoles posibles campos de acción y disponibilidad de apoyo logístico. Esto fue lo que el Padre Torasso, junto con sus compañeros, se empeñó en hacer saber, por medio de cartas e informes, a sus superiores. La viabilidad e importancia de permanecer en la región fue su permanente preocupación y, por ello, sometieron esta petición a la consideración del Capítulo General que se llevó a cabo en Roma, el 1 de septiembre de 1949.

### **2.1. El Capítulo General de 1949**

Las constituciones que regían en aquella época al Instituto Misiones Consolata establecían que cada diez años se debían elegir nuevos directivos. Para ello se dieron cita en un lugar previamente acordado, un buen número de sacerdotes misioneros con la capacidad de deliberar y decidir sobre los diferentes frentes de misión que se tienen a nivel mundial. Es en este contexto donde se toman las decisiones que el resto de los misioneros acataron sin importar el lugar donde ejercen su ministerio.

Ante este organismo colegiado y decisorio denominado Capítulo General, se presentó la propuesta de permanencia de la delegación de la Consolata enviada a Colombia por razones tanto de tipo fundacional de la Congregación como por solicitud de la Arquidiócesis de Bogotá. Había controversias y contradicciones porque se consideraba una misión fuera de los cánones fundacionales que establecen que “Instituto es una familia de consagrados para la misión “ad gentes” (Constituciones. Roma. 1998. p. 28) es decir, para los no cristianos. Latinoamérica y Colombia, en particular son netamente católicos por tanto, estos misioneros no tendrían nada que hacer allá. Del mismo modo, mantener a unos misioneros de colaboradores de un Obispo (Arquidiócesis de Bogotá) no era ni una práctica en ese momento ni mucho menos algo rentable o prestigioso para una institución religiosa acostumbrada a las grandes empresas misioneras, inicialmente en el África.

¿Cómo lograr un consenso favorable frente a esa especie de dilema o contradicción? Esa fue la tarea que asumió el Padre Torasso<sup>13</sup> y quienes estaban con él viviendo y

---

<sup>13</sup> Nació en Verolengo (Casabianca – Turín) el 16 de abril de 1914, pocos meses antes de que estallara la Primera Guerra Mundial. A los 12 años entró al Instituto de la Consolata y a los 15 recibió el hábito clerical en Camerletto. A los 17 años tuvo que suspender sus estudios por causa de una grave enfermedad. Fue ordenado sacerdote el 9 de marzo de 1940. Cuando llegó a Colombia contaba con 33 años de vida.

experimentando los desafíos y las bondades de los colombianos, cuando ya terminaba la primera parte del siglo XX. Lo nodal fue su capacidad de trabajo y de testimonio de vida religiosa, lo que les permitió “conquistar la admiración y respeto con quienes entraron en contacto” (Padre Boetti. 1949. p. 34). En este sentido, los misioneros se fueron dando cuenta de las oportunidades que podría tener el Instituto<sup>14</sup>, siempre y cuando se les tuviera en cuenta su parecer evangelizador. Conscientes del conocimiento de la realidad y del reconocimiento que tenían por parte de algunos sectores de la sociedad de la capital colombiana, insistieron con fuerza en la viabilidad de dicha misión. Así lo expresa el Padre Torasso en una carta al Consejero General: “... a pesar de las muchas dificultades morales y materiales, todo marcha bien y nos sentimos todos muy contentos” (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 21).

Mostrar la satisfacción en medio de la adversidad fue la forma de legitimar lo que querían, según se percibe por los escritos epistolares entre Colombia e Italia. Con una denodada constancia en el trabajo en las diversas comunidades, lograron autosostenerse en el firme propósito de impedir lo que consideraban una salida desafortunada y apresurada de una misión en los mejores momentos de gestación<sup>15</sup>.

La decisión de retirarse de Colombia era contradictoria ya que el continente europeo estaba arrasado por la Segunda Guerra Mundial y apenas comenzaba a reorganizarse. Por ello, una de las decisiones fue la de migrar a América para proveer de recursos y así contribuir a la reconstrucción física, política y social del viejo continente. “A guerra finita la mappa delle missioni occupate dai Missionari della Consolata risultó sconvolta. Alcuni padri e fratelli erano stati rimpatriati e l’ Abissinia completamente abbandonata.

---

<sup>14</sup> El número de los misioneros de la Consolata en Colombia para 1949 eran 8 y aunque estaban distribuidos algunos en el Bajo Magdalena y otros en la capital, la comunicación por cartas era una constante, porque además de ser una norma fundacional, era también el vínculo espiritual que los mantenía unidos en la acción y en las intenciones misionales y afirmación emocional. Así mismo, hacían encuentros periódicos para analizar, evaluar y prospectar sus quehaceres en sus lugares de trabajo. Por lo tanto, la información que se ofrecía era del consenso del grupo; práctica que se mantiene hasta en la actualidad.

<sup>15</sup> La comunicación entre Bogotá y Roma sobre la tensión si abandonar la misión o por el contrario proseguir en ella en tierras colombianas tiene como fecha de inicio 22 de diciembre de 1948, teniendo como conducto regular en Bogotá al padre Torasso, por ser él el superior del equipo y en Roma al Consejero General el padre Gallea, con excepción de tres cartas enviadas del Vice Superior General el padre Sandrone, hacía Colombia en las que le deseaba al padre Torasso, pronta recuperación de un quebranto de salud que lo obligó hospitalizarse y además se refería a lo que esperaba que fuera su presentación en el Capítulo General. Así que sumando las cartas del Vice Superior General, se tienen 11 cartas entre la fecha de inicio ya establecida hasta el mes de agosto de 1949 unos días antes del padre Torasso viajar al Capítulo General en Roma.

L'ecedenza di personale in Italia fece ridiventare attuale il piano per la l'Argentina”<sup>16</sup> (Trevisiol A., 1997. p. 31). La mayoría de las comunidades religiosas se vieron obligadas a salir y buscar nuevos recursos humanos y financieros pues habían sufrido todo tipo de pérdidas por haber tenido que abandonar muchos de sus lugares de misión.

Con esos fines llegaron los Misioneros de la Consolata al Brasil y Argentina y, posteriormente, a Colombia luego que en Brasil y Argentina se estaban cumpliendo las metas y expectativas. El historiador y misionero de la Consolata Alberto Trevisiol (1991, cap. 1 y 1997), quien ha escrito esta parte de la historia de la misión, así lo confirma: “L'America Latina appariva solo allora come un campo favorevole per l'espansione dell'Istituto e per l'animazione missionaria rivolta a trovare mezzi finanziari e personale per la missioni estere”<sup>17</sup> (Trevisiol A., 1991. p. 22).

Las preguntas que nos asaltan son: ¿Por qué no fue satisfactoria la experiencia en Colombia? ¿Sería que los objetivos de ser una misión sostenible económicamente se vieron opacados por la situación política y económica que vivía el país en la segunda mitad del siglo XX?

El Padre Torasso trata recrear esta circunstancia, mirando retrospectivamente cuando fueron acompañados por uno de sus Superiores al Puerto de Génova para embarcarse hacia el lugar de donde no querían regresarse: “...Recuerdo que usted acompañó nuestra salida para Colombia, con cierta preocupación...tal vez le parecía que todo había sido tomado demasiado a la ligera, que tal vez se habrían podido establecer condiciones más favorables para el I.M.C<sup>18</sup>” (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 21). Esta carta está fechada el 22 de diciembre de 1948. Un año después, las condiciones comenzaron a ser preocupantes, las expectativas con este personal no se estaban cumpliendo. En consecuencia, se creó una gran duda sobre la permanencia de estos sacerdotes en estas condiciones.

La zozobra que embargaba al grupo consistía en la confianza un tanto ingenua con la que se embarcaron cinco misioneros, para ponerse en las manos de una iglesia local

---

<sup>16</sup> A la conclusión de la guerra, el mapa de las misiones ocupadas por los Misioneros de la Consolata, resultó trastocada. Algunos padres y hermanos había sido repatriados y la Abisinia completamente abandonada. La excedencia de personal en Italia hizo reformular el plan para Argentina.

<sup>17</sup> América Latina aparecía entonces como un campo favorable para la expansión del Instituto y para la animación misionera orientada a encontrar medios financieros y personal para la misión ad extra.

<sup>18</sup> Sigla que significa: Instituto de la Consolata para Misiones, con la que se mencionará repetidamente la Congregación en este trabajo.

inmersa en fuertes controversias con el poder civil y afligida por los conflictos al interior de la misma institución eclesiástica. Así pues, los misioneros tuvieron que aceptar lo que les ofrecieron, llevándolos después a reflexionar en los siguientes términos: “Habrían podido viajar, por lo pronto, solamente dos padres, para estudiar primero el ambiente, las personas, etc. y examinar con las autoridades eclesiásticas las respectivas condiciones” (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 21).

De todos modos, aunque la situación era difícil y un poco aventurera los misioneros aceptaron el desafío y se resistieron a abandonar la oportunidad de oficializar una misión de acuerdo a sus intuiciones tanto heredadas desde la fundación y las adquiridas por la experiencia contando desde luego con las características del lugar. Según los diarios y las cartas, en los que se narra el acontecer de cada día los esfuerzos fueron contundentes, sobre todo en el campo de la misión aceptando invitaciones a visitar comunidades, presidir celebraciones y administrar sacramentos a donde otros sacerdotes no podían o no querían hacerlo, por motivos de orden público o algún grado de falta de interés.

En este sentido, quienes no estaban de acuerdo tuvieron más razones para cuestionar y quienes estaban siendo cuestionados más argumentos en defensa de la misión y prestigio de la Congregación religiosa. Es decir, estos misioneros en Colombia encontraron una nueva forma de concebir la misión. Ellos fueron conscientes de que no podían contribuir económicamente a la Dirección General, pero que a cambio de eso le podían ofrecer prestigio y reconocimiento con el trabajo desinteresado entre comunidades pobres, como lo estaban haciendo en el bajo Magdalena o como terminaron haciéndolo en el Caquetá.

La praxis misionera de la Consolata en África fue la del anuncio explícito del Evangelio y la dignificación del ambiente socioeconómico, es decir, un trabajo social con las comunidades con las cuales interactuaban. En América, según lo expresado por Trevisiol (1997), las intenciones fueron otras convirtiendo a Colombia en un caso atípico porque aunque era una nación cristiana, la lejanía de las comunidades, la pobreza y miseria de las mismas y la desprotección tanto estatal como de la misma iglesia, la convirtieron, según la sensibilidad de quienes estaban propugnando por una presencia continuada, en un lugar de misión como si fuera la misma África.



De ahí, la insistente petición de enviar más personal. Razón que no fue atendida con prontitud puesto que en el imaginario del Superior General y sus asesores las nuevas misiones en América Latina eran para la búsqueda de vocaciones que fortalecerían vitalmente al Instituto, no para emplear a los que podían hacer otro tanto en otras latitudes. En el mismo sentido, se entendía lo relacionado con los auxilios económicos. Si Colombia se catalogaba como una misión era porque no estaba en capacidad de autosostenerse lo cual levantó sospechas en misioneros que dependían de los recursos en otras latitudes misionales.

A partir de entonces se inicia una fuerte persuasión hacia los superiores con el fin de poder obtener de ellos un respaldo y una presentación positiva en el Capítulo General próximo a inaugurarse. Precisamente, en este gran encuentro de misioneros, el Padre Torasso comunica: "...Las autoridades eclesiales locales, puestas al frente de la necesidad de resolver jurídicamente nuestra situación conforme a las exigencias de las Constituciones del I.M.C, han manifestado por medio de un oficio arzobispal del 31 de enero de 1949, que están dispuestos a ceder a los Misioneros de la Consolata, el actual campo de trabajo apostólico, separando un territorio que será estricta y jurídicamente de carácter misionero, proponiéndonos presentar un anteproyecto de división territorial que mejor responda a nuestras exigencias" (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 23).

Había logros y optimismo, pero también debates e incomprensiones. La parálisis se hace notar más cuando suspendieron el viaje a seis hermanas misioneras de la Consolata, destinadas a Colombia para trabajar en compañía de los misioneros<sup>19</sup>, sin importar que ya hubieran adelantado gestiones de transporte y acogida. Torasso consiguió un préstamo por 35.00 pesos con el Consejo General de Propaganda Fide para garantizar a las seis misioneras atravesar el Atlántico a bordo de un barco. De esta manera, el desconcierto crecía y ya no entendía el proceder de los superiores: "Lo que más me sorprende es la desorientación de los Superiores, quienes a pesar de tantos esfuerzos, sacrificios...cuando ya se ha movido la opinión pública, viendo los ejemplos que dan los padres de desinterés y de espíritu misionero, nos tiene en suspenso...nos

---

<sup>19</sup> Al respecto, los Apuntes de Monseñor Torasso, ofrecen dos datos importantes en relación con el frustrado viaje de las Hermanas a Colombia: 1. Quien tomó la iniciativa de no enviarlas fueron las Superiores. "Después de algún tiempo se viene a conocer una determinación tomada en Turín de parte de las Superiores, de aplazar por un tiempo indefinido el proyectado viaje de las misioneras", (p. 23). 2. El desconcierto de Torasso lo lleva a hacerse la siguiente pregunta: "Eso no es ni justo ni lógico, ¿por qué deberían decidir eso para Colombia y no para Rio Branco?", (p. 24). Fácilmente se concluye que la decisión fue adversa para Colombia por la inestabilidad en la que se hallaba la presencia de dicha delegación.

repiten que la situación es más bien precaria y es muy posible que nos toque retirarnos de aquí. Eso no es justo ni lógico para Colombia” (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 24).

El Padre Torasso y sus siete compañeros misioneros, además de las razones tangibles que podían esgrimir, apelan a otros recursos, tanto retóricos como de procedimiento, cuando fueron destinados a la misión: “Colombia presenta esperanzas que pueden desembocar en la realidad que soñamos nosotros y los superiores...Ellos decidieron esta misión después de prudente estudio y reflexión adelantados por Roma y ahora que las cosas van madurando y se van dando esperanzas para tantas almas que nos rodean ¿sería conveniente retroceder? No comprendemos porqué nos dicen que debemos aguardar al Capítulo General, para darnos la definitiva, ¿cuándo se tomó la iniciativa sin tener a la vista el Capítulo?” (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 24). Este argumento se convierte en un fuerte llamado a la coherencia de quienes eran sus más directos interlocutores.

El Padre Gallea miembro de la Dirección General con quien la misión de Colombia ha sostenido la comunicación y en quien han tratado de buscar un aliado para su sostenimiento en esta tierra, escribió el 29 de marzo de 1949, (coincidiendo con la fecha de la citada carta del Padre Torasso al Padre Gallea), algo que se convirtió en una pequeña luz al final del túnel: “Habiendo sondeado las opiniones le puedo asegurar que sí hay unos opositores, pero también están los defensores en número suficiente, para que usted tenga seguridad”. Prosigue el texto haciendo una sucinta advertencia: “Pero sí es cierto que conviene tener preparados argumentos muy eficaces y muy bien presentados” y, seguidamente, indica cuál es desde sus perspectiva el verdadero problema.

“Una de las dificultades podría ser la “económica”: es decir, hay quienes opinan que irán a América ciertas ayudas que diversamente irían a África. Habría que demostrar que no sería así y que, inclusive, esos sectores de América estarán en capacidad de proveer en un mañana a la formación del personal que será destinado a esas misiones” (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 25). Por la claridad de la proposición, se logra colegir que no es “una de las dificultades”, sino la “gran” dificultad que sumergió en la incertidumbre por un largo periodo de tiempo a la misión colombiana, que logró su acreditación en el Capítulo General, después de diseñar, presentar y sustentar un magnífico proyecto.

Para lograr ese buen éxito el Padre Torasso distribuyó previamente una circular entre los misioneros, invitándolos a reflexionar sobre el siguiente cuestionario: “¿Se cree oportuna nuestra presencia y permanencia en Colombia, conforme a los fines generales de los misioneros de la Consolata? ¿Es conveniente una jurisdicción I.M.C, autónoma, independiente de la Arquidiócesis, situada en el actual campo de trabajo? ¿Cuánto personal se considera necesario para tal fin? ¿Cuáles obras propias del I.M.C. se podrían desarrollar? ¿Podría asegurar una independencia económica total? Es decir, considerada la objeción principal de parte de los misioneros de África, ¿podríamos asegurar que los recursos que el Instituto destine a las misiones africanas, no se aplicarán para las obras de Colombia? ¿Cuáles otros problemas se podrían plantear, en lo que respecta a nuestra experiencia?” (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 25).

La puesta en común del anterior derrotero se dió en Bogotá el 7 de junio dos meses antes de salir para Roma. Después del debate, la unanimidad del consenso se expresó así: “1) Esta nueva área de Colombia responde plenamente a las finalidades del I.M.C, ya que son territorios donde no solamente no se práctica el cristianismo, sino que tampoco se predica (es decir, falta evangelizar); así que decenas de miles de almas continuarían en la más absoluta ignorancia religiosa y abandono de todo, al no resultar la labor de los misioneros. 2) No hay dificultad para conseguir la autonomía jurídica de esos territorios. 3) Económicamente no sería un peso más para el I.M.C, sino que, inclusive, podrían presentarse posibilidades de auto financiamiento”. (p. 25).

Los tres puntos le dan respuesta tanto a lo específico del carisma misionero propio del I.M.C., como al tema económico. El informe termina recordando a San Pedro Claver, uno de los santos que el fundador José Allamano eligió como protector del Instituto, con lo cual da por obtenida la aprobación: “Tal vez no ha sido una casualidad el que se nos abriera este nuevo campo de actividades, donde los hijos del Allamano van a juntar sus propios sudores a los del grande Apóstol que hace tres siglos pasó fecundando el surco con las esperanzas de su vida” (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 25). El Padre Torasso salió para Roma, para desde allá darles la buena noticia a sus cohermanos, quienes se quedaron orando por su destino misionero.

Se dió inicio al Capítulo General el primero de septiembre de 1949 y se prolongó hasta el 22 de octubre del mismo año. El Padre Torasso escribe a su Delegación, un día antes de hacer su presentación: “Hay tantos problemas para examinar que difícilmente será

suficiente un mes para agotar las discusiones. En la relación general del Superior General, el Padre Barlassina hizo una referencia llena de simpatía para Colombia, tal que logró llamar la atención de los opositores... mañana presentaré mi relación que será discutida y, después que se haya procedido a la elección de los nuevos superiores, se llegará a la votación de las varias propuestas, donde la nuestra será muy importante” (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 27). Entre tanto, los sacerdotes misioneros que estaban en la región le escribían al Padre Torasso, manteniéndolo informado de las novedades y de las conjeturas que se iban formando en relación con el posible nuevo territorio misional.

Un día después de la clausura del Capítulo General, el Padre Torasso comenta: “...satisfacción casi general...con una pequeña reserva de parte de algunos africanos<sup>20</sup>, quienes al fin demostraron también su alegría. El instituto empieza así una nueva época, ya en sede de Comisión se ha aprobado la propuesta Colombia” (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 28). Esta fue la primera de las pocas alegrías que el Padre Torasso experimentó por su trabajo y lucha en el territorio colombiano. Ahora, solo faltaba que Propaganda Fide les concediera una misión independiente, nominación que, por medio de la Iglesia colombiana, se dio en corto tiempo.

## **2.2. La determinación de la Congregación de Propaganda Fide**

Propaganda Fide<sup>21</sup> tenía en sus archivos una petición por parte de los Misioneros Capuchinos en la que solicitaban dividir al Vicariato del Caquetá que abarcaba tres extensos territorios civiles, a saber: Comisaría Especial del Putumayo, Comisaría Especial del Amazonas y la Comisaría Especial del Caquetá. La propuesta final era entregar este último territorio y los Capuchinos quedarse con los otros dos (López A. 1997. pp. 72-76). Lo que significaba que el territorio misional del Caquetá estaba vacante hacía un buen tiempo.

---

<sup>20</sup> En los documentos consultados, se denominaba africanos, aunque eran europeos, a todos los misioneros que trabajaban en el África.

<sup>21</sup> Es el Dicasterio (Congregación) de la Santa Sede fundado en 1622 por el Papa Gregorio XV con la doble finalidad de difundir el cristianismo en las zonas en las que aún no había llegado el anuncio cristiano y defender el patrimonio de la fe en los lugares en donde la herejía había puesto en discusión el carácter genuino de la fe. Por lo tanto, Propaganda Fide era, en la práctica, la Congregación a la que estaba reservada la tarea de organizar toda la actividad misionera de la Iglesia. Por disposición de Juan Pablo II (para hacer más explícitas sus tareas), desde 1988 la primitiva Propaganda Fide se llama "Congregación para la Evangelización de los Pueblos". (<http://www.fides.org/ita/index.html>).

La mayor dificultad estaba en llamar la atención de una comunidad que asumiera dicha responsabilidad y no en el estamento jurídico motivacional basado en las deliberaciones del Concilio Plenario Latinoamericano<sup>22</sup> el cual favoreció la movilización de nuevos misioneros al continente. El Nuncio Apostólico, Monseñor Beltrami, piemontés y quien conocía a los Misioneros de la Consolata desde 1946, había sugerido a Monseñor Ismael Perdomo<sup>23</sup> entregar ese territorio al I.M.C. Para Monseñor Perdomo esta situación se convirtió entonces en un verdadero dilema. En un primer momento para atraer la orden al país y después de tenerlos trabajando exitosamente en la Arquidiócesis, liberarlos para que fueran a un territorio de misión, tal como era el deseo de dicha Congregación.

Mientras las intenciones de los altos jerarcas de la Iglesia se concretaban, los misioneros fortalecían su trabajo con las comunidades. Incluso llegaron a hacerse cargo de la jurisdicción de Tocaima, lo que significaba una mayor expansión y materializaba las expectativas de llegar a ser los directamente responsables de toda la zona del Magdalena cundinamarqués. Pero con la muerte del Arzobispo de Bogotá el primero de junio de 1950, las expectativas tomaron otros rumbos. “Los misioneros tuvieron la sensación de que también otras cosas iban a cambiar, sobre todo en los proyectos sobre el Magdalena (según el enfoque del I.M.C), pues precisamente meses después, la Curia bogotana con

---

<sup>22</sup> El concilio plenario latinoamericano llevado adelante en el siglo XIX, impulso la labor misionera. Como acontecimientos relevantes importa mencionar, la llegada de nuevos pastores, considerando también los problemas que tal situación trajo. Por otro lado se crearon nuevas diócesis y provincias eclesíásticas en Latinoamérica. En referencia a la conformación del colegio episcopal vale recordar que el mismo se conformará con el nacimiento del actual CELAM. En referencia al encuentro aquí mencionado importa tener en cuenta algunas conclusiones a las que arribaron en aquel entonces: a) Teniendo en cuenta la realidad y coyuntura del continente se efectúan replanteos por parte de los obispos realizando proyecciones hacia el futuro b) el papa del momento León XIII manifiesta un interés especial por el continente considerándolo la esperanza para la Iglesia c) la colegialidad episcopal tendrá su punto catalizador en la Conferencia de Río de Janeiro en 1955. Todo esto facilitó que posteriormente nuevas comunidades religiosas se interesaran en el ambiente misionero latinoamericano. Forero, C, Víctor (2005), *El Concilio Provincial de Cartagena de Indias de 1902: Historia, análisis y relación con el Concilio Plenario de 1889*, Roma.

<sup>23</sup> Ismael Perdomo nació el 22 de febrero de 1872 en la ciudad de Gigante, en el departamento meridional del Huila, en Colombia. Sus padres se llamaban Gabriel Perdomo Cuenca y María Francisca Borrero Silva. Sus primeros estudios los realizó en la ciudad de Neiva y después en Ibagué. Por último ingresó como seminarista al Seminario Mayor de Bogotá. Joven talentoso y prometedor, es enviado a terminar sus estudios religiosos a Roma, en el Colegio Latinoamericano, en donde se ordenó sacerdote el 19 de diciembre de 1899 en la Basílica de San Juan de Letrán.

Ismael Perdomo Borrero fue arzobispo de Bogotá entre 1928 y 1950 destacado en la historia de Colombia por sus posiciones férreas y por estar al frente del principal arzobispado católico del país en un tiempo en el cual declinó la hegemonía conservadora para dar paso a los regímenes liberales. Era el tiempo en el cual en Colombia la Iglesia Católica tenía una gran influencia y por ello ciertos sectores conservadores le hicieron responsable del fin de la hegemonía de los gobiernos conservadores.

la Nunciatura empezaron a trazar nuevos proyectos sobre la división de la gran Arquidiócesis” (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 33).

La cúpula del clero colombiano fue renovada con el nombramiento de Monseñor Luque Cristancho, como Arzobispo de Bogotá. Igualmente, el 16 de abril del mismo año, fue consagrado como nuevo Nuncio Apostólico Monseñor Antonio Samoré, quien ya había comenzado a dinamizar la iglesia misionera en Colombia y tenía una gran simpatía por los Misioneros de la Consolata. Este Prelado puso a los misioneros en contacto con la realidad del Caquetá en la cual era de su conocimiento la necesidad de una nueva comunidad religiosa que continuara el trabajo que los misioneros Capuchinos habían dado inicio décadas atrás. Así, pues, Monseñor Samoré invitó al Padre Torasso a visitar a este territorio de la Amazonía.

A partir de entonces el Caquetá comenzó a perfilarse como el lugar favorito de la misión<sup>24</sup> y se recordaron hechos pasados de la historia fundacional del Instituto cuando el Padre José Allamano, Fundador de los Misioneros y Misioneras de la Consolata, conoció en Turín, Italia al Cardenal Massaia, misionero Capuchino en Etiopía y a donde quiso enviar sus primeros misioneros en 1901 una vez obtuvo el beneplácito de la fundación<sup>25</sup>. “Ahora se verificaba en tierras americanas, los consulatos en pos de los capuchinos” (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 41). Asimismo, vinieron a la mente situaciones más recientes cuando el anterior Nuncio Apostólico, Monseñor Beltrami, le facilitó al Padre Torasso en febrero de 1948 un viaje de reconocimiento aéreo en un avión de la Fuerza Aérea que tenía su base en Tres Esquinas, Caquetá.

El 15 de julio de 1950 se presentó un proyecto basado en la realidad conocida por el Padre Torasso en su visita a la misión capuchina en el suroccidente colombiano, en el cual se valora positivamente dicha propuesta. El proyecto-informe además de hacer una

---

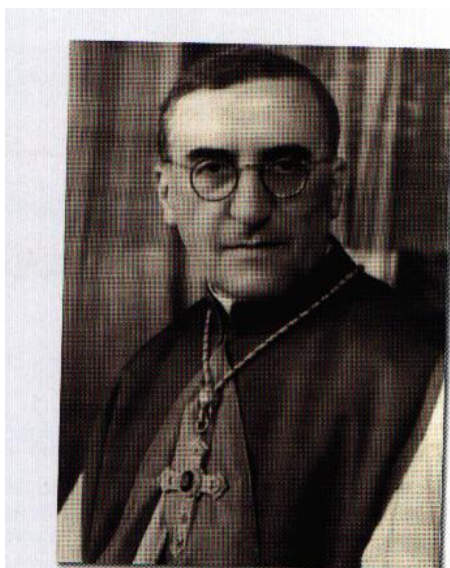
<sup>24</sup> Por la invitación que le hizo el Nuncio Monseñor Samoré al padre Torasso de visitar el Caquetá y de presentar un informe-proyecto, presentado el 15 de julio de 1950 en el que manifestara la voluntad de asumir dicha misión.

<sup>25</sup> De acuerdo al misionero Giovanni Tebaldi “las circunstancias que ha llevado a las apertura de las misiones en el Kenia, Tanzania, Etiopía, Somalia, Mozambique no ha estado determinadas únicamente por la necesidad de responder a situaciones de emergencia, sino también por la necesidad de ofrecer salidas de trabajo apostólico a cuento a sacerdotes y hermanos deseasen dedicarse a la misión” (100 años de vida misionera. P. 35). Esta serían las dos coordenadas que llevaron a consolidación de la institución religiosa, puesto que al principio era solamente una asociación de sacerdotes diocesanos que evangelizaban en tierra extranjera.

detallada descripción geográfica y de indicar los nuevos linderos de la Intendencia concreta la necesidad de la misión en ese territorio: “En general el Caquetá se ve como una buena tierra de inmigración, tierra de promisión, en la cual se está verificando un continuo aumento de población...tiene tres centros de población: Florencia, como capital; San Vicente que se halla a cinco días a caballo de ésta y Belén de los Andaquíes, que está a dos días de caballo, lo demás está por hacer” (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 34).

La proyección del Padre Torasso denominada “lo demás está por hacer”, se fue cristalizando con la acción incansable y la inversión de los misioneros, sus colaboradores y los mismos colonos, animada por la idea o sueño de hacer del Caquetá “lo mejor de Colombia”.

Lo mismo que ha presentado a la Nunciatura el Padre Torasso lo envía a sus nuevos superiores, específicamente al Padre Piovano, Consejero General agregándole lo que significaría esa misión para la Congregación:



**Foto 3:** Nuncio Apostólico  
Mons. Antonio Beltrami , 1949 (ACPMCB)

Podría ser en realidad una bella misión, pero se necesita inmediatamente un buen número de misioneros, por lo menos unos quince como para empezar...el Nuncio manifiesta cierto afán de cumplir esta iniciativa, que por otro lado tiene carácter de urgencia, de parte de los padres capuchinos españoles, quienes hace tiempos viven en ascuas...en cuanto a nosotros los

que nos hallamos aquí la cosa se presenta así: si de veras queremos esa misión hay que decidirse ya! si no la queremos hay que decir francamente ¡no podemos! así, pienso se haría una mejor figura, frente a las autoridades eclesiásticas como a las civiles (gubernamentales)...lo que es cierto es que al aceptar semejante propuesta, el Instituto ganaría una buena misión y un gran prestigio, lo puedo afirmar con absoluta seguridad (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 34).

Las condiciones para realizar una misión en América Latina estaban dadas. Solamente faltaba el beneplácito de los Superiores Generales, quienes mantenían prudente silencio, ante una decisión en la que también estaba implicado el Vaticano en el contexto latinoamericano. En general, los misioneros de la Consolata examinaban positivamente la propuesta de la misión en el Caquetá animados por la misma Congregación de Propaganda Fide. Ésta era azuzada por la Nunciatura Apostólica en Colombia cuyos miembros, a su vez, eran “acosados por los Capuchinos” (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 35). Se podría criticar cierta ligereza de las partes implicadas en la negociación. Evidentemente, “en menos tiempo del que podía pensarse, el Consejo General de los Misioneros de la Consolata, examinó, estudió y aceptó la propuesta de hacerse responsable de la misión del Caquetá” (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 35).

Al ser comunicada dicha aceptación al organismo competente, la aprobación no se hizo esperar. El 12 de septiembre de 1950 Monseñor Felipe Álvarez Delpino, Presidente Nacional de las Pontificias Obras Misionales en Colombia, escribe a Monseñor Nigris Secretario General de las Obras Pontificias Misionales en Roma, lo que ya era de conocimiento a nivel del Instituto “...el Reverendo Padre Antonio Torasso, Superior de la Delegación en esta ciudad, me ha informado que el Padre General le ha comunicado la aceptación del nuevo Vicariato Apostólico de Florencia, que se piensa fundar en breve término, desmembrándolo del actual Vicariato del Caquetá” (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 35).

El comunicado con el que el padre Domenico Fiorina, Superior General de los Misioneros de la Consolata, dio a conocer la noticia fue

godo in annunziarvi che la S. C. De Propaganda Fide si é benignamente degnata di affidere al nostro Istituto il nuovo Vicariato Apostolico di Florencia, comprendente la regione civile di Caquetá in Colombia. Nonostante sentiamo tutta la responsabilitá per il nuovo peso di personale e di lavoro che ci impone il nuovo Vicariato, noi ringraziamo il Signore e la S.C. Di Propaganda che hanno voluto darci questa prova di fiducia e ci sforzeremo per no venire meno alle speranze della Chiesa. Invito



a tutti a pregare per coloro che dovranno scendere in campo nel nuovo Vicariato, mentre vi prego di collaborare con il perfetto compimento del vostro divere, alle gravi e delicate responsabilità dell'Istituto verso Dio e le anime.<sup>26</sup> (Fiorina 1951 p. 16).

De esta manera cesaron las tensiones generadas por las negociaciones, lo que quedaba del año cincuenta se despidió sin más novedades, con respecto a lo previamente concebido entre la Congregación de la Consolata y la Santa Sede. Solo se hizo oficial dicha adjudicación territorial el 8 de febrero de 1951 por la Bula Pius episcopus servus servorum Dei ad perpetuam rei memoriam, por la que se hacía la división del Vicariato Apostólico del Caquetá-Putumayo y se entregaba el Vicariato Apostólico de Florencia a los Misioneros de la Consolata.

La noticia divulgada por el *L'Osservatore Romano*, “fue captada inmediatamente por la prensa colombiana, encontrando en ella una agradable recepción, calificando la misión de positiva y favorable” (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 39). Los misioneros entendieron que ahora se debía orientar el esfuerzo principal hacia la estructuración de la nueva jurisdicción del Caquetá, sin descuidar los varios centros en la zona del Magdalena. El padre Álvaro López, misionero de la Consolata, refiriéndose a la confianza de la Santa Sede en los Misioneros de la Consolata por asignarles la atención del nuevo Vicariato, dice: “premiaron el esfuerzo y la capacidad organizativa de los padres” (López A. 1997. p. 77).

La iglesia colombiana había comenzado a dar respuestas a las nuevas exigencias que la sociedad estaba presentando sobre todo en los “Territorios de Misión” donde el poblamiento acelerado fue una de las características de esta época, además de las complejas condiciones políticas y económicas. Los misioneros de la Consolata eran considerados como personas capaces de sortear las dificultades sociales, culturales, religiosas y de orden público que en la zona por las características circunstanciales del momento se estaban gestando. Igualmente, se encontró en ellos la disponibilidad y decisión de hacer realidad tanto las expectativas de la iglesia, en las que se incluían ellos mismos, como las del gobierno que confiaba en la misión el proyecto de la

---

<sup>26</sup> Gozo en anunciaros que las S. C de Propaganda Fide, benignamente se ha dignado confiar a nuestro Instituto el nuevo Vicariato Apostólico de Florencia, comprendiendo la región civil del Caquetá en Colombia. No obstante sentimos toda la responsabilidad por el nuevo peso de personal y de trabajo que nos impone el nuevo Vicariato, nosotros agradecemos a Señor y a la S. C de Propaganda Fide, que han querido darnos esta prueba de confianza, y nos esforzaremos para no defraudar las esperanzas de la Iglesia. Invito a todos a orar por aquellos, que deberán bajar al campo del nuevo Vicariato, mientras os ruego de colaborar con el perfecto cumplimiento de vuestro deber, a las graves y delicadas responsabilidades del Instituto hacia Dios y hacia las almas.

colonización. Por consiguiente, había territorio, misioneros y aprobación. Solamente faltaba el Vicario.

### **2.3. De la angustia del nombramiento a la exaltación de la consagración y posesión**

Al asumir los Misioneros de la Consolata esta nueva responsabilidad con los colombianos, especialmente con el pueblo caqueteño, tuvieron que redimensionar el proyecto en la zona del bajo Magdalena para liberar personal que iría a hacerse presente en la misión, en compañía de los padres Capuchinos, con el objetivo de conocer las diversas realidades del lugar y preparar el camino al nuevo Vicario Apostólico. El Padre Torasso seguía liderando con acierto los trabajos de la construcción del templo y de la casa cural en el Barrio El Vergel, en ese entonces en las afueras de Bogotá. También asistía logísticamente a los demás sacerdotes en la zona del Magdalena y mantenía contactos con organismos gubernamentales y eclesiales.

A medida que los meses pasaban, la espera del nombramiento del Vicario se hacía más angustiada. Capuchinos y Consolatos pensaban que, como la asignación territorial había sido expedita, también el siguiente paso, el nombramiento de una persona responsable que representara los intereses Pontificios en la figura de la jerarquía episcopal, se podría dar en un tiempo más breve. Como la Santa Sede no definía, las tensiones comenzaron a hacerse sentir, en el campo de misión tanto en la población que no vislumbraban los cambios que se pregonaban como entre los mismos religiosos a los que la alegría del empalme hacía mucho tiempo había terminado. Necesitándose urgentemente alguien quien organizara los aspectos que dependían de la misión en el Vicariato.

A finales de 1951, la comunicación fue permanente entre la misión, el Padre Torasso en Bogotá y los Superiores en Italia. El Superior de los Capuchinos, quien llevaba la vocería de sus misioneros, escribía “que ellos ya habían hecho lo que tenían que hacer, no entiendo por qué tenemos que estar aquí sufriendo esto”, (Canyes M. 1951. carta). Sus mismos cohermanos lo exhortaban diciéndole: “Ud. debe de hablar con los superiores para que resuelvan el asunto” (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 55). En los primeros 4 días del nuevo año, el Padre Sandrone, Vicesuperior General, escribe

desde Turín: “Estamos aguardando el nombramiento del Vicario Apostólico de Florencia, pero Roma se mantiene indiferente” (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 58). Esta larga espera comenzaba a exasperar hasta a los más lejanos. ¿Qué pensar de los que estaban sufriendo directamente esta interinidad?

Una semana después se expidió “La bula de Pío XII con fecha 10 de enero de 1952, firmada por el Cardenal Eugenio Tisserant, Canciller, que preconizaba a Monseñor Antonio María Torasso, Religioso del Instituto de Misiones de la Consolata, electo Vicario Apostólico de Florencia y Obispo titular de Tapso”<sup>27</sup> (Apuntes Mons. Torasso, p, 58). Noticia que fue confirmada oficialmente el 14 de enero por Monseñor Celso Constantini, Secretario General de Propaganda Fide, al Superior General Padre Domenico Fiorina, con las siguientes palabras:

Il sottoscritto Segretario della Sacra Congregazione “de Propaganda Fide”, in esecuzione degli ordini dell’Em.mo suo Superiore, si reca a premura di comunicare alla P.V. Rev.ma che il Santo Padre si e’ benignamente degnato di nominare il Rev. P. Antonio Torasso, di codesto Istituto, Vicario Apostólico di Florencia e Vescovo Titolare di Tapso. Di tale nomina e’ stato avvertito telegraficamente l’Ecc.mo Monsignor Nunzio di Bogotá<sup>28</sup>. (Constantini, Celso. Sacra Congregazione de Propaganda Fide. Prot. N, 112 / 52. Roma 14 de Gennaio 1952. Secretario)

Una copia de la misma fue enviada a todos los misioneros de la Consolata. En Colombia la carta trajo alegría desbordante a los misioneros de la Consolata y Capuchinos que se hallaban en la zona, porque se definía el futuro de la iglesia en el Caquetá, pero sobre todo por haber sido nombrado el Padre Torasso quien gozaba de aceptación en el clero colombiano y la sociedad civil. Fue un momento de muchos mensajes de buenos augurios, venidos de los diferentes países donde había presencia de la Consolata, especialmente del Piedemonte italiano de donde era oriundo el nuevo Obispo. Los que celebraron de una manera especial fueron los misioneros que ya estaban en el campo de misión, quizás porque el nombramiento coincidió con sus intuiciones<sup>29</sup>.

---

<sup>27</sup> Pío, Obispo, siervo de los siervos de Dios.

<sup>28</sup> El suscrito secretario de la Sagrada Congregación “de Propaganda Fide”, en ejecución de las ordenes del Eminentísimo Superior se permite premurosamente comunicar a vuestra persona Reverendo, que el Santo Padre, benignamente se ha dignado de nombrar al reverendo P. Torasso, de éste Instituto, Vicario Apostólico de Florencia y Obispo titular de Tapso. De tal nombramiento ha sido notificado telegráficamente el Excelentísimo Monseñor Nuncio de Bogotá. Queda a vuestra persona,

<sup>29</sup> En los Apuntes sobre Monseñor Torasso, hay varias cartas del padre Marcelino Cayes, misionero Capuchino en las que se dirigía a al padre Torasso de forma jocosa insinuándole que él sería el Obispo,

A partir de la fecha de la notificación pontificia, las celebraciones se prolongaron hasta una semana después de su posesión. A la sociedad caqueteña se le invitó celebrar conjuntamente la presencia de su Obispo con la conmemoración de los cien años del Padre Fundador José Allamano y los cincuenta años de vida misionera del Instituto Misiones Consolata. Inicialmente, la atención estuvo en la ceremonia en la que se consagró Obispo a Monseñor Torasso, el 20 de abril de 1952, “siendo obispo consagrante el Nuncio Mons. Samoré, acompañado por Monseñor Emilio de Brigard, Obispo auxiliar de Bogotá, Monseñor Plácido Camilo Crous, que hasta entonces era el Vicario Apostólico de Caquetá-Putumayo; padrino de consagración fue el General Alberto Pawel, Ministro de Asuntos Internos de Colombia” (López A. 1997. p. 82)

Ahora que las cosas no dependían de otras voluntades, sino de la disposición personal, “Monseñor Torasso hizo su entrada oficial, como primer Vicario Apostólico, el día 26 de abril de 1952” (López A. 1997. p. 83), con el pleno reconocimiento de las autoridades civiles, militares y la ciudadanía en general. Las autoridades expedieron un decreto especial para estas celebraciones que se prolongaron hasta el sábado 3 de mayo. En estos memorables días se oyeron los más sentidos versos y se escucharon elocuentes discursos de miembros representativos de los diversos sectores sociales de la región. Pronunciamientos que tendremos la ocasión de comentar más adelante, principalmente por las descripciones que se hicieron de la cruda realidad del pueblo caqueteño.

---

por lo tanto que se fuera preparando psicológicamente, de igual, manera hay cartas de los cohermanos de la Consolata en las que también se dirigen con palabras que tienen esa mismo sentido.



**Foto 4:** recibimiento de monseñor Torasso en el parque San Francisco de la Ciudad de Florencia, 1952 (ACPMCB)



**Foto 5:** Toma de Posesión de la Misión 1952 (ACPMCB)

## Capítulo 3

### 3. Los primeros contactos de la Consolata en el Caquetá

En este capítulo se desarrollará inicialmente, una memoria del proyecto de Monseñor Torasso, transmitido y asumido por sus primeros compañeros de misión, quienes a su vez se encargaron de difundirlo entre los visitantes nacionales y extranjeros, más allá de las fronteras colombianas, especialmente en Italia, lo mismo que en los moradores del territorio: hacer del Caquetá “Lo mejor de Colombia”.

En esta tarea se empeñaron decididamente los primeros misioneros, Giovanni Batista Migani, Giovanni Salateo y Giovanni Boetti, junto con los colonos y los amigos de la misión. Esto se corrobora en las narraciones escritas después de algún tiempo de presencia en el lugar. Desde el inicio, los nuevos protagonistas, se unieron con los Capuchinos para entender su historia, su práctica misionera y organizar el traspaso de la misión y proyectar los primeros pasos en continuidad de los ya dados.

Para iniciar, se propusieron, entre otras cosas, recorrer el territorio con un mínimo plan acordado. De los tres “juanes”, fue el Padre Migani quien más se lanzó a la exploración del territorio, de acuerdo con sus colegas, haciendo un inventario de las escuelas existentes, su estado y funcionamiento. Muchos otros fueron los frutos de estos primeros recorridos, los cuales se verán a lo largo de la investigación. Sería él también el primero en dejar su soñado Caquetá, causando una gran pérdida para la misión, cuando apenas habían transcurrido seis meses de la asunción de esta nueva jurisdicción. Sus restos reposan en el presbiterio de la catedral localizada en Florencia, capital del Departamento del Caquetá y sede de la diócesis que lleva su nombre.

Su presencia, sus recorridos y acciones, sus memorias y narraciones, sus discursos y sermones, que fueron de vital importancia en los inicios de la Consolata en el Caquetá, se tornan hoy rica fuente de información para una recuperación de la historia, tanto del territorio como de los misioneros, la iglesia y sus habitantes.

### **3.1. Tierra de promisión**

Una de las motivaciones presentadas por el Padre Torasso a la Nunciatura colombiana para promover la definición de un nuevo territorio de misión, fue la de que el Caquetá era como una tierra prometida, al estilo de la “tierra de la promesa” del primer testamento bíblico, que hace alusión a la tierra prometida por Moisés, en nombre de Yavhé, a los israelitas que estaban sufriendo la esclavitud en Egipto. Esa misma motivación la utilizó posteriormente al dirigirse a la Dirección General de los misioneros de la Consolata en Italia, para acelerar las negociaciones entre ésta, la Nunciatura y la Curia Romana.

Dicha motivación aparece desde la primera visita del Padre Torasso a las selvas de la amazonía caqueteña. Su valoración se hizo común entre quienes visitaban por primera vez esta región del sur del país. Al mismo tiempo sirvió de fuerte motivación para la inmediata acción misionera.

Para los misioneros de la Consolata, el Caquetá, además de ser el sueño anhelado de tener una misión independiente -asignada directamente por Propaganda Fide-, constituía la oportunidad de construir un modelo tanto terrenal como espiritual, dado que consideraban que “todo estaba por hacer”, porque el vasto territorio necesitaba ser estructurado, formado y proyectado. Conviene resaltar la disponibilidad y visión progresista de los sacerdotes provenientes de Italia, los cuales fueron los generadores y ejecutores de este gran sueño. Por otra parte, los medios y estrategias utilizados para tal fin abrieron la posibilidad de que esta tierra entrara en relación con sectores técnicos y académicos a nivel nacional e internacional.

En este sentido la misión desarrolló, de acuerdo con su capacidad operativa e injerencia política, religiosa y económica, innumerables proyectos a pequeña, mediana y grande escala, tipificados en la construcción de infraestructura para la educación, la salud y medios de comunicación. Esto se verá en el siguiente capítulo.

Uno de los mayores éxitos fue lograr que el Gobierno Nacional permitiera el apoyo a organismos internacionales, los cuales elogiaron las bondades de las tierras, los ríos y el clima del Caquetá, restituyéndole a estas tierras el honor y el buen nombre que se le había quitado desde los tiempos de la Conquista y la posterior unificación de las regiones. El primero en dar dicho concepto, al cual se unieron otros muchos, fue el especialista A.I. Staffe, de la Misión FAO, quien visitó al Caquetá en compañía de

Bonadona, Director del Instituto Lazzaro Spallanzani de Italia y otros dos profesionales conocidos como el profesor Velázquez y el doctor Bigliani (A. I. Staffe. 1952), por invitación que les hiciera Monseñor Torasso para valorar científicamente a la región.

La visita tenía como objetivo presentar un informe al Ministro de Agricultura doctor Camilo Cabal Cabal, con el fin de favorecer el proceso de colonización que estaba liderando la misión eclesial, unos meses antes de la llegada a la región. Por la prontitud de dicha visita y de posibles programas por parte del Gobierno, se puede colegir el interés del prelado por abrir el Caquetá al país y al mundo. De esta manera, el Ministerio de Agricultura, tuvo en su despacho antes de finalizar 1952, un informe que calificaba al Caquetá como “El gran paraíso de Colombia”. Asimismo, el profesor Bonadona a comienzos de 1953, publicó un artículo en la Revista Zootecnia y Veterinaria en Italia, que lo tituló, “Caquetá: Tierra Prometida (Bonadonna T. 1953).

En la narración el autor describe pintorescamente su propia experiencia y su apreciación sobre lo observado en el lugar. “Regresamos cansados del largo viaje, pero fuertemente impresionados de esta tierra lujuriente con la vegetación más rica jamás vista. Esta inmensa región, muy fértil por lo menos con el 80%, con una impenetrable foresta virgen que conserva tesoros de productividad para el hombre del mañana” (Bonadonna. 1953. p. 1) El artículo también resaltó la magnitud de la extensión territorial<sup>30</sup>.

Al respecto, el comisionado de la misión FAO, reseñó: “La Intendencia tiene una superficie de 108.900 km<sup>2</sup> lo que quiere decir casi una décima parte del país o el doble de Suiza, o la tercera parte de Italia” (Staffe. 1952. p. 1). Bonadonna, tomando el mismo dato de extensión, lo relaciona de la siguiente manera: “mejor dicho igual a aquella de la Lombardía, de las Venecias, Piedemonte y de la Emilia juntas” y agrega: “En estas regiones italianas viven más de 18 millones de habitantes. En el Caquetá viven, según las estadísticas oficiales, 21.140 personas de las cuales 20.062 dedicados a la agricultura y de estos “económicamente activos” apenas 10.733, mejor dicho, el 53,5%<sup>31</sup>. La densidad de la población es de 0.3 habitantes por kilómetro cuadrado” (Bonadonna. p. 1). Los datos son reveladores en cuanto exaltan la inmensidad del territorio y muestra la

---

<sup>30</sup> Los informes aunque son para diferentes escenarios se complementan, en el mensaje en la medida en que son elocuentes las palabras e imágenes con las que quieren expresar lo fabuloso que les resulta las tierras caqueteñas.

<sup>31</sup> Dato tomado por Bonadonna. De “Economía Agropecuaria de Colombia en 1950 Ministerio de Agricultura.

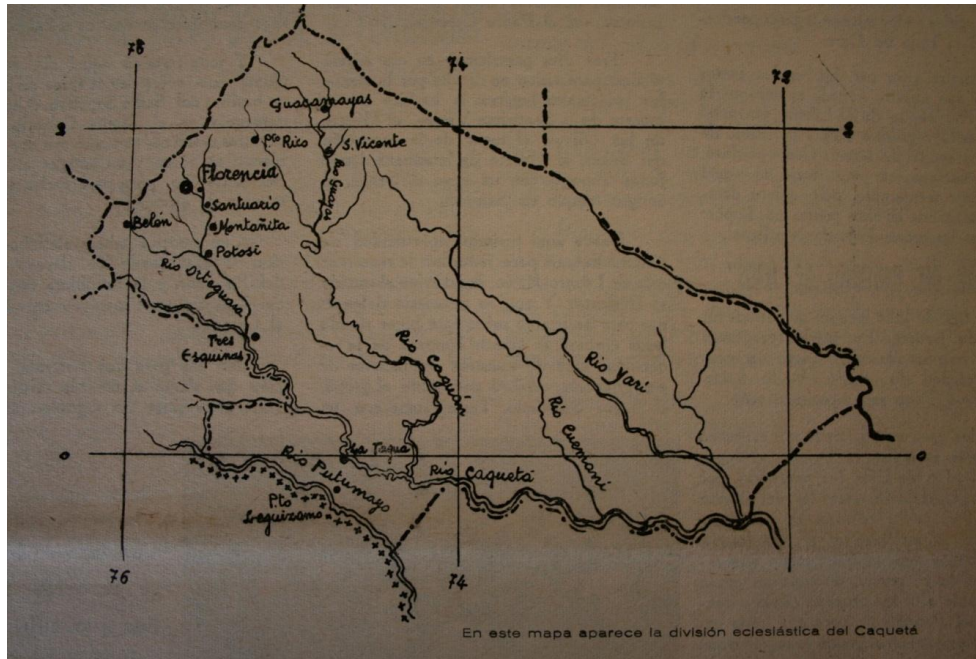


escasa población humana, con cifras desactualizadas, por el organismo oficial consultado.

La fuente citada por el autor parece indicar que el gobierno nacional, representado en el Ministerio de Agricultura, manejaba una cifra; la Intendencia, otra y la misión suministra más diferencias. “Según el concepto de la Intendencia, es de 60.000 habitantes, de los cuales más o menos 20.000 viven en la sola ciudad de Florencia, pero según los informes de los valerosos Misioneros de la Consolata, el número de habitantes serían unos 80.000” (Bonadonna. p. 2); lo que estaría más cerca de la realidad para 1952, debido al fenómeno de inmigración suscitado en esos años anteriores a la visita de dicha comisión.

Con el fin de ilustrar de una manera más elocuente la percepción que los italianos, entre ellos los misioneros, tuvieron del Caquetá, el Director del Istituto Lazzaro Spallanzani, aseguraba que el Caquetá era una “verdadera tierra prometida: para nosotros europeos, especialmente italianos, acostumbrados a la lucha por la vida, a contentarnos con el metro cuadrado de tierra, el bulto de trigo, la canasta de frutas. Esta prodigalidad de la naturaleza es alucinadora. Con una previa comprensión del trópico, es suficiente un poquito de voluntad decidida y de empresa de trabajo para extender la mano y recoger” (Bonadonna. p. 2). Todo esto fue un boom. Hasta el mismo Intendente, Daniel Díaz Cabrera, se apoyó en Mister Randall, quien, después de visitar al Caquetá, lo catalogó “como lo mejor que tiene el país” (Cabrera, D. 1953. p. 3).

La intención fue promocionar la misión y hacer del Caquetá un lugar apto para el desarrollo socio-económico, con el apoyo internacional, ya que el país tenía en el momento otras prioridades de tipo político como la industrialización de los centros urbanos más importantes por ende la economía era más de subsistencia que de inversión. El Caquetá, por sus tierras onduladas y en su gran mayoría baldías, era propicio para soñar en una solución a los problemas de tierra, de industrialización y de comercio que dinamizara a la economía interna del país. Los misioneros, conscientes de lo que significaría una empresa de tal proporción y sin ignorar las dificultades de todo orden, se adentraron en la zona, seguros de que, con su entereza y empuje, arrastrarían a muchos más a comprometerse en el desarrollo integral de estas apartadas regiones surcolombianas.



**Mapa 3:** División Eclesiástica del Caquetá, 1951 (ACGMCR)

### 3.2 De la valoración a la experiencia

El intervalo de tiempo que hubo entre la fecha de asignación de la misión y la entrada oficial de los misioneros de la Consolata en el Caquetá fue aproximadamente de un año. Por ello, se optó por enviar algún personal con el fin de que “convivieran algún tiempo con los padres Capuchinos y conocieran lugares, tareas y problemas” (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 54). Así, pues, fueron asignados algunos de los primeros cinco misioneros llegados a Colombia. Ellos fueron los Padres Giovanni Batastita Migani, Giovanni Salateo y Giovanni Boetti<sup>32</sup>, quienes llegaron a estudiar las posibilidades que ofrecía el Caquetá.

Antes de salir de Bogotá el Padre Torasso dio a cada uno trabajos bien definidos: “El primero asumiría la responsabilidad de la educación, el segundo de ellos encargado de la parroquia de Belén de los Andaquíes y más tarde integró la de Montañita y Santuario y el tercero se encargaría de la parroquia de Florencia con sus 40 veredas” (López, A. 2001. p. 21). La expectativa era la de conocer la geografía física y humana del Vicariato

<sup>32</sup> El padre Juan Bautista Migani, nació en Sarsina Italia el 3 de abril de 1906 y murió en Bogotá-Colombia el 13 de octubre de 1952. En su honor hay un colegio que lleva su nombre en Florencia Caquetá. Algunos datos más al final del capítulo. El padre Juan Salateo B. nació en Gradisca Italia el 19 de diciembre de 1910 y murió en Florencia Caquetá el 24 de diciembre de 1983, sus restos reposan en Belén de los Andaquíes y el padre Juan Boetti, nació en Mondovi-Cuneo Italia el 13 de abril de 1916 y murió en su Patria el 10 de abril de 2007.

y poder erigir centros de misión y, de esa manera, ser oportunos con la presencia del sacerdote, combatiendo el tradicional método misional que consistía en hacer visitas esporádicas anualmente que, desde su perspectiva, no favorecía ningún tipo de organización comunitaria.

El 11 de junio de 1951, los nuevos misioneros se pusieron a disposición del Padre Marcelino Canyes, Párroco de Florencia, Subinspector de Educación y Superior de los cinco padres capuchinos que se hallaban en el Caquetá, para empezar lo que se consideró la más angustiosa de las interinidades, “donde se puso a prueba la paciencia de las dos partes, ya que se opinaba que el tiempo de transición no duraría sino pocos meses” (Apuntes sobre Monseñor Torasso, p. 54). Un mes después, el Padre Torasso, cumpliendo con su función de Superior Delegado, visitó el Caquetá con la finalidad de buscar resultados más óptimos y para responder a las situaciones de la misión, realizó cambios de personal. Al respecto, el Padre Álvaro, quien ha investigado sobre el tema, comenta: “El criterio que acompañó la decisión fue de que los puestos fueran vecinos aunque no siempre correspondieran a los más necesitados” (López, A. p. 79)

Esta decisión la comparte con el Consejero General, Padre Sandrone, en los términos siguientes:

“Ho destinato ora P. Salateo a Belén, in sostituzione di P. Boetti che restará qui per iniziare il suo lavoro lungo la carretera che da Florencia scende verso l'interno amministrando alcune località molto bisogne, sono 40 Km di strada che può percorrere in motocicletta, e altre ore di cavallo o canoa (...) in piú dovrà aiutare anche a Florencia,...P. Migani, per prepararsi ad assumere la carica di vice-Ispettore dell'Istruzione (...) dovrà tenere la sua sede in Florencia e nello stesso tempo girare tutto il Caquetá dove vi sono già scuole per conoscerle e mettersi in contatto con il personale. Tutto questo per incominciare, nei posti piú vicini per non disperdersi troppo, ma non nei piú bisogni e non meno importanti, che dovranno ancora attendere”<sup>33</sup>.

---

<sup>33</sup> He destinado entonces al padre Salateo a Belén, en sustitución del padre Boetti, que se quedará aquí, para iniciar su trabajo a lo largo de la carretera que de Florencia baja hacia el interior. Administrando algunas localidades muy necesitadas, son 40 kms. de carretera que puede recorrer en motocicleta y otras horas de a caballo o canoa. (...) más aún tendrá que ayudar a Florencia al padre Migani, para prepararse y asumir la carga de Vice-Inspector de la Educación (...) debe tener su sede en Florencia y al mismo tiempo girar todo el Caquetá donde ya haya escuelas para conocer y ponerse en contacto con el personal. Todo esto para comenzar en los lugares más cercanos para no perderse mucho, pero sin excluir los más necesitados que no son menos importantes, que deben ser atendidos todavía.

Los cambios llevados a cabo surgieron a partir de observar la realidad que se vivía y teniendo como perspectiva el afianzamiento del futuro proyecto global de evangelización en el nuevo vicariato de Florencia.



**Foto 6:** Avión acuaticado ca. 1954 (ACPMCB)

### 3.3 El Padre Migani y sus correrías

Las expectativas del Padre Torasso de que el Padre Migani recorriese el territorio del Vicariato, con el fin de tener bases sobre las cuales obrar<sup>34</sup> con prontitud y certeza, se cumplieron rápidamente. Uno de los primeros destinos del Padre Migani fue San Vicente del Caguán, región situada al suroccidente de la Intendencia del Caquetá. Adentrarse en la zona le permitió a la misión conocer más de cerca la realidad de varios pueblos ubicados en los Llanos del Yary, El Pato y San Vicente, como centro de acopio y de los que se encontraban en dirección a Florencia, entre ellos, Puerto Rico, Doncello, Montañita, localidades unidas por caminos de muy difícil acceso.

---

<sup>34</sup> El término significa realizar un estudio de la realidad circundante con el fin de poder dar respuestas eficaces a la situación por la cual atravesaba el Caquetá, generando soluciones a situaciones de tipo religioso y educativo.

Estratégicamente, el Padre Migani hizo el reconocimiento entrando por Algeciras (actual municipio del departamento del Huila), utilizando uno de los primeros accesos que tuvo la región, desde el siglo XIX, durante el apogeo del caucho y que sirvió a las tropas colombianas para desplazarse sigilosamente, en la tercera década del siglo pasado, para hacer frente a la contienda bélica desatada con el Perú, por la invasión de este país a tierras nacionales. De sus primeros movimientos en Algeciras, hasta su regreso a Florencia, el Padre hizo un diario en el que reseña sus impresiones.

Por ejemplo, estando él en Algeciras dice: “incontraí al párroco molto affabile che mi aiutó per contrattare due mule, una per me e l'altra per el mio bagaglio, e un uomo che mi accompagnasse. Il prezzo era abbastanza alto; centocinquanta pesos che equivalono a sessanta mila lire, ma non c'era da discutere, la bestie partano grasse e retornano magre con la necessita di un mese di riposo”<sup>35</sup> (Visita a San Vicente del Caguán y regiones limítrofes). Según el itinerario, el Padre y su compañero salieron buscando el Caguán, el 3 de agosto de 1952.

Uno de los primeros pueblos en visitar es Guacamayas, de la cual ofrece detalles demográficos, de extensión y de formas de vida, que interpelan su sensibilidad:

Mi ero intanto informato delle necessitá di Guacamayas; é un corregimiento di circa de sei mila abitante che vivono la maggiranza nella valle di Guacamayas lunga circa sessanta chilometri e larga cinque sei chilometri, altri vivono in verede lontane un giorno o due de camino. il párroco di San Vicente va visitare una volta o due dell'ano. Le uniche scuole sono le due che vidi nel paese, tuti gli altri vivono nella massima ignoranza e abbandono<sup>36</sup>.

El misionero capta muy bien la vida social, política, económica, cultural y religiosa de estos colombianos que, aunque distantes de la realidad nacional, participan del denominador común que es la violencia. Migani lo advierte cuando dice: “Mi dissero

---

<sup>35</sup> Encontré al párroco muy afable, que me ayudó para contratar dos mulas una para mí y otra para mi equipaje, y un hombre que me acompañase. El precio era bastante alto; ciento cincuenta pesos que equivale a sesenta mil liras, pero no había nada que discutir, las bestias parten gordas y regresan flacas con la necesidad de un mes de reposo.

<sup>36</sup> De hecho me había informado de la necesidades de Guacamayas; es un corregimiento de alrededor de seis mil habitantes, que viven la mayoría en el Valle de Guacamayas, de una extensión de sesenta kilómetros de largo y cincuenta seis kilómetros de ancho, otros viven en veredas lejanas a un día o dos de camino. El párroco de San Vicente va a visitar una o dos veces al año. Las únicas escuelas son las dos que vi en el pueblo, todos los demás viven en una máxima de ignorancia y abandono.

che si stavano formando bande banditi de nei dintorni di Guacamayas e che la autorità avvisate non si erano preoccupate di niente”<sup>37</sup> (visita del Padre Migani, p. 3).

La formación de grupos de bandoleros corresponde al hecho de que algunos de los jefes que operaban en el eje cafetero y el Tolima se habían replegado hacia las zonas montañosas para evadir la persecución de las autoridades. La presencia de estos personajes, algunos reconocidos por su capacidad de destrucción, modificó la vida social tanto de quienes se encontraban en dichos lugares como de los que se fueron sumando, ya que ellos demandaban de los habitantes del lugar su acción y participación. Este fue el caso de El Pato, Caquetá y El Guayabero, Meta, zonas geográficamente muy cercanas, a las que llegó a denominarse “Repúblicas independientes”. Estos grupos de resistencia estaban conformados principalmente por liberales que buscaban tomarse el poder por medio de la fuerza.

De esta manera fue como entró la violencia que se vivía en otras regiones del país al Caquetá<sup>38</sup>, siguiendo la ubicación de los pueblos, convirtiéndose Florencia en su máximo objetivo, cosa que no se logró en ese tiempo. Los constantes hechos vandálicos fueron un desafío, tanto para la misión como para los misioneros, pues el modus operandi de los bandoleros que llegaron era arrollador y destructor. En sus incursiones arrasaban con los sembrados, robaban sus pertenencias y dejaban en el inconsciente de sus víctimas una sensación de temor, impotencia y rabia. Eso fue lo que la gente de San Vicente le transmitió al Padre Migani cuando éste llegó a la población.

---

<sup>37</sup> Me dijeron que se estaban formando bandas de bandidos en los alrededores de Guacamayas y que las autoridades avisadas no se habían preocupado por nada.

<sup>38</sup> Según Gonzalo Arias, en los años sesenta, existían cinco “Repúblicas Independientes” en el siguiente orden: región del Alto Sumapaz y el Duba, región del Ariari, región del Guayabero, región del Riochiquito y la región de El Pato. Cada una de estas regiones fue colonizada desde los años treinta en escala pequeña, fue a finales de la década de los cuarenta cuando el flujo colonizador se hizo mucho más numeroso. En medio de estas movilizaciones de personal con deseos de probar suerte en otras tierras, con ellos también se desplazaron algunos de los más buscados ampones que antes contaban con gran poder en zonas del Tolima y el eje cafetero; (Darío Betancourt y Martha L. Garcia. 1990) ahora cuando se encontraban sin hombres y poco apoyo por parte de la gente de las regiones donde tenían influencia y con la justicia que les daba alcance, no tuvieron más alternativa que refugiarse en estas regiones marginales donde sabían que no corrían ningún peligro de ser aprehendidos por la ley.

Los grupos al margen de la ley que se fueron gestando tanto en el Caquetá (El Pato) como en las zonas próximas (Ariari) tomaron varios pueblos entre ellos a San Vicente del Caguán como centro de sus operaciones. De ahí las continuas incursiones de bandoleros a San Vicente del Caguán, a Guacamayas y algunos pueblos de la cordillera, que irán a ser referenciados por los misioneros que comenzaron a visitar estos lugares. Con el accionar de los bandoleros, como se les conoció en su momento, se puso al descubierto la incapacidad de la fuerza pública de combatirlos, o mejor de proteger a la población civil, pues en la mayoría de las veces, cuando llegaban al lugar de un ataque por parte de los bandoleros, solo encontraban despojos, desolación y muerte.

El siete de agosto (1951. p. 4) “Arrivammo a San Vicente (...) e il padre Crisóstomo de Jaka ci recevette come una bendizione del cielo. erano nove mese che non vedeva nessun padre. mi mostró la chiesina in legno quasi nuova, piccola casa cural il convento preparato per le suore, l’única casa a due piani che si sia a San Vicente, ma ancora disabitato perche non si e trovata nessuna comunitá di suor che abbia voluto andaré in quel paese tanto lontano”<sup>39</sup>.

Esa es la realidad que observa a su paso y sobre la que ahora el misionero capuchino le muestra, realidad que solo se conoce a través del tiempo y en la convivencia con los pobladores: (p. 4) “la popolazione que vive nel centro della popolazione é de mille doucento, mentre quella dei campi é di un tremila abitanti. pero me dice il padre che la popolazione é molto freda per tutte quello che interessa la religione anche perche il padre vive solo poco nella sua sede dovendo andaré in tutti posti”<sup>40</sup>. El Padre Migani, en su diario, comenta que el religioso capuchino, hombre de más de sesenta años de edad, pretendía que lo acompañase a todas partes.

En relación con los levantamientos subversivos, se experimenta casi la misma situación de Guacamayas: “si parla di perivolo di banditi, ma nessuno ci crede”<sup>41</sup>. Admirando la riqueza natural de la zona, el Padre Migani se dirige hacia su lugar de partida y de nombramiento de misión. Pero Florencia estaba a cien kilómetros. Sesenta había que recorrerlos a caballo, por caminos muy difíciles de transitar. Los últimos cuarenta podía recorrerlos en carro a través de una pequeña carretera que lo conduciría al centro gubernamental y administrativo del Caquetá. El siguiente viaje lo hará en dirección a Puerto Rico: “ho rimandete ad Algeciras le mule che avevo affittato e parto con due mule della missione”<sup>42</sup>. Fueron dos días de un penoso viaje para encontrarse a la orilla del río Guayas, donde está Puerto Rico.

---

<sup>39</sup> Llegamos a San Vicente (...) y el padre Crisóstomo de Jaka, nos recibió como una bendición del cielo. Hacía nueve meses que no veía a ningún padre. Me mostró la capillita en madera casi nueva, pequeña casa cural, el convento preparado para las hermanas, la única casa de dos plantas que había en San Vicente, pero todavía deshabitada porque no se ha encontrado ninguna comunidad de hermanas que haya querido ir en aquel pueblo tan lejano.

<sup>40</sup> La población que vive en el centro del pueblo es de 1200 personas, mientras aquella de los campos es de treinta mil habitantes. Pero me dice el padre que la población es muy fría, para todo aquello que interesa a la religión; también porque el padre vive poco tiempo en su sede, pues debe andar en todos los lugares.

<sup>41</sup> Se habla de peligro de bandidos, pero ninguno nos cree.

<sup>42</sup> He reenviado a Algeciras las mulas, que había alquilado y parto con dos mulas de la misión.

Por el recibimiento que los pobladores hicieron al Padre Migani se deduce que tuvieron noticia previa a su llegada, pues, generalmente las poblaciones siempre recibían a los misioneros con mucha alegría, porque estos lugares eran poco visitados por los religiosos. Su visita causó gran impacto en las personas del lugar: “Mi receveno in trionfo, con bandiera, corteo e canti”<sup>43</sup> (1951. p. 8). Con estas manifestaciones de afecto, la misión comenzaba a establecerse positivamente entre comunidades hasta ahora visitadas así como en las que seguían en esa misma dirección. De acuerdo con su cometido, el Padre Migani hace el siguiente registro: “Puerto Rico é un paeseto di seicento abitanti, ma il corregimientu ha un quattromila abitanti. per disgrazzia, siccome il sacerdote viene molto di rado i protestanti si sono messi qui e già hano un docente adepti”<sup>44</sup> (1951. p. 9). En esta comunidad es tan comprometedor la experiencia y su ser misionero se fortalece tanto que el Padre quiere quedarse en medio de ellos.

Estos reconocimientos previos, donde el Padre Migani constató el abandono de estas comunidades, harán que esas poblaciones sean las primeras en tener misioneros, una vez el Vicariato Apostólico fue entregado formalmente al IMC. Este deseo de quedarse inmediatamente, también lo expresó en Guacamayas: “se avesi ascoltato il mio desiderio mi serei fermato lí per sempre, tanto era il lavoro che vedevo da fare; ma sapevo che era solo al principio dell’aimensa regione”<sup>45</sup> (p. 13). En todos los casos, el religioso se conmueve más por la gente que por el territorio como tal.

La “inocencia” e “ignorancia” de la gente los expone, según él, al error de los protestantes, porque, de acuerdo con su concepción eclesial, dicho movimiento disidente era un error. El misionero percibía como un gran problema el hecho de que los protestantes<sup>46</sup>, con mucha anterioridad, se habían adelantado a la misión de la Consolata

---

<sup>43</sup> Me reciben triunfante, con banderas, cortejo y cantos.

<sup>44</sup> Puerto Rico es un pueblecito de seiscientos habitantes, pero el corregimiento tiene unos cuatro mil habitantes. Por desgracia, como el sacerdote viene muy de vez en cuando, los protestantes se han metido aquí y ya tiene un docente adepto.

<sup>45</sup> Si hubiese escuchado mi deseo, me había quedado ahí para siempre, era tanto el trabajo que veía para hacer; pero sabía que era sólo al principio de la inmensa región.

<sup>46</sup> En referencia a los grupos cristianos no católicos, se encuentran los pentecostales y adventistas, ubicados por el río Ortegua y el Caguán. También cabe mencionar la presencia de un grupo denominado espiritualista. En relación con estos movimientos importa tener en cuenta que los mismos tenían grandes influencias sobre la población, situación que dificultó la evangelización debido a los imaginarios o preconceptos instalados en la mentalidad de las personas del lugar. Al respecto existieron algunos altercados entre los misioneros y los representantes de los mencionados movimientos religiosos, este fue el caso vivenciado por el P. Antonio Marini en San Antonio Atenas, quien se enfrentó duramente con un pastor protestante, éste último por medio de una carta enviada al Alcalde de lugar acusa al misionero de haber sacado a los niños de una celebración, de increparlo por desviar a las personas de los



y chocaban con la misión católica que tenía como prioridad visitar a todos aquellos lugares en los que hubiese ciudadanos colombianos o de cualquier otra nacionalidad y que perteneciesen a su jurisdicción eclesiástica. Antes de continuar el viaje hacia El Doncello, el Padre Migani se interpela de la siguiente manera: “Quante tentazioni di fermarmi provo nel mio viaggio! come potrebbero trasformarsi questi paesi con la presenza di un sacerdote! ma pensó que tuttavia ci vorrá del tempo prima che possiamo mandare un padre in tutti questi posti”<sup>47</sup>. (Visita, p, 14).

El misionero piensa en el futuro inmediato, depende de las decisiones colegiadas entre él y sus compañeros que se encuentran en la región con el mismo fin. Pero, en últimas, la decisión final será de quien sea nombrado obispo, quien será el directamente responsable y quien tendrá la última palabra en relación con las necesidades presentes en el lugar. No obstante, el padre Migani exterioriza su reflexión y traza un paralelo entre lo que ha visto en las ciudades, frente a la realidad que contempla en Puerto Rico: “Sarebbe necessario tanti sacerdote venissero a visitare questi posti per sentiré il dovere di farsi missionari e abbandonare le comunità di una vita nelle città dove fanno del bene, ma no sono tanto necessari come qui dove la gente vive é more senza la consolazione di buona parola”<sup>48</sup> (visita, P, 14).

Este será un continuo lamento del misionero surgido en la toma de conciencia de la gran labor por realizar, lamento y deseo corroborados en el presente y que se prolongarán cada vez más, debido a los estilos de vida predominantes en la sociedad de la época.

El siguiente destino obligado del Padre Migani, según su alusión no era esperado: “É già notte e nessuno sapeva dell’arribo del padre, pero per il Rosario alle, sete si radunano un centinaio di persone. Si decide di cambiare il nome del paese in San Giovanni del Doncello in onore del primo padre che lí celebrerà la Messa”<sup>49</sup> (visita, p, 15). La sorpresa se hizo tan efusiva que la comunidad quiso dejarla en la memoria de

---

principios fundamentales de la Iglesia y de confabularse con los liberales para atentar contra los conservadores. Vicente González, (17 de marzo de 1953), San Antonio de Atenas

<sup>47</sup> Cuantas tentaciones de quedarme, experimento en mi viaje, como podría transformarse estos pueblos con la presencia de un sacerdote! Pero pienso que todavía se necesita tiempo antes que podamos mandar un padre en todos estos puestos.

<sup>48</sup> Sería necesario que tantos sacerdotes vinieran a visitar estos puestos, para sentir el deber de hacerse misioneros y abandonar la comodidad de una vida en la ciudad donde hacen el bien, pero no son tan necesarios como aquí donde la gente vive y muere sin la consolación de una buena palabra.

<sup>49</sup> Es ya noche y ninguno sabía de la llegada del padre, pero para el rosario de las siete se reunió un centenar de personas. Se decide de cambiar el nombre del pueblo en San Juan del Doncello, en honor del primer padre que allí celebró la misa.

algunas generaciones plasmadas en la identidad del pueblo, al decidir cambiarle el nombre<sup>50</sup>

El padre Migani, después de haber asistido sacramentalmente a los habitantes del ahora San Giovanni del Doncello, prosigue su marcha hacia la meta: “Parto alle sei e accelerando il ritmo delle mule arrivo a Montañita alle tre p.m dopo di aver percorso piú de trecento chilometri a cavallo in undici giorni, per strada impossibili e in mezzo a regioni completamente abbandonate. gli ultimi 42 chilometri li feci in carriera e alle sete arrivai a Florencia, stanco pero felice di avere potuto visitare la parte piú interessante del Caquetá”<sup>51</sup> (Visita. p. 15).

Éste fue el primer viaje realizado por el sacerdote y, a pesar de las dificultades en el trayecto recorrido, se nota la alegría por la labor cumplida. ¿Quién podía imaginar que, unos días después, el Padre Migani tendría que regresar, por otro camino, a San Vicente en condición de Consejero de tropas, animador del pueblo exiliado y restaurador de la convivencia perdida por la incursión de los bandoleros? Por ahora, estaban cumpliendo el primer mes de llegados a la misión y la angustia comenzaba a profundizarse en quienes esperaban novedades en los próximos destinos. La reacción de los misioneros capuchinos fue la de suspender toda actividad pastoral, actitud que provocaba incertidumbre en los misioneros de la Consolata, pues, aún no podían obrar libremente.

Las cartas que llegaban al Padre Torasso tanto del IMC como del Superior de los Capuchinos, el padre Canyes y de sus cohermanos de comunidad, eran en búsqueda de respuestas o razones por las cuales el tema de independencia no se había vuelto a mencionar y esto se hizo mucho más acucioso después de la inauguración del monumento a San Francisco, mediante el cual se quiso inmortalizar la memoria de los misioneros que, por más de cincuenta años, habían estado a cargo de toda esa región amazónica. Así, pues, la gran fiesta de despedida se llevó a cabo el 15 de agosto de

---

<sup>50</sup> En este apartado es necesario hacer dos precisiones, primera que el nombre de este pueblo, según lo sugiere la página de Internet del actual municipio, “hace honor al árbol de Doncel”, (eldoncello-caqueta.gov.co), por lo que desde sus inicios se conoció como El Doncello, por lo que sugiere el misionero el pueblo fue renombrado tomando su primer nombre Giovanni en italiano que en castellano es “Juan”, antecediéndole el prefijo San. La segunda es de orden argumentativo y está relacionada con la cita, del padre Migani a su llegada al Doncello, que aunque es un dato anecdótico es importante para no interrumpir la secuencia del viaje y por supuesto en la construcción del relato de la investigación.

<sup>51</sup> Parto a las seis y acelerando el ritmo de las mulas, llego a Montañita a las 3: 00 pm, después de haber recorrido más de trescientos kilómetros a caballo en once días, por caminos imposibles y en medio de regiones completamente abandonadas. Los últimos 42 kilómetros los hice de carrera y las siete llegue a Florencia, cansado pero feliz de haber podido visitar, la parte más interesante del Caquetá.

1951, reunidas las autoridades civiles, militares y eclesiásticas con la presencia del Vicario Apostólico Monseñor Plácido Crous.

En la despedida se congregó un buen número de personas simpatizantes de los Misioneros Capuchinos a quienes consideraban sus inspiradores en la fe, para ofrecerles su agradecimiento y promesa de recordarlos por siempre. Eso fue lo que el Padre Migani expresó en esta ocasión en nombre del pueblo: “Un hombre no deja un país, mientras perdura la obra que él mismo cumplió. No se van cuando quedan los monumentos de fe, de civilización, de amor que él construyó...no se pierde la voz de uno que continúa hablando en los corazones agradecidos” (Apuntes sobre Mons. Torasso, 44). Dado los términos que se mencionaron en esta despedida, era para salir al día siguiente, pero no dependía de ninguna voluntad local ni siquiera nacional, era una decisión que le competía exclusivamente a la Santa Sede y, por consiguiente, se demoró más de lo previsto.

Días después, el Padre Marcelino escribía al Padre Torasso: “¡Hace demasiado tiempo que dura esta interinidad! Mis superiores hace mucho tiempo le rezaron el último Padre Nuestro al Caquetá...esta tragedia habrá servido mucho en mi vida, pero el hecho de aguantar no quiere decir conformidad... (28 de agosto de 1951. p, 45). De la misma manera, el Padre Demiquelis, misionero de la Consolata, el 18 de octubre de 1951, increpaba al Padre Torasso: “en Florencia mucho trabajo...pero sin autoridad civil...y tampoco eclesiástica...es un desastre, lo que se está perdiendo en todo sentido...usted debe de insistir con los superiores, para que resuelvan el asunto...” (Apuntes sobre Mons. Torasso. p, 55). A juzgar por lo que se expresa en las cartas, la ansiedad los estaba venciendo.

A medida que el año 1951 terminaba y al no haber responsable alguno de organizar lo concerniente al año siguiente, la situación se tornaba caótica. En una de las últimas cartas, el Padre Marcelino Canyes le dice al Padre Torasso: “nuestra vida transcurre entre el trabajo y por qué mentir, ratos de aburrimiento de esta situación sin fin, a vuestra reverencia no puede esconderle nada, hay tantas cosas que necesitarían un plan y una mano firme al frente, pues sufro yo que no puedo hacerlo y sufre el padre Migani que no puede empezarlo” (Apuntes sobre Mons. Torasso, p, 56). Esto se constata por la respuesta del Padre Torasso quien afirma que los afectados son todos: “creo comprender

la situación suya, que no deja de ser la misma mía, porque participamos de la misma desgracia con los mismos sentimientos”, (Apuntes sobre Mons, Torasso, p, 56).

La noticia del nombramiento del Obispo liberó las amarras materiales, espirituales y psicológicas de quienes esperaban una solución que pusiera fin a tan angustiada interinidad y poder así seguir contribuyendo a la misión de la iglesia. Los recién llegados querían trabajar con autonomía y los otros deseaban continuar en los territorios que aún se mantenían en su poder. Ese día tan esperado fue el 10 de enero de 1952, en el cual la Bula de Pío XII, firmada por el Cardenal Eugenio Tisserant, Canciller, que preconizaba a Monseñor Antonio María Torasso como Obispo titular de Tapso (Provincia de Byzacena) y Vicario Apostólico de Florencia Caquetá, (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 58). Esos momentos fueron de festejos, oraciones y deseos de buenos augurios, expresados en muchas cartas recibidas de todo el mundo.

### **3.4. La misión y su compromiso con el orden público**

Ya en propiedad del Vicariato, se dieron algunos hechos que son de vital importancia en lo relacionado con la política o filosofía de la misión de la Consolata. Se planteó un segundo viaje del Padre Migani a San Vicente, como garante de paz. El desarrollo de este acontecimiento, el nombramiento y llegada de otros misioneros y sus primeras impresiones, hacen parte de lo que fue la experiencia compartida al lado de los capuchinos. Igualmente, fue allí donde se gestaron las ideas, estrategias y programas con los cuales, una vez los nuevos misioneros pudieron actuar libremente, desplegaron un plan sobre realidades concretas, tanto en los centros urbanos como en las zonas alejadas, incluyendo a los indígenas dispersos por los ríos Orteguaza, Caquetá y Pescado.

La incursión de los bandoleros en San Vicente del Caguán era algo que estaba anunciado. Esas eran las voces que se oían en la primera visita del Padre Migani a este pueblo. La gente, en general, tiene esa capacidad de predecir algunos acontecimientos que se ven venir sobre ellos. Y así sucedió. Tan solo había pasado un mes:

Il 17 settembre ci giunse un telegrama da Florencia sommamente allarmante: ci annunciava che un gruppo di banditi in numero di circa trecento si era impossessato di San Vicentee che il padre Capuchino Fra Crisóstomo era fuggito dal paese con molti altri feriti, a che lo stesso padre gravemente. potete immaginare la nostra preoccupazione. telegrafai a Florencia che

serei tornato appena possibile e che serei partito per San Vicente per vedere de calmare gli animi e se si fosse potuto pacificare la regione,<sup>52</sup> (Visita, Padre Migani, p,7).

Las noticias eran cada vez más preocupantes: “Intanto giunsero altre notizie che a Guacamayas le cose erano peggiori che a San Vicente e che i banditi si preparavano per entrare in Puerto Rico e poi a Florencia, secondo i loro disigni, l’esercito stava preparando due spedizioni una per Puerto Rico, l’altra attraverso il rio e che sarebbe stato bene che accompagnasse la spedizione un padre e che l’unico adatto era il sottoscritto”<sup>53</sup>. El Padre Migani, que estaba en Bogotá, partió en compañía del Padre Silvio Vettori, otro de los misioneros que se fueron uniendo a la misión. Este misionero quería integrar rápidamente una de las expediciones militares que tenían como objetivo devolver la tranquilidad a los habitantes de San Vicente quienes, temerosos de ser asesinados, andaban dispersos, unos por el río Caguán abajo y otros hacia otras direcciones.

Por el itinerario que ofrece el Padre Migani del viaje de Bogotá a Florencia, el primer día emplearon como medio de transporte el tren y alcanzaron a llegar a Neiva. El segundo día, en un recorrido en bus, solo alcanzaron a llegar a Resinas, el último pueblo del Huila y que queda muy cerca a la línea divisoria de los dos jurisdicciones territoriales<sup>54</sup>. Estando ahí les dijeron que “Lí ci fu detto che era impossibile arrivare a Florencia perche la strada era interrotta da 24 frane”<sup>55</sup>. (visita padre Migani, p, 8). En un tercer día de viaje, los dos misioneros aparecen en la vereda El Paraíso, celebrando la fiesta de la Virgen de las Mercedes, a pocos kilómetros de Florencia, lugar donde fue contactado para ser incluido como facilitador “peró il colonello comandante della zona mi pregó di sollecitare il piú possibile il viaggio per San Vicente per accompagnare la

---

<sup>52</sup> El 17 de septiembre, nos llegó un telegrama de Florencia, sumamente alarmante: nos anunciaba que un grupo de bandidos, en un número alrededor de trescientos, se había tomado San Vicente, que el padre Capuchino Fray Crisóstomo había huido del pueblo con muchos otros heridos y también el padre gravemente herido. Podéis imaginar nuestra preocupación. Telegrafíe a Florencia, que llegaría a penas fuera posible y que partiría para San Vicente para tratar de calmar los ánimos y si fuese posible pacificar la región.

<sup>53</sup> Mientras tanto llegaron otras noticias, que en Guacamayas las cosas estaban peor que en San Vicente y que los bandidos se preparaban para entrar en Puerto Rico y después a Florencia, según sus deseos. El ejército estaba preparando dos expediciones una para Puerto Rico y otra a través del río y que sería bueno que acompañase la expedición un padre y que el único apto era el suscrito.

<sup>54</sup> En este caso, significaba que hacia el Caquetá las condiciones ambientales eran muy diferentes a las que se apreciaban al lado del Huila. La persistencia de la lluvia y las malas condiciones de la carretera podían condicionar esta parte del viaje hasta Florencia en una odisea de varios días, sin la seguridad de contar con alimentos ni hospedaje.

<sup>55</sup> Allí nos fue dicho, que era imposible llegar a Florencia, porque la carretera estaba interrumpida por veinticuatro horas.

truppa e i refugiati che stavano a Latagua decisi a non toranare se non fossero stati accompagnati da un padre”<sup>56</sup> (visita, padre Migani, p, 8).

El grupo de militares y el Padre salieron el día 25 de septiembre en “Un camion militare ci portó fino a Venecia dove ci imbarcammo in un motor canoa espresso. Dovevamo andare a Latagua dove ci aspecttava il rimorchiatore e i profighi”<sup>57</sup>. Se dice que en La Tagua había unas 600 personas que, según el Padre Migani, salieron con él en un remolcador: “e tutta la gente stava raggruppata in un gran vagone che abitualmente serve per trnasportare bestiame o mencanzia, tuttavia non so spiegarmi come potessere stare un duecento persone in uno spacio così piccolo”. Continuando con el relato del misionero, fueron muchos los que se quedaron<sup>58</sup>: “Mi sarebbe piaciuto che tutti i profughi fossero tornati perche sapevo che chi primo arriva si arrangia e gli altri avrebbero perduto tutto, ma non ci fu modo di convincerli e an la paura non si puó ragionare”<sup>59</sup>.

Este viaje estuvo lleno de incomodidades: hacinamiento, poca alimentación y zozobra tanto por el peligro que representaba la navegación, como por la información que se tenía de una emboscada por parte de un grupo de bandoleros que se había desplegado por el río Caguán para impedir la entrada de las tropas. Los soldados repelieron el ataque en un lugar denominado Estrecho de los Altares. Los subversivos emprendieron la huida. En el lugar se encontraron licor, máquinas de escribir y municiones. La tripulación, los fugitivos y la comisión militar llegaron a San Vicente después de 8 días de viaje, iniciando por el río Caquetá y concluyendo por el Caguán que los condujo a su lugar de destino. El día 3 de octubre atracaron al frente del desolado pueblo, pero no quisieron desembarcar hasta no tener plena seguridad de que no había ningún peligro para la población que se hallaba a bordo.

---

<sup>56</sup> Pero el coronel comandante de la zona me rogó, de solicitar lo más posible el viaje para San Vicente, para acompañar la tropa y los refugiados, que estaban en La Tagua. Decidí, no regresar si no fuese acompañado por un padre.

<sup>57</sup> Un camión militar nos llevó hasta Venecia, donde nos embarcamos en un motor canoa expreso. debíamos ir a La Tagua donde nos esperaba el remolcador y los prófugos.

<sup>58</sup> Cincuenta años después, las nueva generaciones de misioneros que van sustituyendo a los mayores, al entrar en confianza con los pobladores de La Tagua, Puerto Leguízamo, cuando se toca el tema de procedencia, la referencia es al acontecimiento de desplazamiento forzado que desde San Vicente tuvieron que hacer y que optaron por no regresar con la comitiva del padre Migani.

<sup>59</sup> Me habría gustado, que todos los prófugos hubiesen regresado porque sabía que el primero que llega se las arregla y los otros habrían perdido todo, pero no hubo modo de convencerlos y en el miedo no se puede razonar.

La orden de desembarco se dio el 4 por la mañana. La gente pudo contemplar las ruinas en las que quedó reducido “el floreciente pueblo”, como lo había calificado el Padre Migani. A este grupo de pobladores se fueron sumando cada día más, venidos de otras direcciones, para lo cual se ejecutó un plan de reconocimiento de las personas: “i duecento che erano venuti con noi si dispersero per la case de la popolazione, ma duecento persone in un paese di piú di melle erano ben poche e sempre tutto dave l’ aspetto di abbandono. ma il giorno dopo co minciarono ad apprire alcuni, prima timorosi, poi con piú fiducia. tutti quelle che si presentavano erano interrogati e ricevevano un salvacondotto per essi e per la famiglia”<sup>60</sup>, (visita padre Migani, 14).

Con el paso de los días y a medida que las autoridades iban investigando sobre los hechos, todos resultaban sospechosos<sup>61</sup> de haber colaborado con los bandoleros, en el saqueo, asesinato y destrucción del pueblo. Ese fue el plan de los subversivos, involucrar a la población civil, obligándolos a cometer ilícitos, con el fin de dejar en ellos, además de pobreza, graves problemas con la justicia (Demichelis, 1953). Esto se corroboró con el traslado, a causa de dicha incursión, de unas trescientas personas a la cárcel de Florencia. Situación que será una de las primeras tareas y preocupaciones de Monseñor Torasso, en los primeros días de su gobierno eclesial<sup>62</sup>.

Por la nueva forma de vida<sup>63</sup> que estaba tomando San Vicente del Caguán, se hizo necesario de una vez nombrar a un párroco que acompañara la reconstrucción tanto material como social. Fue destinado con este fin el Padre Juan Demiquelis, quien llegó

---

<sup>60</sup> Los doscientos que habían venido con nosotros, se dispersaron en las casas de la población, pero doscientas personas en un pueblo de más de mil eran bien pocas y siempre todo daba el aspecto de abandono. Pero el día después, comenzaron a aparecer algunos, primero temerosos, después con más confianza. Todos aquellos que se presentaron eran interrogados, y recibieron un salvoconducto para ellos y para la familia.

<sup>61</sup> Porque no le resultaba claro al párroco, la forma en que se fue recuperando el orden; para él “habría que destapar ollas podridas, tumbar máscaras, descubrir intereses solapados, denunciar titiriteros escondidos detrás de cortinas de tercio pelo” (Demiquelis. 1951); frente a dichas dudas, el padre Álvaro López, quien cincuenta años después, recrea estos momentos, dice en relación con las quemas de pueblos, que lo sucedido en San Vicente fue “perpetuado por la policía del pueblo, la cual actuó de esta manera en contra de la población civil que había atacado el puesto de policía” (López A. 2001. p. 21)

<sup>62</sup> Algunos de los alias más reconocidos de los líderes de estos grupos irregulares, según el padre Álvaro López eran: El Gavilán, El Dragón Rojo y El Capitán Veneno.

<sup>63</sup> La expresión “nueva forma de vida” está mediada por el antes de la toma a San Vicente y el después, cuando regresó buena parte de sus habitantes, en compañía de un grupo de militares y del Padre Migani, quienes comenzaron a rehacer sus vidas. Este nuevo recomenzar es al que se une el párroco Padre Giovanni de Miquelis, Misionero de la Consolata, restituyendo de alguna manera el orden que había antes de dicho incidente, cuando aún estaba el padre Crisóstomo, Misionero Capuchino, quien, para proteger su vida, le tocó dejar al pueblo, herido por una esquirla en una pierna.

el mismo mes, antes del regreso del Padre Migani. “Fra Ildelfonso decise di tornare a Florencia con la commissione mentre io avrei aspettato l’arrivo del padre Demiquelis che doveva venire come parroco de San Vicente non sembrandomi conveniente abbandonare il paese in quel momento in cui si necessitava il sacerdote piú che in qualunche altro tempo per dare un po’ di tranquillitá agli animi”<sup>64</sup>. Efectivamente, el Padre Demiquelis llegó a San Vicente el 24 de octubre de 1951, como el primer párroco de los misioneros de la Consolata, a reemplazar al Padre Crisóstomo, quien tuvo que huir, herido, en medio del ataque producido un mes antes.

Sin más protocolo que el de indicar la enorme tarea por realizar, el Padre Migani regresa a Florencia, haciendo la misma ruta que hizo en su primer viaje, pues según la comisión que había salido, no había tenido ningún problema. Al parecer, todo había vuelto a la normalidad. Una vez más, en Florencia, el Padre Migani hace su balance de lo que fue su participación en ese momento crítico de la vida del Caquetá, pero su mayor desilusión fue “quando ricevetti da padre Torasso la comunicazione che era impossibile mandare con padre Demiquelis altri due padri, uno per Puerto Rico e l’altro per Guacamayas e Sant’Ana, sentí come un peso al cuore. questa gente dopo tutto quello che é pasato cerca la religione come l’unico mezzo per calmare gli animi e riavvicinarli al Signore”<sup>65</sup>. (Visita padre Migani, p, 17).

Terminadas las tensiones impuestas por el orden público, la atención de los misioneros se concentró en definir nuevos contextos misionales en los que podrían seguir haciendo presencia comprometida, desde sus experiencias y convicciones. La Iglesia ha tenido orientaciones claras sobre la manera de llevar el cristianismo a otras culturas. Los misioneros de la Consolata proclaman su carisma Ad Gentes, revisado o modificado para legitimar su presencia en Colombia, pero manteniéndolo en lo esencial, que ha sido y sigue siendo, trabajar por el pobre entre los pobres, por los más marginados y por los desposeídos, ya sea de tierras o de cultura y o de dignidad.

---

<sup>64</sup> Fray Ildelfonso decidió regresar a Florencia con la comisión, mientras yo debería esperar la llegada del padre Demiquelis que debía venir como párroco de San Vicente, no pareciéndome abandonar el pueblo en aquel momento en el cual necesitaba el sacerdote más que en cualquier otro tiempo, para tranquilizar los ánimos.

<sup>65</sup> Cuando recibí de parte de Torasso, la comunicación que era imposible mandar, con el padre Demiquelis otros dos padres, uno para Puerto Rico y el otro para Guacamayas y Santa Ana, sentí como un peso en el corazón. Esta gente después de todo aquello que ha pasado, busca la religión como el único medio para calmar los ánimos y acercarlos al Señor.



Los misioneros, con los habitantes de este inmenso territorio, la mayoría advenedizos, se propusieron hacer del Caquetá y de su inmensa selva la región más próspera del país. Con este propósito se organizó y desarrolló a gran escala la educación formal e informal, representada en la construcción de escuelas y colegios y con el propósito de hacer productiva la mano de obra se consolidó centros de enseñanza agrícola, pecuaria y artesanal para los adultos.

Una de las fortalezas de la misión Consolata en el Caquetá fue contar con laicos italianos formados en disciplinas técnicas, como litografía, ebanistería, marmolería entre otras quienes fueron instructores y formadores de varias generaciones de caqueteños. Debido a esta fortaleza, se diseñaron proyectos para organizar algunas colonias extranjeras. Estuvo a punto de consolidarse una colonia colombo-italiana. También hubo peticiones del gobierno japonés para hacer del Caquetá una despensa para el mundo, ya que la región contaba con mucha tierra para trabajar, tierra que, según los técnicos italianos y colombianos que habían hecho un estudio de los suelos, eran aptas para la industrialización<sup>66</sup>.

En este sentido, el Caquetá, siguiendo la visión bíblica, se representaba como una “tierra prometida” en la que solamente hacían falta manos y mentes creativas y emprendedoras que se interesaran por ella e hicieran interesar a otros. Y así sucedió, porque la población se llenó del sueño de hacer de esta región una tierra de progreso y bienestar.

### **3.5. Muerte del Padre Migani**

Con cinco años de vida misionera en Colombia, tres años y medio en Puerto Salgar, en el Bajo Magdalena y tan solo año y medio en el Caquetá, el Padre Migani muere en Bogotá el 13 de octubre de 1952, a los 46 años de edad. Había venido a la ciudad capital en búsqueda de soluciones a sus repetidos quebrantos de salud. “El 7 de septiembre de 1952 salió el padre Migani para Bogotá, en busca de alivio a la dolorosa enfermedad que lo aquejaba” (Necrología). Su deceso se produce por “un tumor en el hígado, según certificó el doctor Ernesto Andrade” (Registro Civil N° 211). Su cadáver es trasladado a Florencia para darle cristiana sepultura. El informe del Comando del Ejército dice: “Esta noble ciudad enlutada y anegada en llanto, recibió el cadáver de su Padre Espiritual, traído por un avión especial de la F.A.C., el 15 de octubre. El 16 se

---

<sup>66</sup> Esta referencia, se desprende de varios informes de enviados del Ministerio de Agricultura de Colombia, de técnicos italianos, quienes hicieron estudios de suelos y de salubridad con el fin de buscar inversión en la zona. En el capítulo 5, se detallarán las fuentes y en qué vino a parar todo este trabajo.

efectuaron las exequias, ante una conmovedora y general manifestación de dolor” (Necrología)

El Padre Migani estaba desempeñando los cargos que, en su tiempo, el Padre Torasso le había asignado, de los cuales el informe castrense reseña: “en donde había estado ejerciendo los cargos de Capellán del Comando de la 6° Brigada y del Batallón Juanambú, de Sub-Inspector de Educación Nacional del Caquetá y de Párroco de Florencia” (Necrología). Esta pérdida para la misión tuvo una fuerte repercusión en la sociedad civil, ya que en las manifestaciones de las autoridades civiles y militares, se exalta la figura de quien se destacó en muy poco tiempo por conocer tanto el territorio como a buena parte de sus habitantes.

Tanto el Gobierno Intendencial como el Municipal proclaman por medio de decreto las disposiciones que enlutan a Florencia y al Caquetá. Por ejemplo, la Intendencia decreta:

“Art 1°. El Gobierno Intendencial del Caquetá lamenta profundamente la muerte del Reverendo Padre Juan Bautista Migani y honra su memoria. Art. 2°. El gobierno intendencial del Caquetá presenta la vida del Reverendo Padre Juan Bautista Migani, como ejemplo a las generaciones presentes y futuras. Art. 3°. Prohíbanse todos los regocijos públicos en el Territorio del Caquetá desde el día de hoy hasta el 16 del presente, inclusive. Art. 4°. Todas las entidades oficiales, colegios y escuelas, deberán hacerse presentes el día de mañana a la llegada del cadáver del ilustre sacerdote y asistirán a los oficios religiosos que por el descanso de su alma se llevarán a cabo en la catedral de Florencia” (Decreto. N° 133).

La desaparición del Padre Migani despertó una gran solidaridad, a nivel nacional, expresada en cartas de pésame que hacían llegar al Vicariato de Florencia. Desde luego, fue una gran pérdida para el Instituto Misiones Consolata, especialmente para el Vicariato, ya que el Padre, como precursor de la entrada de Monseñor Torasso, había recibido el encargo de estudiar y diseñar la forma de comenzar el importante trabajo de colonizar, “civilizar” y evangelizar. Su ausencia se sintió por mucho tiempo en Florencia y durante varios años fue celebrado públicamente el aniversario de su muerte.

Monseñor Torasso, en carta al Consejero General Padre Pich, señala que la muerte del Padre Migani trastornó fuertemente a la misión:

La morte del padre Migani, vero Apostolo, ha scombus solato leteralmente il corso della nostra vita. Da oltre un anno e messo Egli viveva a contatto con i vari problemi della regione, conosceva a perfezione tutto el personale

docente, lo dirigeva, lo nominava, lo cambiava, lo sostituiva ed in piú teneva in mano tutti i negozi della parrocchia di Florencia che esige l'attività di parecchi sacerdoti. Dopo la sua morte mi sono trovato di fronte a una nuova realtà venuta a sovrapporsi alle molteplici responsabilità ed attività che da sole riempivano già la mia giornata<sup>67</sup> (Torasso A. 1955. p. 1)

El reconocimiento del aérea y sus primeros contactos con esta realidad, en síntesis dejaron al descubierto las impresiones y sensaciones con las que se tendrían que convivir por largas décadas los Misioneros de la Consolata y en especial esta primera administración que tuvo que diseñar los caminos a varias generaciones de misioneros que arribaron a este Vicariato destinados desde la Dirección General. Así fue como el recorrido del padre Migani a lo largo y ancho de la Intendencia del Caquetá, junto con sus respectivas comprensión de lo que se le iba abriendo a su paso, fue fundamental para que se fuera incubando la idea de acreditar la zona con un imaginario positivo que se llegó transmitir hasta las altas instancias del gobierno nacional, por sus contactos con personalidades de la academia y de la sociedad bursátil de Colombia y el exterior.

Al estar los inicios de una obra siempre pasados por inconvenientes, la misión no estuvo exenta de esto, en ella se conjugaron las expectativas de los que llegaban con las que dejaban la región, pero que al no tener un desenlace pronto éstas mismas se transformaron con el paso del tiempo en angustias e incertidumbres, en las que también llegaron a participar el pueblo de Florencia y el Caquetá en general, por no encontrarse en la región un grupo mayor de misioneros, con flamantes proyectos pero con las manos atadas por falta de un regente que dinamizara las actividades correspondientes a esta instancia eclesial. Finalmente la muerte del padre Migani, no solamente deja desconcertado a los compañeros de misión sino que se truncará por un periodo de tiempo el ritmo que había tomado la misión después de la posesión de Monseñor Torasso, el 26 de abril de 1952, cuando las obra comenzaba a tomar forma en la mente en el corazón y en las manos de los misioneros.

---

<sup>67</sup> La muerte del padre Migani, verdadero apóstol ha convulsionado literalmente el curso de nuestra vida. Desde hace un año y medio él había asumido los varios problemas de la región, conocía a la perfección todo el personal docente, lo dirigía, lo nombraba, lo cambiaba y lo sustituía; más aún, tenían en mano todos los negocios de la parroquia de Florencia que exige la actividad de varios sacerdotes. Después de su muerte me he encontrado frente a una nueva realidad que ha venido a sobreponerse a las múltiples responsabilidades y actividades que por sí solas llenan ya mi jornada.



**Foto 7:** Funeral Padre Migani en la catedral de Florencia, 1952 (ACGMCR)

## CAPITULO 4

### 4. Las obras consolidan una parte de la misión del I.M.C. en el Caquetá

En este capítulo se abordarán las principales actividades de los Misioneros de la Consolata en el Vicariato de Florencia, en el período comprendido entre 1952-1960.

Se mencionará la colonización en el Caquetá, sus implicaciones sociales, religiosas y culturales, reseñadas en algunos estudios realizados durante los primeros años de la década de los sesenta. En ese entonces se creía que el destino del Caquetá era mantenerse al margen de la nación ya que existía una forma de gobierno tradicionalmente centralista, donde básicamente las decisiones emanaban de un mismo centro, sin tener en cuenta las diferencias culturales sobre las cuales influye.

Al señalar el desarrollo de los proyectos soñados tanto por la misión como por el mismo pueblo, conviene detallar cómo se llevaron a cabo dichos procesos. Para tal fin se indicará la concepción de colonización reinante en el lugar, tipificada en algunas experiencias que antecedieron a la de la nueva misión y, por consiguiente, la posición de ésta frente a la realidad. Así mismo, se mostrarán los logros materiales y espirituales que, en la década arriba citada, alcanzaron los hijos de José Allamano en el Caquetá.

Para responder a las necesidades sociales, la misión emprendió varias iniciativas que contribuyeron a la formación y al reconocimiento de una identidad y de una forma de existir en esta tierra, resignificando algunas de las dimensiones de la vida social de los caqueteños, basándose en la educación formal e informal, la salud y la construcción de vías de comunicación.

Acciones que posteriormente serán valoradas en términos de civilización<sup>68</sup>, teniendo en cuenta el número de construcciones en los primeros cinco años de vida activa de los misioneros en la región. Y como complemento a esta civilización concretada en obras, se añade la formación religiosa, es decir, la actividad pastoral que consistió en diseñar programas de unificación social, moral y territorial, por medio de peregrinaciones con la

---

<sup>68</sup> Dado el territorio y el Convenio de Misiones, la misma institución eclesiástica es la primera en valorar estas actividades en términos de civilización. De hecho, la Revista de las Obras Misionales Pontificias, que se citará más adelante, está llena de estos calificativos. Igualmente, el mismo gobierno central miraba este tipo de obras como una forma de presencia institucional en estas comunidades.

imagen del Corazón Inmaculado de María, recientemente declarada Patrona del Vicariato.

#### **4.1. Razones por las que se legitimaba la colonización en el Caquetá**

La colonización en términos de desplazamiento de personas a lugares poco poblados especialmente hacia la región del Caquetá, tiene diferentes fechas como motivos por los cuales se dieron estos fenómenos de movilidad.

A finales del siglo XIX y principios del XX, se presenta una colonización espontánea motivada en primer lugar por la búsqueda de nuevas oportunidades, entre ellas la defensa de la vida. Con el transcurrir de los años, el proceso de colonización fue teniendo un matiz diferente, de acuerdo con Nelcy Almario: “en el país se conocen tres clases de colonización. 1. Espontánea, realizada por iniciativa propia y sin ayuda del gobierno. 2. Dirigida, se organiza en la selección del asentamiento y de los colonos por parte del gobierno. 3. Orientada, es voluntaria pero con apoyo posterior del gobierno a través de la inversión en infraestructura”. (Almario, N. 1987. p. 21)

En cuanto a los periodos, su punto de partida se da con la expedición de la ley 45 de 1870, la cual impulsó la colonización de estos territorios por parte de campesinos sin tierra y empresarios nacionales y extranjeros. Posteriormente en el siglo XX, se produjo la zonificación del país en diversos territorios de misiones, proyectándose legalmente en 1953, a través de la convención sobre misiones entre la Santa Sede y el Estado colombiano, por medio de la cual se estableció, por ejemplo, el vicariato de Florencia.

A partir de la posguerra de los Mil Días, se mantuvo la migración de campesinos desplazados por el latifundio huilense. Esta población llegó a ocupar la zona del piedemonte caqueteño que había sido habitada por los Andaquíes en el siglo XIX. Tiempo en el cual, hicieron presencia nuevamente los Misioneros Capuchinos, afincándose en la zona de manera más significativa. Una de sus labores más importante fue la de lograr la transformación del lugar, el cual pasó de ser una agencia de la economía extractiva a convertirse en ciudad capital del Caquetá, esto como consecuencia del trabajo propiciado por los misioneros antes mencionados.

Por otro lado en 1932, los peruanos ocuparon Leticia y se inició el conflicto que determinaría el inicio de la presencia estatal en la Amazonía colombiana. Este conflicto

de Colombia con el Perú, posibilitó la permanencia de algunos militares retirados en la zona para defender la soberanía y proteger los bienes de la población, después de la confrontación bélica.

El denominado “periodo de la violencia” también llevó abundantes migrantes al Caquetá. En dicho periodo, además de la violencia política partidista, se dieron “factores de orden económico”<sup>69</sup>, (Sinchi. 2000. p. 43) que pusieron en vilo a los colombianos tanto en las zonas menos pobladas como en las ciudades de mayor auge económico: “De una parte, las ciudades y los sectores económicos en auge, pero con limitaciones para convertirse en los ejes de la urbanización y el empleo, la construcción y la industria, con la perspectiva de vincularse, mediante salario, como la mano de obra no calificada; de otra parte, la frontera agrícola del país, con la perspectiva de la recomposición de su economía rural familiar en tierras baldías de la nación” (Sinchi. 2000. p. 43)

Los Misioneros de la Consolata, en esta época y en esta realidad, fueron parte activa de esta colonización y se comprometieron con esta región con responsabilidad y dedicación tal como se analizará a continuación.

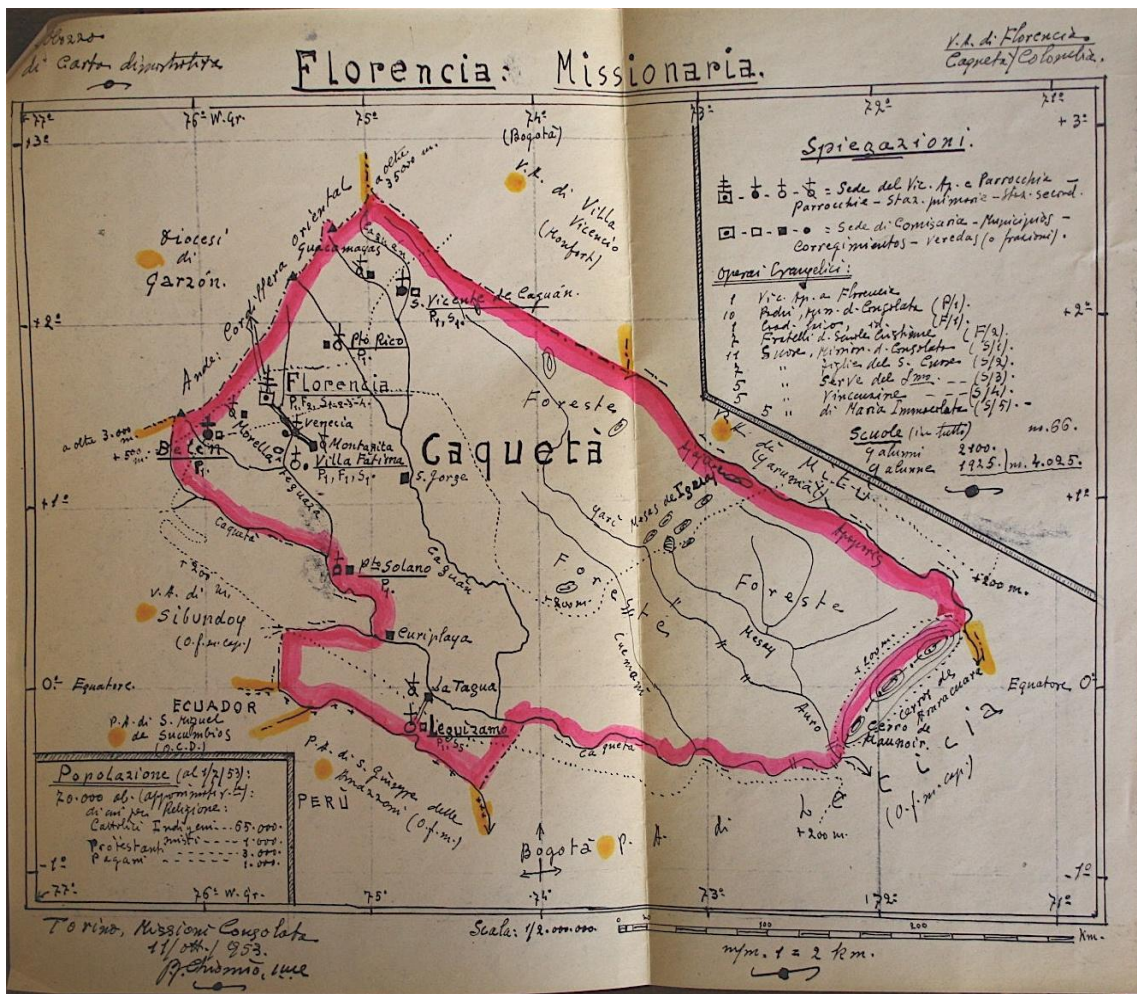
#### **4.2. Los Misioneros y la Colonización**

Como los colonos, los Misioneros de la Consolata, en cierto sentido, amaban la aventura, la exploración de selvas y ríos y estaban decididos a forjar un mejor futuro para el Caquetá. Ellos traían consigo la convicción de lograrlo tanto con las manos como con las ideas. Con las manos, por lo que físicamente hicieron y con las ideas, por los proyectos que diseñaron y la orientación que ofrecieron a todos aquellos que

---

<sup>69</sup> El modelo de modernización agraria que imponía la expansión del modelo latifundista en la distribución de la propiedad rural y la especialización del agro, por vía de la incorporación de capital, requería cambios en la estructura productiva agraria frente a las tradicionales formas de producción rural, en detrimento de la pequeña propiedad y economía campesina.





**Mapa 4: Florençia Misionera, 1950 (ACPMCB)**

los misioneros no fue el fruto de un desarraigo forzoso, sino algo deseado, programado y consultado, en lo cual primaron expectativas de un alcance mayor, como eran las de lograr que esa región fuera un modelo de civilidad y de progreso material, espiritual y religioso.

Ese entusiasmo era el que transmitían los primeros misioneros en sus lugares de trabajo y fue lo que ofreció el nuevo Vicario Apostólico, Monseñor Antonio María Torasso, en la homilía de posesión. En ésta ofreció a su feligresía una contundente exhortación al trabajo y al compromiso y los invitó a unirse para formar un solo cuerpo, como lo presenta la figura bíblica del buen pastor y las ovejas. Con las siguientes palabras de preámbulo, expresa su sentimiento religioso y la decisión de construir una sociedad



renovada: “Permitidnos, pues, que a la luz de esta parábola evangélica, os expresemos nuestro sentimiento y tracemos el derrotero de nuestro camino”.

Dice ante todo Jesucristo que el buen pastor sacrifica su vida por sus ovejas. Y en ¿dónde encontraremos palabras más adecuadas para decir los sentimientos con que llegamos hoy a esta ciudad? ¿No es acaso para sacrificar nuestra vida por vuestras almas? ¿Y no podéis acaso estar seguros de que nuestro tiempo, nuestra salud, nuestras energías y capacidades, toda nuestra vida estará consagrada de hoy en adelante a vuestra salvación?

Si no tuviéramos tales sentimientos, no sentiríamos ser vuestro pastor y no nos atreveríamos a traer en la mano este cayado. Podéis, pues, estar seguros, de que no tenemos ninguna otra ilusión, ni otra ambición, ni otro pensamiento que el sacrificar nuestra vida por la vida de vuestras almas, y merecer así ante Dios el título de los pastores buenos.

Y si podemos asegurarle esto de nuestra persona, otro tanto diremos de los misioneros que nos acompañan: ellos vienen a trabajar con abnegación y desprendimiento en vuestros campos y ciudades.

(...) El buen pastor conoce sus ovejas, y sus ovejas lo conocen a él y escuchan su voz. Esas palabras deben de aplicarse directamente a Jesucristo; y en ese sentido son el resumen de lo que juzgamos principal en nuestro programa. Que vosotros conozcáis a Cristo, que vuestras inteligencias se abran plenamente a la luz de su doctrina, que escuchéis sus divinas enseñanzas y aprendáis a distinguir su voz entre el rumor de las falsas y erróneas doctrinas de sus enemigos: esa será la meta de todos nuestros esfuerzos, predicar la verdad, enseñar el camino seguro de la salvación.

Por eso la predicación continua en todas las iglesias y capillas de nuestro Vicariato, la enseñanza del catecismo para los niños y los adultos, el aumento de las escuelas, una vigilancia continua sobre ellas, la difusión de la buena prensa y todo aquello que pueda contribuir a la propagación e ilustración de vuestra fe ocupará el primer lugar en nuestras preocupaciones ordinarias (Torasso, A. Homilía. 1952).

La homilía de posesión ofrece un proyecto programático que permeará y orientará la misión del nuevo pastor y de sus colaboradores. El nuevo Obispo se define a sí mismo como pastor y acoge al pueblo a él confiado como a sus ovejas. Desde su perspectiva, todos (Obispo, colaboradores y feligresía) debían comprometerse en favor de la unidad y del cuidado que haga posible el bienestar integral, vale decir, bienestar humano y espiritual. Como Cristo, el pastor quiere ser un buen pastor, quiere dedicar su tiempo, su salud, sus energías y sus capacidades a la salvación de sus ovejas; en fin, se dispone a sacrificarse por el bien de su rebaño. Son perceptibles algunas disposiciones que implican exigencias.

Después de la persuasión inicial –como en los guiones de cine – ya tiene la atención de la gente. Ahora puede problematizar, proponer y comprometer a sus interlocutores. Es con la participación, colaboración y escucha como se podrán obtener los mejores resultados. El programa misionero que lanza el nuevo Obispo es promisorio y desafiante a la vez. Exige comunión de intentos entre pastor y feligresía y entre pastor y misioneros. Entre ellos debe haber conocimiento y atención mutuos. Debe prevalecer el espíritu de comunión, pues será eso lo que permitirá conocer a Cristo, abrirse y aprender su enseñanza y doctrina<sup>70</sup>, con base en la continua predicación en las iglesias y capillas del Vicariato, la enseñanza del catecismo para niños y adultos, el aumento de escuelas y su estricta vigilancia, la difusión de la buena prensa y todo aquello que pueda contribuir a la propagación e iluminación de la fe.

Para los misioneros de la Consolata, la posesión del nuevo Obispo como Vicario Apostólico del Caquetá fue la concreción del sueño de tener una misión independiente, asignada directamente por Propaganda Fide. También se convirtió en el reto de construir un modelo tanto terrenal como espiritual, dado que, desde su punto de vista en la zona todo estaba por hacer, era un territorio por formar, estructurar y proyectar. Y la Homilía del nuevo obispo presentaba un programa con una visión progresista. Y estos primeros sacerdotes italianos entendieron muy bien ese programa y lo asumieron y lucharon por él y lo ejecutaron en esas primeras décadas de la misión, con disponibilidad, entre aciertos y desaciertos.

El obispo junto a sus misioneros saben que necesitan de la unidad en las ideas y del trabajo en equipo<sup>71</sup>, aunque estén espacialmente distantes. También son conscientes de que requieren de la participación activa de la comunidad, pues, si logran ser promotores de desarrollo tendrán un punto a su favor, porque lo que más trabajo cuesta es iniciar las obras. Comenzar siempre es difícil. Si hay obras en desarrollo hay de qué hablar. Afortunadamente los misioneros tenían contactos a nivel internacional y, además, una buena relación con el gobierno nacional. Por ello, su objetivo se hacía realizable, al menos en la idea, en la medida que pudieran atar adecuadamente los cabos en los diferentes escenarios de acción.

---

<sup>70</sup> Se trata de la sana doctrina y no de aquella difundida por los denominados enemigos de Cristo.

<sup>71</sup> Para un misionero el trabajo en comunidad es un principio de la vida Religiosa, sobre todo en lo concerniente a la puesta en práctica de proyectos en la zona del Vicariato. Para dicho proceso era considerado relevante el consenso del equipo de misionero.

Además de la contundencia de las palabras del nuevo Obispo, sus ideas fueron reforzadas con su escudo, donde se lee: “Ut palma florebit”, “florecerá como una palma”. Es posible que el escudo, con el símbolo de la palma, indique que así será su administración en el Caquetá. Quienes vivieron este itinerario escribieron tratando de interpretar la simbología del mismo: “Traccia il suo programma per la fioritura spirituale e materiale di questa regione... Non mi daró pace finché vedró un povero, un infelice che piange, finché non vi saró pace in tutta la regione del Caquetá, in tutti i cuori...”<sup>72</sup> (Fussaroli, G. p. 57). El Obispo estaba muy comprometido con la fuerza de las palabras que había dirigido al pueblo y acompañó su propia convicción con el poder del símbolo.

De acuerdo con las expectativas generadas, se va perfilando, según el padre Álvaro López, una consigna metodológica para realizar la misión: “civilizar primero que evangelizar”<sup>73</sup> (López, A. 2001. p. 25). Para tal fin era necesario el conocimiento del territorio, de sus habitantes y de sus potencialidades. Esa fue la tarea que realizó el padre Migani. Ahora, esa consolidación necesitaba la presencia constante del misionero en los pueblos de mayor concentración de gente y las visitas permanentes a los demás caseríos. Esta fue una de las mayores diferencias entre esta misión y la anterior que solo llegaba esporádicamente a las comunidades lejanas. Por eso, pasaban años sin que éstas fueran visitadas por el cura.

En este orden de ideas, al inicio, lo fundamental para la misión no fue presentar los principios del evangelio, sino organizar y estructurar una nueva sociedad. No renunciaron a los principios del evangelio; tampoco los impusieron a la fuerza. Para

---

<sup>72</sup> Traza su programa para el florecimiento espiritual y material de esta región...No me dará paz, hasta que vea un pobre, un infeliz que llora, hasta que haya paz en toda la región del Caquetá, en todo los corazones...

<sup>73</sup> En referencia al concepto mencionado importa tener en cuenta que éste al ser considerado una metodología de la misión del siglo XX, se diferencia sustancialmente de la significatividad que dicha acepción poseía en el contexto del siglo XVI, pues las misiones en Latinoamérica en el tiempo antes mencionado estaban destinadas casi en su mayoría al trabajo con la población indígena, en las que se quiso implantar la cultura del misionero. El presupuesto de estos para entonces, partía del principio que al indígena había que hacerlo digno de ser cristiano, por lo tanto su primera tarea era la de civilizar transmitiéndoles sus costumbres y comportamientos.

Por otro lado y aludiendo a la misión de la Consolata en el Caquetá se postula nuevamente este concepto pero con presupuestos diferentes, primero que la población a la que se acompañaba misioneramente no estaba compuesta por indígenas, -considerando la existencia de algunos de éstos grupos étnicos en la zona-. Segundo la concepción de civilización estaba vinculada a los medios que proporcionarían un mejor nivel de vida, entre los cuales vale considerar: salud, educación, etc. Espacio dentro de los cuales los misioneros se desempeñaron en los primeros años de su trabajo. Borges M. Pedro, (1987), *Misión y Civilización en América*, México, Alhambra.

lograr sus objetivos los misioneros privilegiaron el diálogo con todos los agentes activos del Caquetá: con los gremios de la salud y la educación, con los comerciantes, con los militares y con los políticos, entre otros; así como con los subversivos e indígenas, para evitar distorsionar la comunión social, la unidad de criterios y la fuerza del progreso. A partir de los encuentros efectuados con los diversos grupos, las inquietudes manifestadas por ellos fueron elementos importantes a la hora del discernimiento y ejecución de los proyectos pensados para la zona, esto con la finalidad de ampliar el horizonte en relación con las problemáticas que afectaban a la población<sup>74</sup>.

### **4.3. Expresiones de receptividad a la Misión**

Algunas reacciones a la propuesta inicial de Monseñor Torasso en el momento de su posesión, se hicieron sentir elocuente y poéticamente, unos días después, en un acto protocolario en el cual se daba la bienvenida formal al primer Vicario Apostólico del Caquetá y en el que también se hizo memoria solemne del Padre fundador de los Misioneros y Misioneras de la Consolata, por los cincuenta años de vida y misión del Instituto y la partida definitiva de los cinco misioneros Capuchinos, entre los cuales se contaba el superior local el padre Marcelino Cayes.

En el desarrollo del encuentro conmemorativo quienes disertaron fueron delegados del magisterio y de la iglesia, en la figura de un seminarista y el padre Migani. Quien también quiso referirse al acontecimiento fue un representante de los intelectuales, al cual le habían recomendado incluir en su discurso, además de la llegada de los Misioneros de la Consolata en el Caquetá, los otros dos motivos de celebración.

Cada uno de los que intervinieron tenían motivos para hacerlo y eso lo dejaron plasmado en sus intervenciones cargadas de elocuencia protocolaria. El representante de los profesores, parafraseando a un poeta que no mencionó, expresó por medio de un verso las expectativas que le generaba la Misión con respecto a su agremiación: “Es así

---

<sup>74</sup> De acuerdo con la consigna con la que llegaron al Caquetá los primeros tres misioneros que antecedieron a la entrada oficial, que era “para que convivieran algún tiempo con los padres Capuchinos y conocieran lugares, tareas y problemas” (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 54) y con los testimonios de sus acciones y recorridos que ofrecen los diarios de visitas a diferentes comunidades, con el fin de conocer su realidad y desde luego sus apreciaciones sobre la misma se lograron hacer un mapa mental de lo que era y representaba el conjunto de la población, contando hasta con los agentes al margen de la ley y las comunidades indígenas, esto en relación a un trabajo de campo y en la ciudad fue algo de mayor acceso, puesto que los misioneros tenían contacto directo con los diferentes círculos sociales existentes.

como venciendo mi modestia y rebosando de entusiasmo y con mi característica buena voluntad me propongo hacer este símil con las palabras del poeta:

“Y en los apriscos se arremolinan  
limpias manadas en crispadas olas  
como se agrupan las amapolas  
y los jazmines en el jardín.

Aceptad esta oportuna comparación porque en realidad aquí están en el aprisco los rebaños de almas de las veredas y aldeas de tu basta grey; presentes los unos en espíritu y los otros en persona para daros la bienvenida, para ofrecerse en espíritu y materia, para recibir y acatar tus mandatos y para recibir el gran beneficio de la gracia.

Aquí están los niños alegres como los arroyos juguetones, como los corderillos del Buen Pastor, con sus almas puras y blancas como lirios y azucenas; delicados y tiernos como gotas de rocío, salpicados de gracia y encanto juvenil, cantando en su inocencia todo lo bueno que posee su blando corazón. Estas que son las almas consentidas del Señor, están diciendo en su lenguaje rústico –bienvenido sea el Señor Obispo – que nos bendiga para que seamos buenos. Estos niños rebaños de tu aprisco, con su corazón tierno, con su pensamiento infantil, con sus cariñosas sonrisas y miradas esperan reverentes su paternal bendición” (El Magisterio Rural. 3 de mayo de 1952)

Con una aproximación hermenéutica tanto al verso como a su aplicación, se puede decir que ellos presentan una realidad existencial, junto con sus deseos, asimismo incluyen en su discurso a los niños quienes son los destinatarios de su acción y con ellos las realidades que hacen parte de sus núcleos familiares: “En todos parece adivinarse una queja muy grande; en cuantos rostros se adivina la quejadumbre de las viudas desconsoladas que lloran la partida sin retorno de los seres queridos. El lamento solitario de los que tras las rejas recibe en silencio el peso de la justicia. El llanto de los niños y huérfanos desamparados que piden pan y abrigo. Aquí, las heridas abiertas esperando la unción del bálsamo cicatrizante de la caridad cristiana” (Magisterio Rural. 3 de mayo de 1952)

Esta es la realidad sobre todo del campo caqueteño, que por razones de precariedad los misioneros llaman abandono, ignorancia, pobreza y violencia, esto deja como consecuencia lo expresado por los profesores, los cuales por su condición de trabajo tienen conocimiento directo de estas penosas circunstancias que afectaban a muchas personas del lugar. Dichas observaciones eran quizás poco conocidas por la oficialidad, es decir, por los representantes del gobierno intendencial, que si bien fueron reportadas

quedaron en el olvido. Ahora con la presencia de las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, era por supuesto oportuno, expresarlo con las entrañas de quienes, sin haber sido escuchados, tienen la oportunidad de volverlo hacer, en actos públicos como éste, en términos conmovedores.

Muy relacionado con el discurso del representante del magisterio rural, estuvo lo dicho por el padre Migani, quien asocia tanto el acto de posesión como el momento presente, para señalar una vez más el compromiso de la misión y la recepción del pueblo, por sus manifestaciones de acogida y de aprecio. Al respecto su comentario es: “La semana que está para terminar va demostrando en forma clara que vosotros habéis comprendido nuestros sentimientos y los festejos que habéis preparado hablan claramente que el hogar está constituido y que ninguna fuerza humana podrá de hoy en adelante separar los padres de los hijos” (Florencia. Mayo de 1952). Este compromiso se concatena con lo expresado por el representante del magisterio rural.

El padre Migani, sustentó sus palabras a partir de la juventud de su congregación y la energía corporal de sus mejores momentos de ardor misionero – desconociendo que se hallaba en la recta final de su existencia –. Dijo: “Hoy celebramos cincuenta años de vida, muchos en la vida de un hombre, pocos en la vida de una Congregación. Somos todavía jóvenes en la vida de la iglesia y de los jóvenes tenemos el entusiasmo, la vitalidad, el ansia del trabajo. Somos jóvenes que cuentan con un largo trabajo cumplido en la Casa del Padre, jóvenes soldados que por Cristo se han repartido el mundo, para dar al mundo a Cristo y Cristo a los hombres”. (Florencia. Mayo de 1952)

Las palabras por parte de la iglesia local no tuvieron el sentido revelador de los profesores, ni algo que expresara la problemática social, dentro de la cual se enmarcaron las anteriores referencias. Gustavo Ortega, el seminarista que habló, orientó su intervención a la despedida de los Misioneros Capuchinos e hizo énfasis en el estado de orfandad en el que quedaba el pueblo caqueteño. Al referirse a Monseñor Torasso, lo hizo utilizando un alto lenguaje eclesiástico: “Ninguno más apropiado que vos, Excelentísimo Señor Torasso, para remplazar a nuestro Padre que hoy se ausenta. Desde hoy, Excelentísimo Señor Torasso, quedáis constituido en Príncipe y Pontífice de la Iglesia del Caquetá. Daréis a nuestras almas con la plenitud de vuestro sacerdocio todas las gracias que Dios deposite en vuestras manos pastorales” (Ortega, G. 3 de mayo de 1952).

David Rivera<sup>75</sup> fue el encargado de concluir el encuentro conmemorativo, en el cual es abundante la alusión al cincuentenario del Instituto y al centenario del Padre José Allamano. En cuanto a la realidad local, Rivera nos da una ilustrativa comprensión del orden socio-político del momento: “Toda la intensa emoción que conmueve las fibras de mi espíritu al ver cómo nuestras mujeres, en conjugación de gracias y virtudes, con nuestros hombres que en lucha pertinaz con una naturaleza tropicalmente agresiva plasman su propio bienestar y el engrandecimiento nacional” (Rivera, D. 3 de mayo de 1952). Esto es una referencia a los colonos y campesinos que anhelaban un mejor mañana y cuya situación era deplorable en casi todos los aspectos.

Al ser una población advenediza que ya por esta razón le demandaba una cierta inestabilidad por el desprendimiento que haya tenido que hacer, para encontrarse haciendo parte de un nuevo concepto poblacional, como el de colono. En concomitancia con lo anterior se debe agregar que el campo colombiano ha sido de problemas sociales sin solución y con mucha más razón los lugares denominados de “frontera”, donde tanto los programas como las normas son diferentes, y porque no decir, casi inexistentes. Por lo tanto el colono que no contaba sino con el hacha y el machete para abrir una chagra en la inmensidad de la selva, no podía esperar muchos beneficios del fruto de su trabajo. Ya que el proceso de colonización se llevaba a cabo sin ninguna planificación, sin dirección técnica, ni apoyo financiero.

Asimismo, Rivera hace un reconocimiento a las autoridades civiles y militares relacionándolas con la nueva fuerza eclesiástica que están recibiendo:

Y nuestros varones que por los amplios cauces de la vida civil garantizan el ejercicio de los derechos de la comunidad, con los pudorosos soldados de la patria que en la hora de ahora acrecientan la tradicional lealtad y el perenne esplendor de las armas de la República, parece que forman los arcos del triunfo bajo los cuales transitan los victoriosos continuadores de las divinas enseñanzas del Gran Crucificado, portando en alto los estandartes de la paz. Donde el perdón y la misericordia estamparán la bendición de sus sonrisas, pese al materialismo que desde las estepas de la Rusia estaliniana avanza en diabólica cuadriga, amenazante y devastador, sobre los delicados campos donde la fe cristiana es la única norma redentora que hace posible la verdadera convivencia de los hombres (Rivera, D. 3 de mayo de 1952)

---

<sup>75</sup> Según los Apuntes sobre Monseñor Torasso “una de las mejores plumas del Huila”, familiar del poeta José Eustasio Rivera, que estaba pernctando en esos días en la ciudad de Florencia Caquetá y que representaba de alguna manera a la clase intelectual y pudiente de la región.

Era algo obligado que en un recibimiento como el que le estaban haciendo a los Misioneros de la Consolata, se hablara de temas que trascendían el ámbito local y nacional, por las repercusiones que estos estaban teniendo en la sociedad colombiana. Por entonces la paranoia, entre los grupos políticos tradicionales era la de supuestos complot de los unos hacia los otros para derrocarlos del poder, dentro de las cuales la Iglesia era percibida como sospechosa de conspirar y promover movimientos orientados a tal fin, lo que significa que la “Guerra Fría” permeó hasta las más sutiles relaciones entre instituciones y mucho más en grupos que se decían ser portadores de ideas extranjeras, tanto del Este como del Vaticano y de igual manera de la España franquista, desde donde hubo alguna chispa de inspiración para consolidar en Colombia.

#### **4.4. Después de la efervescencia de las palabras**

El comienzo de la misión y la ejecución del programa de trabajo no fueron fáciles. Los misioneros capuchinos querían entregar este territorio y, por ello, en alguna forma, lo tenían descuidado, principalmente durante la última parte de la década del cuarenta, época durante la cual se intensificaron los problemas porque fue más intensa la migración a esas tierras y, en consecuencia, se hacía más imperativo un buen acompañamiento social y pastoral.

Este fue el tiempo de llamada “época de la violencia”, tiempo en el cual se dieron múltiples movimientos migratorios a diversas zonas del país, una de ellas el Caquetá. Llegaron miles de personas sin ningún plan ni acompañamiento alguno. La asistencia de los misioneros era considerada como necesaria para esta población desorientada.

Cuando el Vaticano adjudicó este territorio al I.M.C., las actividades eclesiales se paralizaron. La situación se agravó porque el nombramiento del nuevo Vicario Apostólico se demoró demasiado. Hubo caos y las cosas solo se empezaron a solucionar cuando Monseñor Torasso se posesionó, tal como se señaló en el capítulo 3.

En este contexto se da la entrada de Monseñor Torasso. Sus palabras, su compromiso de trabajo y el entusiasmo que mostraron con él los demás misioneros hicieron que un sector de la población viera en ellos la solución inmediata a muchos de sus problemas. Por ello, precipitadamente, llegan de las diferentes partes de la Intendencia solicitudes de apoyo sintetizadas en “la visita de un padre a sus localidades, de formación



catequética, la construcción de una escuela, de una capilla, etc.”<sup>76</sup> (Torasso, A. Informe. 1953)

Las demandas de la gente se relacionaban con los grandes problemas sociales, entre ellos el de la educación, que necesitaba personal docente calificado para los diferentes géneros poblacionales. Además, urgían unas buenas relaciones con los grupos dominantes de la ciudad. Monseñor Torasso, en una carta, analiza descriptivamente cómo fueron esos momentos de su llegada al Vicariato de Florencia: “ Vi sono que tutti i problemi di una nuova Missione e quelli di un paese già avviato nella civiltà e nelle esigenze della vita moderna. problemi di indole politica, religiosa, sociale, scolastica ecc. V. P. conosce che una regione di 70.000 cattolici che dipendano nella massima parte delle loro attività dagli organi cattolici e che devono dirigersi per qualunque affare, anche civile, all’ Autorità Ecclesiastica”<sup>77</sup> (Torasso, A. Informe. 1953).

Para los Misioneros de la Consolata los valores predominantes de la evangelización son la justicia y la paz (Sales, L. 1977). Estos valores estaban alterados por acciones de varios grupos humanos de la zona. Por ello, el Obispo y sus Misioneros decidieron empezar su acción profética tratando de restablecer dichos valores. Como este era un problema fundamental y derivado de los desórdenes públicos protagonizados en San Vicente del Caguán que llevaron a la destrucción del poblado, el Obispo se dedicó a darle respuesta empezando por el lado jurídico. Así, pues, Monseñor Torasso, con la idea de pacificar a las fuerzas beligerantes, lanzó una campaña por la paz con la que pretendía llegar tanto a los subversivos, como a las autoridades constitucionales con el fin de sacar de la cárcel de Florencia a varios centenares de personas acusadas de ser colaboradores del bandolerismo, concentrado en el suroccidente de la Intendencia.

Liberar a los presos implicó para los Misioneros y el Obispo buscar contactos a nivel local y nacional, además de inversiones de tiempo y dinero. También les granjearon problemas tanto con las autoridades militares, a las cuales no les interesaba resolver la situación jurídica de esta población que ya llevaba varios meses en la capital, en precarias condiciones humanas, como con el grupo de abogados de oficio que pretendían sacar provecho económico de esta deprimente situación.

---

<sup>76</sup> Un año después de haber recibido el Vicariato.

<sup>77</sup> En fin, todos los problemas de una nueva misión y de un pueblo ya orientado hacia la civilización y en las exigencias de la vida moderna; problemas de índole política, religiosa y social, escolástica etc. V. P. conoce que una región de 70.000 católicos, que depende en su máxima parte de su actividad, de los organismos católicos y que deben dirigirse a cualquier cosa, aunque civil a la autoridad eclesiástica.

Personalmente andavo alle carceri a ricevere le debite informazioni sui singoli individui e quando risultava chiara la loro innocenza, me li facevo consegnare e sul jeep li portavo dal Giudice Straordinario che era venuto da Bogotá perché nel piú breve tempo possibile si considerasse il loro caso e fossero messi in libertà... Vi erano in città vari avvocati venuti pure da Bogotá per approfittare una buona occasione a danno di tanta povera gente  
<sup>78</sup>(Torasso, A. Informe. 1953)

De esta manera San Vicente volvió a tener quien trabajara principalmente en el campo donde ya no se encontraba nada para cosechar porque no había quien sembrara. Mientras tanto, las incursiones de los bandoleros hacían cada vez más problemática la vida en esta región noroccidental de la Intendencia del Caquetá. El Párroco de San Vicente presentó una relación del modo en que vivieron el llamado a la paz que hizo el Obispo Torasso. La población recibió alborozada esta noticia. Su alegría se expresó mediante grandes procesiones religiosas, celebración de sacramentos y participación en las actividades de la parroquia: “Actuando gustosamente a su llamamiento Pro Paz, se celebró el día pro paz; se escogió el día del Corpus Christi, precedido con rosario solemne por la calles, con antorchas, nunca antes visto por acá” (Demichelis, G. 18 de junio de 1952).

El Padre Demichelis, en una carta de finales del año de la gran campaña por la paz, presenta con gran esperanza un nuevo proyecto, más ofensivo que de pacificación: “Stiamo nel pregetto di un altro piano per la sicurezza della regione. Si sta organizzando “los guerrilleros de la paz” ossia gruppetti di uomini armati che se la passiano percorrendo la campagna e appena vedano traccie di bandoleros, seguirli fino alla distruzione, e il miglior e l'unico modo, speriamo diano buoni risultati”<sup>79</sup> (Demichelis, G. 18 de diciembre de 1952). Lo que significa que la campaña por la paz propuesta por el Obispo no logró los efectos esperados y que, por tanto, decidieron obrar de una manera ofensiva, respondiendo a la violencia con la misma dosis.

Al parecer la decisión de hacerse una defensa armada con miembros de la misma comunidad obedeció a dos factores, primero por los constantes ataques a los que se

---

<sup>78</sup> Personalmente iba a las cárceles a revivir la debida información de cada uno de sus miembros y cuando resultaba clara su inocencia, me lo hacía entregar y en el carro lo llevaba al juez extraordinario que había venido desde Bogotá, para que en el menor tiempo posible se considerara su caso y fuese puesto en libertad... Había en la ciudad varios abogados venidos de Bogotá, para aprovecharse de una buena ocasión a costa de la pobre gente.

<sup>79</sup> Estamos en el proyecto de otro plan para la seguridad de la región. Se están organizando los “guerrilleros de la paz”, es decir, de grupitos de hombres armados, que recorren el campo y apenas ven rastros de bandoleros, seguirlos hasta la destrucción, es el mejor y el único modo, esperemos que de resultados.

vieron sometidos por los insurgentes cada vez más despiadados, utilizando todo tipo de vejámenes para conseguir recursos que les permitiera sobrevivir en la zona; después de una de las incursiones uno de los misioneros hace una descripción de lo sucedido y tan sólo logra identificar a estos hombres con el malvado Atila, de quien se dice, fue el más sanguinario rey de los Hunos y segundo, por la incapacidad de la fuerza pública de ir al rescate de 60 personas que se habían llevado secuestrados hacía los límites del Guayabero, de los cuales se conoció la muerte de algunos por no obtener lo que pedían por ellos y para presionar a los demás.

El interés por la paz, en los años cincuenta, era una prioridad a nivel nacional e internacional. En esos días el Papa Pío XII había exhortado al mundo católico a la reconstrucción del mundo “desde los cimientos, que es necesario transformar de salvaje en humano, de humano en divino” (Pío XII. Exhortación. 1952), propósito que en la Iglesia colombiana, a nivel de jerarquía, estaba tomando cuerpo con la organización del “Comité pro paz” y del “Comité Nacional Católico de la Cruzada de la paz”, de los cuales hicieron miembro a Monseñor Torasso, “entre otros obispos, sacerdotes y seglares que tratan a alto nivel, cómo pacificar el país” (Apuntes sobre Monseñor Torasso, p, 65). Esta situación fue analizada en el primer capítulo del presente trabajo.

Y así, lo externo se materializó en organismos que motivaron y organizaron a nivel general actos religiosos y cívicos que tuvieron como finalidad la toma de conciencia de la fraternidad entre miembros de un mismo pueblo. En este sentido las diferentes Diócesis, Vicariatos y Prefecturas estaban en el deber de promover movilizaciones enmarcadas en este fin. En el Vicariato de Florencia se orientó según las problemáticas propias de la región, con algunos resultados parciales pero sin satisfacer las prioridades de quienes por opción se hallaban en la clandestinidad; ya que para ellos esas acciones no cambiaban en nada la realidad que estaba viviendo la región. Para transformar esa realidad los cambios tenían que ser estructurales, es decir, de políticas de gobierno.

En síntesis, la misión se gestó tomando en cuenta dos dimensiones fundamentales: La dimensión material y la dimensión espiritual. Las dos se complementan. Sin embargo, para efectos de la investigación, conviene separarlas para analizar en cada una sus métodos, estrategias e impacto en las diferentes comunidades a lo largo y ancho del Caquetá. Es importante señalar que las denominadas obras materiales cuentan con un registro de logros alcanzados en un determinado tiempo, mientras que las espirituales no

han sido cuantificadas para ser presentadas como logros de la misión. Pero éstas últimas han sido las que le han abierto la puerta a las obras y son fundamentales y esenciales para legitimar a la misión.

#### **4.5. Pasos de civilización**

Se integran en la misión los elementos de la colonización con los de la civilización (entendida ésta tal y como la concebían los misioneros), significando algunos adelantos que condujeron al desarrollo de establecimientos educativos, culturales, recreativos y de salud en diferentes localidades del Vicariato. Estos adelantos se hicieron visibles en la primera década de la acción evangelizadora de los Misioneros de la Consolata, en virtud de su deseo de promover espacios de mayor convivencia y bienestar, iniciativas respaldadas por la política, y algunas veces, por aportes económicos del Estado. Los Misioneros hicieron todo lo posible por gestionar y realizar en sus comunidades locales los proyectos que se pudiesen financiar con los recursos proporcionados por el Gobierno.

Por consiguiente, el trabajo no se podía postergar más, las necesidades apremiaban y el personal acababa de proclamar con decisión el plan que conduciría a la reestructuración social, sustentada en los principios de la justicia y la paz, con decididas consignas de civilización y matizado tesón evangelizador, de acuerdo con lo registrado por la Revista Tierra: “Así esta congregación pasó a ser rectora absoluta de la educación en la comarca, en la calidad de Inspección Nacional de Instrucción Pública que adjudica la ley a las misiones en los territorios nacionales” (Bonilla, V. D. 1966. p. 18). De esta manera, con el ánimo de obtener los mejores resultados se desplegaron diferentes iniciativas de orden de emergencia y otras de posterior proyección.

Antes de entrar directamente en lo concerniente al por qué y el cómo de las diferentes obras, es imprescindible indicar detalladamente cómo era la organización de los estudiantes y de los educadores.

#### **4.6. La educación y sus componentes**

Antes y después de la llegada de los Misioneros de la Consolata, la educación en este territorio había sido organizada, dirigida y ejecutada por comunidades religiosas. Eran ellas las que respondían por la administración de las instituciones educativas. Incluso,

algunos religiosos se dedicaban a la enseñanza. Los colegios eran sexualmente diferenciados, lo mismo que el cuerpo docente.

Las fuerzas docentes que estaban cumpliendo con el encargo educativo eran “Los Hermanos de la Salle y las Hermana de los Sagrados Corazones quienes dirigían respectivamente un colegio masculino y uno femenino en Florencia; los Hermanos de la Salle, además, coordinaban las escuelas primarias de la ciudad. Las Hermanas Siervas del Santísimo Sacramento coordinaban el Hospital civil, las Hermanas Vicentinas atendían al Hospital Militar de Venecia, las Hermanas Misioneras de la Madre Laura tenían el Colegio Femenino de Puerto Leguizamo”. (López, A. p. 81). A este grupo de religiosos se unirían las Hermanas de la Consolata, un año después de la toma de posesión de Monseñor Torasso.

Antes de la llegada de Monseñor Torasso, Florencia contaba con algunos centros educativos. Ellos eran el Colegio de la Salle, la Escuela Urbana de Niños y la Escuela Urbana de Niñas, la Escuela Artesanal La Salle y el Colegio de los Sagrados Corazones. Todos ellos a cargo de comunidades religiosas. Fuera de Florencia, el Vicariato contaba con seis escuelas, con un total de 75 estudiantes (F.A.P. Cinco años de labores, 1957, p. 4).

Pese a la situación alentadora encontrada, Monseñor Torasso tuvo que enfrentarse con serios problemas relacionados con la educación. Los Hermanos de la Salle y las Hermanas de los Sagrados Corazones habían decidido abandonar la región debido a varias razones, principalmente al incumplimiento de acuerdos hechos con anterioridad entre éstos (en la persona del Padre Marcelino Canyes y del Hermano Visitador, Alfonso Juan), el Intendente Carlos Jiménez y el Personero Municipal, Juan Puyo; acuerdos relativos a las casas de las comunidades religiosas y los locales para el internado (Carta de Monseñor Torasso al Padre Pich).

En este escenario, el 18 de junio de 1952, después de continuas insistencias, el Hermano Visitador, Alfonso Juan, daba un ultimátum al nuevo Intendente, Saúl Perdomo, en el que aseveraba que se iban a cumplir los cuatro años del contrato (eso el 31 de diciembre), pero sin que los locales hubieran sido ubicados y adecuados (Apuntes Monseñor Torasso, p. 66). En el ultimátum se ponía de manifiesto el afán de las comunidades religiosas de abandonar la región, algo que le cayó muy mal a Monseñor Torasso, puesto que aún estaba en los inicios de su administración.

Años después, Monseñor Torasso, mirando retrospectivamente el caso comenta: “corse subito la voce che questi se ne andavano e che erano i Missionari della Consolata la causa del disastro dalla chiusura del Collegio e Scuole maschili”<sup>80</sup>. Situación que quiso sortear contando con el apoyo de las autoridades civiles, sin tener éxito, porque, según él, “el Intendente no era muy sensible a sus obligaciones morales; además, había llegado pocos meses antes, hallando una desastrosa situación, dejada por su antecesor” (Apuntes sobre Monseñor Torasso, p, 66). En efecto, “ora la Missione, accettando l’amministrazione del Vicariato secondo il “Convenio de Misiones” diventava ipso facto pure la responsabile dell’educazione del territorio. Entrava così in giuoco subito la nostra responsabilità davanti all’opinione pubblica”<sup>81</sup> (Carta de Monseñor Torasso al Padre Pich).

Así fue como, aceleradamente, se dio inicio a la construcción de edificaciones que brindarían seguridad y bienestar tanto a los docentes como al alumnado en general. Como el elemento transversal que precede el inicio de las obras es la intrepidez, más que los recursos económicos, se detallará este primer paso que mostrará las muchas construcciones puestas al servicio tanto de la educación como de la salud y las vías de acceso que tenían la finalidad de acortar distancias y promover a las regiones. Lo primero que hicieron los misioneros fue compartir la dificultad entre ellos y decidieron aceptar el reto de construir un edificio que satisficiera la demanda tanto de los Hermanos de la Salle, como de la sociedad estudiantil<sup>82</sup>.

Efectivamente, el Obispo, en consenso con los Padres y consciente de las dificultades logísticas y económicas que demandaba dicho desafío, se comprometió, a “consagrar todos los recursos y auxilios de la Santa Sede para construir un nuevo colegio (...) incluyendo el sacrificio de aplazar otras obras para ellos muy urgentes, como la

---

<sup>80</sup> Corrió rápidamente la voz de que estos se iban y que eran los Misioneros de la Consolata la causa del desastre del cierre del colegio y de la escuela masculina.

<sup>81</sup> Entonces la misión, aceptando la administración del Vicariato según el “Convenio de Misiones” se volvía “ipso facto”, también la responsabilidad de la educación del territorio. Entraba así en juego de manera inmediata nuestra responsabilidad ante la opinión pública.

<sup>82</sup> Fue una de las peticiones expresas que hizo el gremio de los educadores, en la intervención en aquel encuentro que se dio en Florencia, ocho días después de la posesión del Vicario Apostólico.



**Foto 8:** Construcción del colegio La Salle, 1952 (ACGMCR)

construcción de sus propias casas curales” (Apuntes sobre Monseñor Torasso, p. 67). La tranquilidad al Hermano Visitador se la dio el mismo Señor Intendente en los siguientes términos: “El Vicario Apostólico tiene el magnífico proyecto de emprender la construcción de un edificio perfectamente acondicionado para las exigencias requeridas” (Perdomo, S. 20 de julio de 1952).

Con el préstamo de dinero a entidades nacionales e internacionales lograron adquirir el terreno, las herramientas, la mano de obra y el material necesario para que la construcción estuviera terminada en un año y medio. Según los Apuntes de Monseñor Torasso, se consiguieron prestados del exterior setenta mil pesos. A ese dinero se sumaron los recursos adquiridos en la comunidad local: “Y sirvió para colmar la inaplazable necesidad, tapar la boca a los criticones y acrecentar el crédito de los Misioneros de la Consolata, y ser como un punto de arranque, para un renacimiento espiritual y material de la población” (Apuntes sobre Monseñor Torasso, p, 68). En consecuencia, lo que la ciudadanía de Florencia y el Caquetá observaba era a una misión con capacidad de tomar decisiones y de obrar oportunamente, ante las

prioridades de la comunidad<sup>83</sup>. Eso les dio credibilidad y respaldo en sus iniciativas de trabajo.

Pero las dificultades no terminan allí. Monseñor Torasso tuvo que afrontar problemas relacionados con la acción misionera de comunidades presentes en su jurisdicción eclesiástica. Muchos de esos problemas tenían que ver con los Padres Capuchinos. Su Superior, el P. Marcelino Canyes, les había pedido a las Hermanas de los Sagrados Corazones (en la persona de su Superiora) que se fueran de la región, pues ellos (los Capuchinos) también se iban. “Padre Marcelino anzia aveva già detto alla Superiora delle suore de “Los SS. Corazones” che dovevano andarsene perché avendole importate lui, la sua responsabilità a loro riguardo cessava con la sua uscita”<sup>84</sup> (carta al Padre Pich). Esta situación demandó de Monseñor Torasso muchos trámites para lograr que las Hermanas permanecieran en el Vicariato y hacer posible la conciliación, apelando a terceros: “dovetti ricorrere alla Nunziatura per fermare le cose”<sup>85</sup> (carta al Padre Pich).

Además, el P. Marcelino había omitido su responsabilidad con relación a los Hermanos de la Salle. Otro conflicto que se registró entre los Misioneros de la Consolata y los Padres Capuchinos tenía que ver con Puerto Leguízamo. Esa región había dejado de pertenecer a Leticia para ser parte constitutiva del Vicariato de Florencia. Sin embargo, los Padres Capuchinos querían continuar manteniéndola bajo su control. “Ancora oggi da Letizia si stanno facendo segreti sforzi e gestioni presso il Governo perche decreti nuovamente i confini della regione come erano prima del '50, e vengano così modificati anche quelli ecclesiastici, che seguono sempre i limiti politici, ritornando in questa maniera Leguizamo ai Capuccini”<sup>86</sup> (carta al Padre Pich).

Puerto Leguízamo fue el único sitio en el que los Misioneros de la Consolata hallaron una fuerte oposición a su llegada. Tanto el pueblo y sus dirigentes, como la comunidad

---

<sup>83</sup> Trabajos como el de Graciela Uribe, Veníamos con una manotada de ambiciones (1998), que ha tenido como fuente fundamental el testimonio de un gran número de familias que fueron protagonistas de la colonización de la llamada época de la violencia, confirman que efectivamente los sacerdotes median los esfuerzos a las necesidades más apremiantes de las diversas comunidades diseminadas en la región.

<sup>84</sup> Es más, el padre Marcelino, había dicho a la superiora de las hermanas “los S.S. Corazones” que debían irse porque habiéndolas traído él, su responsabilidad al respecto terminaba con su salida.

<sup>85</sup> Debí recurrir a la Nunciatura para parar la cosa.

<sup>86</sup> Todavía hoy da alegría, se están haciendo en secreto esfuerzos y gestiones ante el gobierno para que decrete nuevamente los confines de la región como estaban antes del 50 y sean así modificados también aquellos eclesiásticos, que siguen siempre los límites políticos, devolviendo de esta manera Leguízamo a los Capuchinos.



estudiantil, ofrecieron fuerte resistencia. Hubo manifestaciones de descontento. La siguiente apreciación de Monseñor Torasso ayuda a comprender los términos en que se produjeron los hechos: “A Leguizamo il padre Pascual, Capuccino molto stimato dalla popolazione, veniva sostituito dal padre Marcellino. Il cambio aveva suscitato uno scontento generale nella popolazione. Informazioni e lamentele firmate dai principali del paese e dai Maestri arrivano al governo e specie al Ministero di Educazione, tutto ‘altro che lusinghieri per noi”<sup>87</sup>. (carta al Padre Pich).

Aunque la comunidad no logró cambiar la decisión, los Misioneros de la Consolata hicieron un fuerte trabajo de persuasión para poder obtener la confianza de la población que tenía cierta resistencia a la misión, ya que “E’ penoso poi far notare che gli antichi padri erano interessati nel far apprire una situazione anormale in questo centro dopo la loro uscita, perche avevano resistito fino all’ultimo alla inelusione di Leguizamo nel Vicariato del Caquetá”<sup>88</sup>. (carta al Padre Pich).

No menos problemático fue el choque entre las Hermanas de los Sagrados Corazones (responsables de la educación femenina) y los Misioneros de la Consolata. Malintencionadamente, se había difundido la noticia “che i Missionari della Consolata non avevano bisogno di Suore colombiana ma che si sarebbero portate de loro Suore Missionarie”<sup>89</sup> (Carta al Padre Pich). Se refería a las Misioneras de la Consolata que estaban por llegar al país en esos días, algunas con destinación al Caquetá, pero sin la intención de sustituir a ningún otro grupo religioso, sino, más bien, para fortalecer el proceso educativo en la zona.

Ya tenemos una cierta idea de lo conflictivo que fue el paso de la responsabilidad educativa capuchina a la Consolata en Florencia. Podríamos ahora preguntarnos sobre lo que sucedió en otras partes de la región, donde también había establecimientos educativos administrados por los padres capuchinos, y que, con su partida, se exigían cambios de variada índole. Los cambios ponían en crisis intereses y afectos y demandaban asumir responsabilidades en ambientes perturbados. Hubo lugares donde

---

<sup>87</sup> En Leguizamo el padre Pascual Capuchino, muy estimado por la población, sería sustituido por el padre Marcellino. El cambio, había suscitado un descontento en general en la población. Información y lamentos por los principales del pueblo y de los maestros, llegan al gobierno y sobre todo al Ministerio de Educación, todo para que prescindiera de nosotros.

<sup>88</sup> Es penoso después hacer notar que los antiguos padres, estaban interesados en abrir una situación anormal en este centro después de su salida, porque había resistido hasta el último momento a la inclusión de Leguizamo al Vicarato del Caquetá.

<sup>89</sup> Que los Misioneros de la Consolata, no tenían necesidad de hermanas colombianas, sino que se habían traído sus hermanas misioneras.

los cambios sembraron problemas que afectaron negativamente al sector educativo. Dirá Monseñor Torasso: “in quanto agli altri centri di educacione nel resto del territorio, la situazione noe era meno rosea”<sup>90</sup> (carta al Padre Pich).

Podríamos concluir este análisis valorando los esfuerzos eclesiales en el área educativa en el segundo semestre de 1952, en el Vicariato de Florencia. Aunque la ley le daba a la Iglesia plenas facultades para el desarrollo de proyectos educativos, ni la infraestructura ni el personal que se encontraba en la zona se hallaban en las mejores condiciones para enfrentar los nuevos retos que se le impusieron al Vicariato en los años cincuenta. Los misioneros capuchinos que tanto habían querido salir de la región, a la hora de hacerlo, no facilitaron la continuación de las fuerzas vivas que les habían servido de soporte en su tarea misional.

#### **4.7. La expansión de la misión**

Sin importar las dificultades que se presentaron, la misión, se fue abriendo espacios a lo largo y ancho de la Intendencia del Caquetá. La educación siguió jalando las iniciativas de expansión, más allá de la zona urbana, comprendida, desde luego la capital y los otros pequeños núcleos urbanos, dispersos en el contexto del piedemonte caqueteño. La estrategia de ubicar un sacerdote en cada pueblo permitía que se generaran expectativas de progreso en la comunidad. Se crearon comités de trabajo que diseñaban proyectos y promovían soluciones a las necesidades más urgentes. Posteriormente, los misioneros gestionaron ayudas externas que permitieron a financiar algunas de sus obras.

Sea esta la ocasión de presentar la distribución del personal en el Vicariato de Florencia, hecha el 25 de junio de 1952 y que se mantuvo durante el mandato de Monseñor Antonio María Torasso. Se confirmaron los nombramientos de la siguiente manera: En Florencia, “el Padre Migani, Párroco de la Catedral; el Padre Bruno Cumer, Provicario y los Padres Giovanni Viesi y Giuseppe Fusaroli cooperadores”. Las capellanías se distribuyeron así: “Al Batallón Juanambú y Policía, el Padre Migani; al Hospital de Venecia, el padre Fusaroli; a la Base de Leguízamo, el Padre Luigi Marcelino; al Hospital de Florencia, al Padre Cumer y a las cárceles, el Padre Viesi”.

---

<sup>90</sup> en cuanto a los otros centros de educación en el resto del territorio, la situación no era menos agradable.

En cuanto a los pueblos, se constatan las destinaciones en el siguiente orden: “Padre Giovanni Salateo, Párroco de Belén de los Andaquíes; Padre Giovanni Batista Demichelis, Párroco de San Vicente del Caguán; Padre Luigi De Riz, en Puerto Rico; Padre Silvio Vettori, en la Rastra y en Leguízamo, el Padre Luigi Marcelino” (Apuntes sobre Monseñor Torasso, p, 66). Estos nueve misioneros, con el Obispo a la cabeza y cuya sede era Florencia, fueron los responsables, en un primer momento, del crecimiento de la labor misional en el Caquetá, en la segunda mitad del siglo XX. A ellos, se unieron, paulatinamente, otros sacerdotes misioneros, enviados directamente desde Italia y las Hermanas de la Consolata, con las que fortalecieron el internado de la Rastra, además del personal profesional laico que se unió voluntariamente a la misión.

Después de los primeros cinco años de labores, se vino a conocer por un primer balance de lo que se había logrado hacer hasta el momento en el Vicariato de Florencia, la difusión estuvo a cargo de algunas Revistas Misioneras que tenían una amplia difusión a nivel nacional, logrando repercutir positivamente en ciertos sectores seguidores de la causa misionera, con la cual encontraron motivos de corroborar una vez más lo importante y significativo que había sido, seguía siendo y continuaría a través del tiempo la obra de los religiosos.

En general, en estos tiempos, segunda mitad del siglo XX, la misión se valoraba por los resultados financieros. Esto se había establecido en el Convenio de Misiones de 1952, con el cual se legitimó la presencia de los Misioneros de la Consolata en el Sur del país. Por ello, era preciso publicar oportunamente las obras que, en tan poco tiempo, habían transformado el paisaje caqueteco. Esto lo realizó más tarde Víctor Bonilla, en un informe denominado “El despertar de la Selva”, en el que reconoció el trabajo de los Misioneros de la Consolata.

El autor al referirse a los años cincuenta dice que “a partir de entonces la historia se desderezó”, haciendo referencia a la categorización de Intendencia que obtuvo la región en 1950, al que complementa con “otro acontecimiento de importancia fue la creación del Vicariato Apostólico de Florencia, a expensas del antiguo del Caquetá. El nuevo establecimiento eclesiástico comenzó su acción su acción evangelizadora en manos de los religiosos italianos de la Consolata” (Bonilla, V. D. 1966. p. 18)

Igualmente, los órganos de difusión eclesial reportaron ampliamente los avances de la misión. Así lo hicieron a nivel nacional la Revista de Obras Misionales Pontificias de

Colombia y a nivel internacional la Revista Misiones Consolata de la Argentina, dirigida por el Padre Juan Fiorina, quien dedicó un número especial (octubre, noviembre y diciembre) para conmemorar dignamente ese primer lustro del Vicariato Apostólico de Florencia, confiado al I.M.C.” (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 143). A esta última, no tuvimos acceso. La sustentación que podemos hacer de dicho despliegue de información y celebración lo hallamos en la Revista de Misiones de difusión nacional.

El interés era mostrar el antes y el ahora, en cuanto a servicios públicos, especialmente educación y salud, otras novedades con las que contaba la misión en 1957. Por ejemplo, “cinco años después, el Vicariato cuenta con 72 escuelas de primaria con 105 maestros y 5.000 alumnos; 14 escuelas de alfabetización y 15 escuelas Radiofónicas”.(OO.PP. p. 4). Al presentar los datos generales, el autor se detiene a describir todos los procesos, lo que nos permite entender, aunque solo de una manera abstracta, las prioridades e importancia de las construcciones.

El contratiempo inicial que tuvo Monseñor Torasso, con respecto a la falta de establecimientos adecuados, se retoma en el informe, así: “el Colegio de la Salle que funcionaba en un local inadecuado e incapaz, cuenta hoy bajo el nombre de Instituto de Orientación del Caquetá, con un moderno edificio que llena todas las exigencias de la pedagogía moderna y de la higiene escolar y alberga 250 alumnos, 70 de los cuales son internos. Asimismo, el Colegio de los Sagrados Corazones dispone hoy de un magnífico edificio recientemente terminado y cuenta con 250 alumnas, 60 de ellas internas”.

Del mismo modo,

En 1953, es decir, al año siguiente de la inauguración del Vicariato, Monseñor Torasso fundó la Escuela Normal Rural, que cuenta en la actualidad con 60 alumnas normalistas y 220 en la Escuela Anexa. Asimismo, fundó la Escuela Parroquial de Florencia, que hoy cuenta con 85 alumnas y está construyendo en la actualidad el edificio para otra Escuela de este tipo. La Escuela Artesanal cuenta en la actualidad con 50 alumnos y se proyecta la construcción de un local más capacitado para dicha escuela (OO. PP. p. 5)

Estas obras, se pudieron hacer gracias a la participación decidida de las Hermanas Misioneras de la Consolata. Todo esto impulsó la educación en el Vicariato, cualitativa y cuantitativamente, ya que, de la misma comunidad, se contrató personal docente calificado.

Siguiendo la exposición sobre la educación, el autor se sale de la ciudad y se enfoca en los pueblos, ofreciendo una cronología:

En 1953 se fundó la Escuela Hogar de San Vicente que hoy cuenta con 110 alumnas, y en ese mismo año se fundó la Escuela Hogar y el Internado Agrícola de Villa Fátima, Institución esta que cuenta con 180 alumnos internos. El año pasado se fundó el Internado de La Solita, que hoy cuenta con 50 alumnos... en Leguízamo se ampliaron los locales escolares, y la Escuela de Varones cuenta hoy con 300 alumnos y la de niñas con igual número de alumnas. Además, hay 60 niños internos en la Escuela de Varones y 60 internas en la de niñas (OO. PP. p.5)

En cuanto a las obras relacionadas con la evangelización, es decir, lugares de culto, el listado es importante: Asimismo se han construido las iglesias de Belén, Leguízamo, Montañita y Potosí, y se adelanta en la actualidad la construcción de las iglesias de San Vicente, Santuario, La Tagua, Puerto Rico y Puerto Milán, y se construyeron las casas curales de La Tagua, Solano y Puerto Rico. Actualmente se proyecta la construcción de las iglesias de El Paujil, El Doncello y Puerto Milán. Lo que nos permite inferir que son pocos los templos construidos, hallándose en proyecto varios de ellos en las diferentes parroquias y estaciones misionales.

Así, pues, el Vicariato no solamente ha crecido en obras, sino que también en presencia de nuevas comunidades y en personal religioso.

Existen actualmente 6 parroquias: Florencia, San Vicente, Puerto Rico, Belén, Leguízamo y Montañita-Santuario; cinco estaciones misioneras, con sacerdote permanente: La Tagua, Solano, Solita, Villa Fátima y Puerto Rico y 12 estaciones misionales secundarias, que son visitadas permanentemente por los Misioneros... En la actualidad trabajan en el Vicariato Apostólico de Florencia 17 misioneros de la Consolata, 8 hermanos de las Escuelas Cristianas y 35 religiosas, así: 12 hermanas Misioneras de la Consolata, 7 de los Sagrados Corazones, 4 hermanas Vicentinas, y 7 Misioneras de María Inmaculada y 5 Siervas del Santísimo (OO. PP. p. 6)

Una de las obras que produjo más beneficios al Caquetá, a nivel nacional e internacional, en cuanto hizo posibles proyectos futuros, fue la construcción de una carretera en el interior de la selva, la cual unió una amplia zona de difícil acceso con una estación misional de fácil abastecimiento. Sobre el particular se dice: “El Vicariato ha construido el carretable de Villa Fátima-Solita, en una extensión de 53 kilómetros, carretable que une a los ríos Orteguaza y Caquetá y que evita recorrer 200 kilómetros por los ríos nombrados para ir de Villa Fátima a Solita. Para esta obra, que abre gran

campo a la colonización de esa ubérrima región, el Vicariato contó con la colaboración del Instituto de Colonización y del Ministerio de Obras Públicas” (OO.PP. p. 6)

Entre los Proyectos en perspectiva, se narra que estaban ultimando los preparativos para la construcción del edificio para un Asilo de Ancianos con capacidad en la primera etapa para 44 asilados y será confiado para su dirección a una Comunidad Religiosa.



**Foto 9:** Construcción de la carretera Villa Fátima-Solita, 1956 (ACFC)

Asimismo se compró un terreno de 50 hectáreas, en los alrededores de Florencia, para la construcción de un Orfanatorio y de un Centro Agrícola Experimental, que servirá de campo de instrucción y de práctica de labores agrícolas, institución ésta que reclama de manera preferente la región. Además, concluye la fuente “debe agregarse la Urbanización La Consolata de Florencia, construida por el Vicariato, mediante un préstamo que le hizo el Instituto de Crédito Territorial. Dicha construcción comprende 20 casas terminadas y otras 20 en construcción. Además, se ha iniciado la construcción de 10 viviendas rurales” (OO. PP. p. 6)

La Revista Misiones concluye haciendo un elogio a la misión y a sus promotores porque en tan breve tiempo han alcanzado grandes logros: “Tal es a grandes rasgos la obra gigantesca realizada por el Excelentísimo y Reverendísimo Monseñor Torasso y por los Misioneros de La Consolata en el Vicariato Apostólico de Florencia, en sus cinco años de existencia, obra que prueba paladinamente el celo ardoroso de tan excelentes Misioneros, que con tan escasos recursos materiales han logrado tan brillantes y fecundos resultados”. (OO.PP. p. 6). Por ello, podemos colegir que la misión había sobrepasado las expectativas generadas a su ingreso y que el trabajo de los Misioneros de la Consolata se convirtió en un paradigma para las otras misiones existentes en el país.

#### **4.8. Historiografía de la espiritualidad**

La evangelización que es el motor que ha impulsado a diferentes grupos religiosos a salir de sus fronteras sociales, culturales y geográficas, se convierte en la prioridad del mensaje de los misioneros. Esa es la razón por la que donan la vida para ponerla al servicio de un Otro. A pesar de eso, el misionero es consciente que su predicación del Reino de Dios tiene que estar acompañada de algunos signos que manifiesten el compromiso tanto de ellos como del mensaje que difunden, con acciones que “eleven el ambiente social”<sup>91</sup> y que, por consiguiente, el testimonio, por medio del trabajo con las comunidades, pueda ser interpretado como signo del amor de Dios.

Eso es lo que se llama el “carisma” que hace específico el proceder de las órdenes, congregaciones y demás institutos o sociedades de vida religiosa; en atención a lo cual determina su participación en la Iglesia-institución y en la Iglesia-pueblo-de-Dios. Al ser La Misión el carisma de los Misioneros de la Consolata, ese carisma tiene características específicas, implicaciones afectivas y efectivas, como las que se han venido analizando en esta investigación. La otra dimensión de esta obra misionera es la parte inconmensurable que ha permeado el compromiso social tipificado en obras para el bien común.

Pensar en la dimensión espiritual de la misión en el Vicariato de Florencia en sus primeros 8 años, es adentrarnos más en lo concerniente a las estrategias con las que llegaron al corazón religioso de la gente. Por supuesto, como consecuencia de las

---

<sup>91</sup> Categoría expresada por el Beato José Allamano, fundador de los Misioneros y Misioneras de la Consolata, cuando estaba dando contenido al “ser” y al “parecer” de sus misioneros.

celebraciones, se dan en buena medida grandes momentos sacramentales concretados en bautismos, primeras comuniones, confirmaciones y matrimonios. Pero lo que se quiere mencionar no es la parte sacramental, ni las conversiones realizadas en el Vicariato, sino lo que motivó dichas manifestaciones de fervor religioso.

#### **4.8.1. El don del Consagrado**

Al hablar del don del Consagrado se hace referencia a la importancia que se le da a la presencia del Ministro de la Iglesia, de acuerdo con su jerarquía, en una comunidad de creyentes. Por ejemplo, antes de la llegada de los misioneros de la Consolata se encontraban en la zona de estudio los Padres Capuchinos, los cuales, como lo observa Gómez López en su tesis doctoral<sup>92</sup>, eran percibidos por algunos sectores de la población como una presencia admirada, respetada y acatada. Sin embargo, se puede considerar como una presencia que no cubría toda el área, pues el Obispo residía en Sibundoy. ¿Qué sucede con la llegada de Monseñor Torasso al Caquetá? Este hecho movilizó una parte de la población, sobre todo los habitantes de la ciudad, acompañados éstos por comitivas provenientes del sector campesino, pues con la llegada del nuevo Pastor muchas cosas comenzaron a cambiar, gracias a la presencia permanente de la autoridad eclesiástica.

Esto mismo se va a constatar en las visitas que hará a los pueblos y veredas del Caquetá. Antes, con un ejemplo más, se ilustrará lo comentado sobre lo importante que era para la gente la presencia de los consagrados. El Nuncio Apostólico de la época, Monseñor Antonio Samoré, en solidaridad con el nuevo Vicariato y con la persona de su Obispo y sus Misioneros, quiso visitar al Caquetá. En Florencia se anunció la visita del Nuncio para el mes de septiembre, pero la muerte del padre Migani hizo postergar dicha inspección que realizó en la navidad de 1952. La ciudad se preparó para recibir al Nuncio. El Alcalde, por decreto N° 88, dispuso la acogida del “Excelentísimo Señor Doctor Don Antonio Samoré” (Hernández, G. 1952)

En uno de los documentos de recibimiento al Nuncio se lee: “Escribiremos con letras de oro la Navidad de 1952 en que el Nuncio de Su Santidad viene a traer a nuestra tierra la bendición del Padre Santo. (...) tierra colombiana con nombre italiano, tierra de fuertes hijos de Colombia que han aceptado confundir sus vidas con la de los hijos de la Ciudad

---

<sup>92</sup> Se recomienda la lectura de la segunda parte de su tesis doctoral, dicho apartado se titula: Indios, colonización y conflictos, Págs. 197-446.



Eterna” (Florenca. 1952). Al pueblo ofrecerle un espacio en la tierra de sus sueños al Nuncio y éste la ser de nacionalidad italiana y representante del Papa, resignificaron en él el aprecio a los nuevos misioneros que venían del mismo país. Momento en el cual, el reconocimiento plenipotenciario se hizo semejante a su gracia santificante. Porque “instituísteis este nuevo Vicariato, le habéis dado un nombre propio, una independencia eclesiástica, porque habéis amado a tus hijos y escrito de ellos, al Padre Santo que de Roma nos gobierna” (Florenca. 1952). Manifestaciones de afecto que se hicieron extensivas por donde se movió el Nuncio.

#### 4.8.2. Lo apoteósico de las visitas a las comunidades:



**Foto 10:** Visita pastoral del vicario aspostólico 1957 (ACPMCB)

Una visita del Obispo a las comunidades estaba precedida por toda una preparación organizada por la presencia religiosa que se hallaba en el lugar. Se alude aquí a sacerdotes, religiosas o una persona responsable, siendo en algunos casos la figura de un laico. La finalidad enmarcaba carácter religioso y civil. En el primer caso, se hacía un llamado al pueblo a los sacramentos, especialmente al de la confirmación, ya que es uno de los sacramentos reservados al Obispo. Y en segundo lugar, se propiciaban espacios para impulsar proyectos de la comunidad, tratar temas de orden o escándalo público. Dichas actividades se acompañaban con grandes expresiones culturales como fiestas populares, procesiones y alboradas.

Monseñor Torasso visitó varias veces el Vicariato, oficial y espontáneamente. Uno de los lugares más visitado fue San Vicente del Caguán, por la situación de violencia que se hacía sentir en sus alrededores. El Párroco, Padre Juan Demichelis, imploró varias veces la presencia del Obispo, como elemento de persuasión para sectores de resistencia a las políticas pastorales de la parroquia, entre ellos, el Alcalde, como autoridad civil y algunos oficiales que, de igual manera, controvertían con el Señor Cura Párroco, lo cual, era considerado por el sacerdote, un atentado a la moral del pueblo, porque éstos “auspiciaban locales de prostitución y alteraban el orden público con toques de queda, en las horas destinadas al culto” (Demichelis. San Vicente del Caguán. 1955)

El Padre Demichelis pide a Monseñor Torasso que realice la visita prometida en los siguientes términos: “Todos lo esperan: los familiares de los presos, las madres de familia, que están horrorizadas por tantos escándalos protegidos por las autoridades y de paso definir lo del colegio, haciendo desocupar sus instalaciones para poder empezar con las primeras alumnas” (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 53). La fecha confirmada fue el 18 de abril de 1953. Aunque llegaron a media noche por las condiciones climáticas y demás contratiempos, “el recibimiento fue igualmente extraordinario hasta altas horas de la madrugada”.

En su corta estadía, Monseñor trata de conciliar con los miembros de las instituciones las diferencias con el párroco y de persuadir a la comunidad a trabajar unidos y en paz, “propósitos que surten efectos, en corto plazo” (Apuntes Sobre Monseñor Torasso. p. 117), es decir, la indicación no trasciende más del tiempo que dura la visita, lográndose avanzar en la convivencia y en el desarrollo muy lentamente. En otras comunidades, de más cohesión social, los compromisos se toman con mucha más responsabilidad, consolidándose grandes obras en beneficio del bien común.

Otra de las visitas que más causó impacto inusitado en las diferentes comunidades fue la de la Virgen. “Por ella el Vicariato prácticamente se volcaba a su encuentro”. La práctica mariana se fortaleció con la llegada de Monseñor Torasso al Caquetá, quien, recién llegado, dedicó el Vicariato al Corazón Inmaculado de María”, consagración que el Nuncio Apostólico, Monseñor Samoré, “ofició con Solemne Misa Pontifical”<sup>93</sup>. A partir de entonces, tanto para iniciar obras de construcción como para inaugurarlas, se

---

<sup>93</sup> Programa de festejos con ocasión del cincuentenario de Florencia y proclamación de la Patrona del Vicariato. Florencia, diciembre 16 de 1952.

hacía en nombre de la Patrona del Vicariato. Por ejemplo, con ocasión de inaugurar el edificio que llamaron Instituto de Orientación Vocacional del Caquetá, con el que daban cumplimiento a su palabra a los Hermanos de la Salle y a la ciudadanía en general, lanzaron a la Virgen en peregrinación por todo el Vicariato.

Este acto celebrativo fue propicio para la bendición de una imagen de la Virgen que correspondía al título de Corazón Inmaculado de María, al cual se había consagrado el Vicariato. Y “Di là, colla participazione delle scuole, autorità religiose, civile e militari, e della popolazione, si porta in trionfo per la vie della città, fino a la Pro-Cattedrale dove rimane per una settimana”<sup>94</sup> (Cumer, B. 1954.). La peregrinación se hizo en dos etapas desde Florencia. Hubo movilización de masas y gran acogida en las tierras caqueteñas a la imagen del Corazón Inmaculado de María.



**Foto 11:** Celebración de la Santa Cruz, 1959 (ACPMCB)

<sup>94</sup> De allá, en fila con la participación de las escuelas, autoridades religiosas, civiles y militares, y de la población, se lleva en triunfo por las vías de la ciudad, hasta la Pro-Catedral donde permanece por una semana.

El Padre Bruno Cumer documentó el itinerario de la peregrinación, después del receso en la Catedral: “riprende il suo viaggio portata a spalle dal medesimo Ecc.mo Vescovo, dall’Intendente Nazionale e rappresentanti del popolo per 6 km, fino al campo”<sup>95</sup> (Cumer, B. 1954). Una comisión la entregaba a otra y así sucesivamente. Esta peregrinación no dejó espacio habitado por grupo humano que no fuera visitado, ya que se llevó a cabo por caminos y trochas, por los ríos y canales y hasta por el espacio aéreo caquetense. La gente dedicaba el tiempo necesario para hacer los recorridos y participar activamente en las actividades que se sugerían: “Impossibile contenere tutta la gente accorsa. Affluenza enorme alle istruzioni, al Rosario, ai sacramenti e alle sole mne processione”<sup>96</sup> (Cumer, B. 1954)



**Foto 12:** peregrinación terrestre con la imagen del Corazón Inmaculado de María, 1954 (ACPMCB)

<sup>95</sup> Retoma su viaje llevando a la espalda del mismo Excelentísimo Obispo, del Intendente Nacional y representantes del pueblo, por 6 km, hasta el campo.

<sup>96</sup> Imposible contener toda la gente congregada. Una afluencia enorme, a la instrucción, al rosario, a los sacramentos, a la solemne procesión.





**Foto 12:** peregrinación por el río con la imagen del Corazón Inmaculado de María, 1954 (ACGMCR)

Según las notas de los sacerdotes, fueron un gran éxito las peregrinaciones con la imagen de la Virgen. Esto les ayudó a avivar la fe, la esperanza y la caridad en las comunidades, aún en las más alejadas: “Ancora una volta non solamente tuta la città, ma si puó dire tutto il Vicariato inneggiava alla Madre pietosa che aveva visitati i suoi figli casa per casa e che ora vedeva qui tutti ai suoi piedi; nella piazza e nelle strade vicine tutti poterono accompagnare la consagrazione al Cuore Immacolato di María rinnovata dal Ecc.mo Vescovo e ricevere la solenne benedizione del Ssmo. pegno delle grazie piú abbondanti di Gesù”<sup>97</sup> (Cumer, B. 1954)

---

<sup>97</sup> Todavía una vez más, no solamente toda la ciudad, se podría decir todo el Vicariato homenajeaba a la Madre Piadosa, que había visitado a sus hijos casa por casa y que ahora veía aquí todo a sus pies; en la plaza y en las calles vecinas todos pudieron acompañar la consagración al Corazón Inmaculado de María,

A consecuencia de los resultados de la peregrinación, se programó en la ciudad de Florencia el Primer Congreso Mariano, incluyendo por segunda vez la visita de otro Nuncio Apostólico, S. E. Monseñor Paolo Bertoli, quien fue el sucesor de Monseñor Samoré. El Padre Cumer, quien hizo de reportero de las actividades, escribe: “apertosi il 14 de novembre con una Missione predicata, che tra i suoi frutti piú preziosi poté registrare ben 12.000 comunioni (...) con la partecipazione di quattromila fanciulli arrivari a Florencia i con tutti i mezzi: a piedi e a cavallo, in canoa e sui rimorchiatori, in autobus e in aereo, e con forte rappresentanze di tutti i municipi le missioni del Caquetá”<sup>98</sup> (Cumer, B. 1954. p. 32).

Las acciones que condujeron a revivir el sentido religioso del pueblo fueron las que llevaron a la misión a consolidarse y, de alguna manera, a ganarse el respeto y la admiración de la gente. “Porque la gente no quiere ver solamente misioneros que trabajan en obras materiales. Ellos, sobre todo, quieren sentir en los sacerdotes y demás personal religioso, compromiso espiritual” (Boetti, G. 1986. p. 21). Por eso, todas estas acciones, incluidas las visitas del Obispo, complementan la permanencia del sacerdote en el pueblo o comunidad y fortalecen la identidad religiosa porque se conectan con la cosmovisión de las familias, de los pueblos y de las comunidades en general.

De esta manera, podemos concluir que la pastoral, entendida como las visitas a las comunidades, la administración de los sacramentos y la integración de las diferentes manifestaciones de religiosidad popular incluidas dentro de las estrategias de gobernar espiritualmente al Vicariato, respondió a las necesidades de la población<sup>99</sup>, tanto en cuanto se vieron identificados con su herencia espiritual y en cuanto contribuyó a la unificación de sentimientos e ideas y a la consolidación de la identidad y del progreso regionales.

---

renovada por el Excelentísimo Obispo y recibida la solemne bendición del Sacratísimo peño de las gracias más abundantes de Jesús.

<sup>98</sup> Abierto el 14 de noviembre con una misión, predicada, que entre sus frutos más preciosos, pude registrar bien 12.000 comuniones (...) con la participación de 4.000 muchachos provenientes de Florencia con todos los medios; a pie, a caballo, en canoa y sus remolcadores, en autobús y en avión y con una fuerte participación de los municipios y misiones del Caquetá.

<sup>99</sup> Con algunas notas introductorias sobre el trabajo de los misioneros de la Consolata recién llegados a Colombia en la región andina, el Padre Mario Bianco introduce la gran misión del Caquetá. Lo hace señalando la fecha tanto de aprobación de Propaganda Fide, como la del nombramiento del Vicario para el nuevo Vicariato. En este ejercicio el Padre Bianco menciona las áreas en las que mayor énfasis tuvo que hacer la misión en esta parte del territorio colombiano: “aliviar los males del Vicariato que eran: pobreza, ignorancia, abandono, aislamiento y analfabetismo” (Missioni Consolata. 1979. p. 12).

En últimas las obras consolidaron la Misión de los Misioneros de la Consolata en el Caquetá, porque se amoldaron a las circunstancias de una sociedad en movimientos familiares y culturales que se proyectaban en una perspectiva nueva de vida. En éste contexto se acogió un estilo de trabajo en perspectiva religiosa el cual fue abordado por dichos misioneros y que tenía como propósito fundamental lograr, por medio de dos ideas programáticas jalonar una dinámica de crecimiento. Primero la educación formal e informal, en la cual se invirtió gran parte de los esfuerzos materiales y humanos, segundo la religiosidad, como estrategia que permitió la sensibilización de la población propiciándose así la cohesión de ideas y proyectos en beneficio del pueblo.

## CAPITULO 5

### 5. Críticas y frustraciones de la misión

En la misión puesta en marcha por los misioneros de la Consolata en el Vicariato de Florencia, durante los primeros años de la segunda parte del siglo XX, los misioneros tuvieron que ganarse espacios, muchas veces a fuerza de resistencias, tanto de personas de la comunidad que se resistían a los cambios de ideas como de comprensiones e intensiones al interior del equipo y éste con el exterior, es decir, con la delegación, con sede en Bogotá. Adicional a esto, se suma, que el Obispo, lo acompañó un sentimiento de soledad, con el que tuvo que luchar durante todo su gobierno.

Al analizar las dificultades que tuvo que sortear la misión se pondrán en evidencia algunos contrastes con relación a los anteriores capítulos en los que se constata un renovado entusiasmo por los trabajos realizados y por el desarrollo de obras, sobre todo en infraestructuras, para la educación, la salud y vivienda. Quienes visitaron la zona, dejaron entrever la admiración tanto por lo visto, como por la dedicación de un grupo de hombres que se han consagrado a hacer de la región y de su gente, según la consigna de entonces, “lo mejor de Colombia”. Pero que a medida que la propuesta misionera iba avanzando entre las diferentes comunidades del Vicariato y de algunos sectores de la sociedad colombiana, se observaba una confianza en las nuevas fuerzas misioneras que comenzaban a hacer parte de este contexto, al mismo tiempo según Monseñor Cuniberti y por los escritos del mismo Torasso, se incrementaba un sentimiento de impotencia frente a los desafíos, que atañían tanto a nivel local como nacional.

Según lo que se puede inferir por la comunicación de Monseñor Torasso con los superiores del Instituto Misiones Consolata, las dificultades las soportaba en silencio, desde los inicios de su administración hasta los últimos días de su vida. Apuros, que llevaron al Obispo a presentar su carta de renuncia al Papa Juan XXIII, para que lo eximiera de dicha responsabilidad, a la cual no tenía coraje de estar al frente. De verdad fueron momentos dramáticos en la vida del Jerarca, al darse cuenta que ni sus fuerzas ni su autoridad, estaban a la altura de la nueva realidad social de la Intendencia del Caquetá. En este sentido el capítulo que a continuación se presente trata los temas relacionados con la misión desde una perspectiva distinta: la de la experiencia del Obispo.



## **5.1. Introspección del Obispo**

### **5.1.1 Primer momento: La llegada (1952-1953)**

Para desarrollar esta propuesta llamada de introspección se trabajará en el orden cronológico de algunas fuentes como las cartas, que el mismo Monseñor Torasso escribió a la Dirección General con sede en Roma. Las cartas tienen un gran contenido casi confidencial sobre reflexión personal, descripción de la misión, los problemas y las controversias entre el personal misionero que lo acompaña, y entre éste y la delegación con sede en Bogotá y, de una manera más amplia, la relación del Vicariato con el Congregación en general. La primera de estas manifestaciones fue al año de su entrada oficial al Vicariato de Florencia, la segunda fue a los cuatro años, es decir, en 1955; tiempo al que se adicionará una carta un año antes, que contiene material similar. Y la última, es de 1960, año en el cual fallece en Bogotá, víctima de una leucemia.

Siguiendo la secuencia histórica de los hechos de la misión y en especial lo concerniente a Monseñor Torasso las cosas no salieron como las habían previsto debido a que el nombramiento del Vicario Apostólico los sorprendió a todos pero singularmente al mencionado personaje de tal manera que no sopesó lo que eso iría a significar en su vida. En el segundo, capítulo de esta tesis se ha analizado la manera como en ese entonces el padre Torasso luchó inusitadamente por defender una presencia continuada de los misioneros de la Consolata en tierras colombianas. A partir de entonces, los esfuerzos se concentraron en buscar la asignación de un lugar de misión autónoma, promovido y animado por el padre Torasso a través de una gran capacidad de relacionarse con la sociedad colombiana y del conocimiento de la realidad del país en la segunda mitad del siglo XX<sup>100</sup>.

Éstas posiblemente fueron razones importantes para postular y después decidirse por el nombre de Antonio Torasso para que fuera el primer Vicario de los caqueteños. Elección a la cual, según el mismo Monseñor, no tuvo más opción que aceptar, "...acosado por las circunstancias e impulsado por el Nuncio de entonces, me sometí a lo que me parecía ser la voluntad de Dios, aun conociendo mi debilidad e

---

<sup>100</sup> De acuerdo a los archivos consultados pertenecientes a la Casa Generalicia en Roma y al de la Casa Provincial en Bogotá, la comunicación concerniente al periodo de 1948 y 1950, entre los misioneros que constituían la delegación en Colombia con Italia, tenía la preocupación de consolidar una misión independiente, para lo cual, se requería de una fuerte impacto misional en el que se suscitara una gran solidaridad en sectores del clero y autoridades civiles.

impreparación”<sup>101</sup>. Esta situación se hizo evidente con el transcurso del tiempo generando un rompimiento que provocó sospechas e intrigas al interior de los misioneros que trabajan con él.

Monseñor Torasso al poner en evidencia por escrito, muy pronto una de sus mayores dificultades, nos permite hacer un rastreo, teniendo en cuenta las circunstancias de lugar y su continuo reclamo a la delegación y al Instituto, por la indiferencia a la que se vio sometido. Escritos sobre este particular, se encuentran a partir del primer año de su gestión articuladora en el Vicariato de Florencia. “E pasato quasi un anno dal giorno del mio ingresso ma debbo riconoscere che in tanto tempo non ho ancora avuto la soddisfazione e la possibilità di orientarmi pienamente nel mio nuovo lavoro”. Por esta época además, los mortificaba la nostalgia de la muerte del padre Migani”<sup>102</sup>.

Con la muerte inesperada del padre Migani quedaron al descubierto dos problemas: primero, el desinterés de los Superiores Generales en el envío de personal al nuevo Vicariato, situación que se convirtió en algo transversal en la vida de la misión, al menos en este periodo; segundo, que se deriva del anterior, hace alusión a la poca disponibilidad de los misioneros en aceptar tareas como párroco o como Director General de Educación que eran obligaciones impredecibles en la administración del Vicariato.

El puesto de párroco que dejó el padre Migani, fue ocupado dos años después con la llegada al Vicariato el padre Ravera quien asumió esta responsabilidad. La soledad y la falta de asesoramiento queda manifiesta con estas palabras: “Per quanto poi riguarda al sottoscritto, non so perché di punto in bianco si potesse esigere che dovessi fare il Vescovo, senza avere nessuna preparazione e quello che é peggio senza avere accanto almeno una persona con qualche nozione e praticità nel disbrigo degli affari di curia”<sup>103</sup>. No ha debido de ser fácil la administración de la curia, en vista del número de habitantes y de la demanda de trabajo, por parte de la comunidad y sin personal preparado.

---

<sup>101</sup> Apuntes de Monseñor Torasso. p, 191 - 2

<sup>102</sup> Ya pasó casi un año desde el día que ingresé, pero tengo que reconocer que durante todo este tiempo, no he tenido la satisfacción ni la posibilidad de orientarme plenamente en el nuevo trabajo que me asignaron.

<sup>103</sup> En relación al suscrito, no entiendo porque de un momento para otro hayan exigido que yo tendré que ser el Obispo, sin tener una preparación y lo peor sin tener al lado por lo menos una persona con algún conocimiento y práctica en resolver la problemática de una curia.

Al respecto, según el Obispo, eso era lo que ya se comentaba a nivel institucional; por ejemplo, los Ministerios con los que tenía directa responsabilidad como el de Gobierno y el de Educación, dejaban sentir su preocupación por la falta de personas al frente de los proyectos que dependían de estas oficinas, otro tanto lo hizo el episcopado que se mostraba comprensivo. Mientras esto sucedía el Jefe de la misión pasaba momentos de mucha tensión, que desde luego se hicieron sentir negativamente provocando una fuerte decepción en la voluntad del prelado, por no lograr consolidar sus expectativas a tiempo, con respecto a este aspecto de su administración.

Empero a su desazón por no contar con las fuerzas requeridas para darle un manejo diferente a la dinámica de la misión, la región le inspira, al Obispo porvenir siempre y cuando, la Congregación cambie la forma de proceder. Pues, con un año de vida en la localidad, según lo consensuado se puede decir que el Vicariato podría reservar algunas consolaciones al Instituto, sin excluir satisfacciones materiales, por las grandes posibilidades que ofrece y de fácil aprovechamiento; beneficios a los que no se estaría en capacidad de obtener, no sólo por la falta de personal, sino porque “desafortunadamente debo reconocer que el personal va cada día perdiendo el entusiasmo y dando siempre mayores signos de cansancio para ser sometido a un esfuerzo muy continuado e intenso”.

La mención está hecha en abstracto, sin señalar algún caso específico, parece ser algo prematura tal advertencia conociéndose la magnitud del trabajo que se reseñó a tan solo cinco años después de su ingreso al Caquetá. Aunque, podría ser comprensible, partiendo de la experiencia del sujeto que está haciendo la revelación.

Después de un año podía observarse ya cierto desencanto teniendo en cuenta la condición vital y circunstancial que lo rodearon, pero a pesar de ello pudo coordinar el trabajo de los misioneros y de la comunidad hasta el punto de recibir reconocimientos venidos de estamentos gubernamentales nacionales y de personas pertenecientes de la vida pública de gobiernos europeos, que acompañaron de cerca las iniciativas de la misión. También es cierto y paradójico que a pesar de las expectativas generadas, puede observarse un malestar por parte del personal, sumándole a esta situación el estado anímico del obispo, a raíz de un sentimiento de impotencia frente a las exigencias pastorales.

Quizá el resultado de las primeras obras, les haya permitido a los misioneros, mantener la ilusión de controlar las tensiones y por lo tanto proveerse de fuerza interior con el fin de responder adecuada y pertinentemente a su compromiso inicial. En efecto, el tema se vuelve a retomar unos años después, con mayor vehemencia dado la experiencia hecha, sin expectativas satisfechas<sup>104</sup>.

### **5.1.2. Segundo momento: Desde la experiencia (1953-1955)**

Para este periodo, las primeras intuiciones se corroboran y se tiene más conocimiento de causa, tanto por el trabajo hecho como por el que se proyectaba hacer. En consecuencia, el cansancio y el miedo al fracaso, puso al Jefe de la misión en una nueva campaña<sup>105</sup> que consistía en la búsqueda de personal que le ayudara a solventar las necesidades que le demandaba el Vicariato de manera urgente.

Tal vez sean comprensibles estas alteraciones que podrían ser de orden somatológico, dado la geografía y el contexto al que los misioneros se veían enfrentados, en tanto que éste representó - sin lugar a dudas - una ruptura radical con sus costumbres europeas; algo semejante es dado a conocer, en lo que se ha llamado la introspección del Obispo: “Realmente questa vita di Missione assorbe fino a far dimenticare che il tempo passa e i mesi si fanno anni. Un complesso poi di circostanze non sempre liete, ora locali, ora remote, per i luoghi e per la persone, hanno determinato una vita di quasi totale isolamento dal resto della nostra famiglia religiosa, producendo pur troppo una specie di stanchezza e di delusione e anche un poco di sfiducia nelle persone e nei metodi”<sup>106</sup> (Torasso, A. 24 de octubre de 1955)

No es de extrañar que el contexto termine condicionando a las personas. No basta el arrojío o el ímpetu con el que se haya llegado, la obstinación vira en relación a lo que se halló al principio, siendo que ésta inició con una enorme emotividad, pero que con el paso de los años las relaciones de sinergia se fueron petrificando hasta llegarse a

---

<sup>104</sup> En este sentido se debe entender que las expectativas no satisfechas, eran sobre todo por la falta de personal, tocándoles a los que estaban en la zona, hacer grandes esfuerzos para tratar de llegar al máximo de comunidades que pedían su presencia en sus lugares de per noctación.

<sup>105</sup> En esta segunda fase de la introspección del Obispo, se hace uso de cartas que corresponden al año 1955, en la que se haya una carta más del año anterior, con similares características.

<sup>106</sup> En realidad esta vida de Misión, abarca una persona hasta el punto de olvidar que el tiempo pasa y los meses se hacen años. También, varias circunstancias no siempre amenas, de carácter local y otras de tiempos remotos, por el lugar y por las personas han determinado una vida casi totalmente de aislamiento de nuestra familia religiosa, produciendo una especie de cansancio y de desilusión y también un poco de desconfianza en las personas y en los métodos.

experimentar una frialdad exasperante, de acuerdo a lo expresado por el Jefe de la misión en relación con sus cohermanos de Bogotá “en todo este tiempo nunca he recibido una comunicación que no hablase de relaciones financieras entre el Vicariato y el Instituto o delegación”(Torasso, A. 24 de octubre de 1955). Por consiguiente, además del contexto que impone su propia dinámica, al decaer la convergencia afectiva entre paisanos y misioneros se pierde un gran apoyo, que repercute en la moral del misionero.

Los reclamos de parte del Vicariato contra la delegación y el Instituto en general en los que se señala contundentemente, como el problema fundamental, por el cual, ellos se han visto en serias dificultades en el cumplimiento de sus expectativas de gobierno expresado con actitud comprometida y elocuente el día de la toma de posición. A los cuatro años de trabajo, cuando las tensiones se hacen más evidentes, se interpretan cometarios en los cuales se reclama en medio de las dificultades palabras de comprensión.

Fue precisamente para este tiempo en el que se intensificó la comunicación, entre el Vicariato y los superiores generales del Instituto Misiones Consolata, en la cual el Vicario, además de hacer lectura retrospectiva del camino recorrido, pone de manifiesto las dificultades presentes, en relación con los lugares en los que deberían de asistirle con más personal. “Así día a día el programa se ha reducido en cambio de desarrollarse, hasta el punto de concentrarse en una sola conclusión: resistiré y callaré, esperando tiempos mejores” (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 189). Tiempo que no alcanzó a experimentar plenamente, por lo prematuro de su deceso.

Es importante resaltar que el contacto de Monseñor Torasso con la Dirección General, en la mayor parte, - según las fuentes – se sostuvo con el padre Vittorio Merlo Pich, Consejero General. El esfuerzo personal del Obispo tuvo como propósito dar a conocer la realidad del Vicariato por medio de descripciones cargadas de drama y de sentimientos, para informar a la Dirección General de su proceder en la misión. El padre Pich, visitó Colombia en 1955 sin propiciar el encuentro con el jefe de la misión del Vicariato, quien dándose cuenta que no lo visitaría en la zona de misión se puso en camino a Bogotá, arribando a la capital tras la ida del padre Pich.

Frente a lo anterior escribe “mi misi in viaggio con la speranza di poterlo ancora vedere a Bogotá, ma arrivai tardi..viagiava con me anche padre Salateo che era venuto appositamente da Belén per vederla. Veramente la sua visita fu troppo breve e

incompleta”<sup>107</sup>. Por lo desconcertante que resulta esta actitud del padre Consejero General, cabría cuestionar la razón de irse sin haber posibilitado un diálogo personal, ya que era lo mínimo que él podía haber hecho y lo más deseado por quienes emprendieron el viaje desde tan lejana posición geográfica colombiana.

En la misma carta son varios los argumentos mencionados, unos con relación a una carta recibida por el padre Pich en las que se reiteran las proclamas de soledad e inconsistencia con su compromiso personal como guía espiritual de este pueblo. Monseñor Torasso, rebate al padre Pich un argumento muy esgrimido en sus cartas, donde da a conocer la poca reciprocidad entre ellos y la delegación. Así, versa la demostración del Obispo “la sua ultima fa appello a uno sforzo di buona volontà e di comprensione vicendevole nelle relazioni tra Istituto e Vicariato. Non credo che questo sforzo sia mancato fino adesso in quello che riguarda il Vicariato, e non dubito che ci sia stato anche da parte dell’Istituto. Tre anni e mezzo di sile: zio e aspecttativa paziente da parte mia e del personale di qui possono essere prova sufficiente di questo sforzo di buona volon”<sup>108</sup>.

Esto se convierte para él en la mayor prueba de comprensión y aceptación, tanto que sobre este mismo hecho prosigue “Non so se si possa esigere di piú: la posso assicurare che lo sforzo ha toccato momenti di disperazione, e qualche volta di eroismo. Gli ultimi tres anni mi hanno invecchiato e sfibrato. Per questo ho scritto anche al Superiore che desidero ritirarmi, come già avevo detto pure a lei”<sup>109</sup>. Al parecer la idea de retirarse se iba haciendo más fuerte. Solamente quería contribuir con el mejoramiento de procesos ya puestos en marcha “Sarei però lieto davedere prima le cose bene in camminati e per questo caro tutto il mio umile contributo per risolvere piccoli problemi che non sarebbe:

---

<sup>107</sup> Me puse en viaje con la esperanza de poderlo ver una vez más en Bogotá, pero llegué tarde. Conmigo viajaba, también el padre Salateo, que había venido de Belén exclusivamente para verlo, por cierto que su visita, fue demasiado breve e incompleta.

<sup>108</sup> La última carta, se refiere a un esfuerzo de buena voluntad y de comprensión mutua en la relación entre Instituto y Vicariato. No creo que este esfuerzo, no haya existido hasta ahora, en lo que se refiere al Vicariato y no dudo que haya existido también de parte del Instituto. Tres años y medio de silencio, de expectativas pacientes de mi parte y del personal, desde aquí pueden tener pruebas suficientes del esfuerzo de buena voluntad.

<sup>109</sup> Ya no sé puede exigir más: puedo asegurar que el esfuerzo ha tenido momentos de desesperación y algunas veces algo de heroísmo. Los últimos tres años me han envejecido y cansado, por eso escribí también al Superior que deseo retirarme como ya se lo había dicho a usted.

neppure nati se ci fosse stato piú fiducia nelle persone e nel lavoro di qui e meno fretta di raccogliere dove non si era seminato<sup>110</sup>”.

Un presupuesto que desde ya lo hace visible es el de retirarse como Vicario no como misionero, puesto que él mismo lo dice “Amo sempre piú la vita Missionaria, ma quella semplice, dal catechista, della selva e dei fiumi, e della solitudine”<sup>111</sup>. Tal vez, de esta manera se perciba menos ingrata la misión, pues, ya bastante presupuestos lo hace expresar al respecto. “Umanamente questa gente non meriterebbe davvero tanti sacrifici: vi é tanta ingratitudine che e volte scoraggisce... il peggio é che sono un pó tutti uguali, e le eccezioni sono vere eccezioni”<sup>112</sup>. Características que vamos a encontrar en la última parte de la introspección mucho más marcadas, tanto por personal del mismo Vicariato como por la prensa colombiana.

En este período intermedio de la vida del Obispo como de la Misión en general, se encuentra permeada de las vicisitudes impuestas por los desafíos propios de los comienzos de la misión, cuanto por la compatibilidad de caracteres entre los misioneros y su jefe inmediato, que se vieron exacerbadas desde muy temprano por las diferencias en percibir las líneas rectoras de la administración del Vicariato.

### **5.1.3. Tercer momento: La retirada (1956-1960)**

La última parte que se conoce, en la que Monseñor Torasso volvió a hacer sentir su voz de inconformidad con sus cohermanos, tanto de comunidad local, como con los del resto de la Congregación, fue en el año de 1960, meses antes de su muerte, que estuvo precedida por un inagotable trabajo y una controvertida denuncia pública, a la cual alcanzó a dar respuesta; pero que hará parte de las críticas al sistema de educación implementado por la misión de la Consolata en el sur del país. Por ahora, se observará las circunstancias a las que se vio abocada, tanto la misión como la Intendencia del Caquetá al comienzo de los años sesenta, del controvertido siglo XX en Colombia.

---

<sup>110</sup> Sería muy contento y satisfecho si pudiera ver las cosas encaminadas y por eso doy toda mi humilde contribución para poder resolver los pequeños problemas que no se habrían realizado si hubiera habido más confianza en las personas y en el trabajo de quien no tiene afán de recoger los frutos donde ni siquiera se había sembrado.

<sup>111</sup> Amo siempre más la vida misionera pero aquella sencilla, del catequista, de la selva y de los ríos y de la soledad.

<sup>112</sup> Humanamente esta gente no merecería tantos sacrificios: hay tanta ingratitud que a veces desanima, lo peor es que todos son un poco iguales y las excepciones son verdaderamente excepciones.

Algunas de las razones que más lo confrontaron fue un nuevo plan de gobierno en el país, en el que se incrementaban de una manera acelerada nuevos frentes de colonización; según lo consignado por el Obispo “si supiera en que mare magnum me encuentro. Dos colonizaciones nuevas formadas por rehabilitados o rehabilitandos, llovidos de todas partes, empapados de comunismo: unas cinco mil personas a quienes no conocemos, ni desean hacerse conocer del sacerdote: sin capilla y sin escuela y sin medios de comunicación ni vías para llegar hasta ellos” (Apuntes de Monseñor T. p. 188).

Es de tener en cuenta que para los años sesenta en el Caquetá, el gobierno central por medio del INCORA en una primera fase y posteriormente con la Caja Agraria, promovió nuevas oleadas colonizadoras, pero esta vez apersonándose de las mismas, en lo concerniente a la distribución de las tierras y sosteniendo económicamente el ingreso de los nuevos colonos.

Otro de los asuntos pendiente del momento era que la iglesia colombiana, por medio de la Conferencia Episcopal, se aprestaba a dar su aporte en vista a la preparación del Concilio Vaticano II empeño al que tenían que participar todos los obispos de Colombia. En el marco de estos acontecimientos trascurría la vida ordinaria en el Vicariato de Florencia acentuándose las posiciones cada vez más marcadas, por las diferencias entre el obispo y los misioneros de la delegación en Bogotá y de la Congregación en general. Por otro lado, para mayor infortunio con los mismos que lo acompañaban en la región, se suman las largas jornadas de preparación al sínodo<sup>113</sup> convocado por Ángelo Giuseppe Roncalli y las permanentes solicitudes de nuevas familias llegadas a la ciudad sin saber qué destino tomar y los proyectos en marcha en los que no faltaban las novedades.

En medio del trabajo el Vicario hace un comentario que fue consignado por el padre Boetti -quien fue uno de los primeros que entraron al Caquetá y que por razones de salud, regresó a Bogotá al año - en los apuntes de sobre Monseñor Torasso, aparece la siguiente acotación “He sido demasiado criticado injustamente... y en todo caso ¡más de lo necesario y conveniente! por ejemplo de haber cometido injusticias contra los

---

<sup>113</sup> Se alude aquí a la convocatoria efectuada por el Papa Juan XXIII a los fines de preparar el Concilio Vaticano II, situación que repercutió al interior de la Iglesia, condicionando el desarrollo de la misión.



mismos misioneros, en cuanto al financiamiento de obras, desviando algunos dineros, para otras finalidades” (Apuntes, sobre Monseñor Torasso. p. 189)

Estaba tan tensas las relaciones en este tiempo que él mismo recoge lo que decían sus adscritos acerca de su desempeño en la comunidad. “Ha habido cohermanos que, o por ignorancia o quizás por malicia, han llegado a ser instrumentos de aquella campaña de difamación...y hay cohermanos que me consideran como un obstáculo para la difusión del bien y casi como una causa del mal en el Vicariato...” (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 189). Lo que Monseñor llama campaña de difamación era algo que se notaba en el ambiente del Capítulo General llevado a cabo en la Casa Generalicia en Roma, en 1959, en el cual se escribió: “en el Vicariato hay descontentos y quejas” (Apuntes, sobre Monseñor Torasso. p. 180). A partir del momento, se deja a un lado las insinuaciones y se pasa a mencionar directamente las diferencias de la misión.

Por ejemplo: “Si el Vicariato propone un cambio, la respuesta es “la delegación no está autorizada a hacerlo” pero si es a favor de la delegación, se aprueba inmediatamente...” (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 180); son las consecuencias del largo batallar con personal a través de los años, en los que se van haciendo ese tipo de diferenciaciones y desde luego también, una especie de balance como el que sigue: “...Aquí todo ha venido cambiando sustancialmente: podemos decir, que terminó el periodo del trabajo de la misión a la buena de Dios, aplazando a mañana lo que se puede hacer hoy, o consolando a la gente con promesas o medallas...ha llegado la hora de decidir si dejamos este campo a los protestantes o comunistas...o si queremos continuar siendo verdaderos responsables de guiar a la salvación estas almas” (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 181)

La realidad exterior no coincide con sus expectativas ya que éstas están supeditadas no a él solamente sino a un grupo y, según él, si el grupo no corresponde a las nuevas exigencias de la región, no hay nada que ofrecer “Van llegando en estos meses otros millares de familias...el gobierno ha abierto oficialmente nuevos centros de colonización para hospedar a población sacada de sus departamentos por la violencia. Estas colonias forman nuevos pueblos, que quedan sin asistencia, ya que los padres no pueden “matarse”, hacer más de lo que ya están haciendo, para extender una tarea ordinaria ya demasiado pesada” (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 181); es perceptible la ironía del Vicario hacia el personal de la misión, los cuales objetaban

cansancio por el trabajo que venían desarrollando, siendo además instados a redoblar esfuerzos para acompañar las masas de población que se estaban sumando a los programas del gobierno.

Es por esto que su petición de renuncia esta vez, está dirigida al Papa Juan XXIII, con fecha del 10 de septiembre de 1960 dice:

“Hace 8 años y 8 meses, acosado por las circunstancias e impulsado por el Nuncio de entonces, me sometía lo que me parecía ser la voluntad de Dios, aun conociendo mi debilidad e impreparación. Debo añadir que no he podido conformarme con la responsabilidad siempre más grave e impelente... A pesar que el buen Dios ha bendecido, en estos 8 años a las fatigas del pastor y de sus colaboradores, pues el multiplicarse de la población se ha acompañado con el desarrollo de muchas obras de bien, en lo espiritual y material, sin embargo siento que mis energías físicas e intelectuales... están sumergidas con el sobrevenir de un imprevisto surgir de nuevos problemas a los que este vuestro indigno hijo no está más en grado de dar una adecuada solución”. (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 185)

Efectivamente, Monseñor Torasso le presenta al Papa, los que serían los problemas de mayor incidencia, siendo los siguientes:

1) Aumento del movimiento colonizador que determina cada día un grandísimo aflujo de gente heterogénea, proveniente de todos los departamentos y se impone la necesidad de una nueva y compleja organización pastoral que supera mis capacidades de mente y método... 2) Un creciente descontento con los colaboradores, sobre todo de los más jóvenes, hacia mi persona, debido a mi incapacidad de acompañar su mentalidad y sus exigencias, lo que determina más siempre más una serie de críticas demoledoras, con perjuicio del trabajo apostólico y de la paz interior. 3) A estas y otras no menos graves dificultades, se añade de mi parte, una situación de salud, siempre más precaria, que me impide a pesar mío, seguir el desarrollo de las actividades y del cumplimiento de mis deberes pastorales (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 186).

Al finalizar de su misiva le hace la petición de estar en la misión como uno más “Vuestra Santidad, se dignará concederme la gracia de poder trabajar todavía en este campo apostólico, como simple misionero, en cualquier rincón, ya que este ha sido siempre el único sueño de mi vida” (pp, 191 – 192). Petición, que no se realizó, debido a que la leucemia le imposibilitó seguir trabajando. Según la fuente, escrita por monseñor Cuniberti<sup>114</sup>, titulada Apuntes de Monseñor, los días 28, 29 y 30 de septiembre atendió a varias personalidades entre ellas al hermano Antonio María,

---

<sup>114</sup> Sucesor de Monseñor Torasso, quién compiló los Apuntes sobre Monseñor Torasso.

Asistente General de los Hermanos de la Salle, que estaba de Visita Canónica a sus hermanos de comunidad religiosa (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 198).

En el desarrollo de esta actividad, la enfermedad lo obligó a guardar quietud “a pesar de luchar con todas sus fuerzas para sostener su papel se da cuenta que la enfermedad avanza y que es de gravedad”. Se multiplicaron la gravedad del Obispo y algunos de la comunidad afirman que “un grupo de ciudadanos quieren demostrar su cariño al Obispo y reúnen inmediatamente unas cuotas para los gastos relativos a la salud de Monseñor, recogieron unos 12.000 pesos” (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 199), con los cuales fue trasladado a Bogotá.

El seis de octubre de 1960 fue internado en la clínica de la Policía Nacional. “Allí, los médicos, las hermanas de la Presentación, los misioneros y misioneras se van turnando desde ese momento para asistirlo de la mejor manera... Todos comentaban ¡Se trata de leucemia aguda: no hay remedio!”. En los primeros días de estar en la clínica escribe algunas cartas, familiares y pastorales, en las que da instrucciones sobre diferentes actividades a realizar en esos días; mientras en el Vicariato como en Italia, se multiplican las oraciones por la salud de quien fuera el primer Vicario Apostólico del Caquetá.

En los últimos días de vida Monseñor Torasso estuvo rodeado del clero bogotano, principalmente de sus cohermanos de la delegación y las misioneras de la Consolata, y algunas de las autoridades civiles. “El 21 por la noche le vino la última gran crisis y todo pronosticaba el desenlace final”. En medio de intensas oraciones por parte de quien lo acompañaba en su lecho de muerte, y pronunciando sus últimas voluntades, murió Monseñor Antonio María Torasso a las 9: 50 Am del sábado 22 de octubre, según la noticia difundida por el periódico El Tiempo. En la parroquia del Vergel de Bogotá le hicieron las primeras celebraciones fúnebres, con participación de gente venida del bajo Magdalena, donde había trabajado recién llegado a Colombia en 1947.

El domingo 23 “un avión de la FAC, puesto a disposición por el general Alberto Powell, gran amigo del Monseñor Torasso, llevan a Florencia los despojos mortales del Obispo y la comitiva que lo acompañaba”. Su llegada a Florencia fue una verdadera apoteosis; “un desfile impresionante de una muchedumbre que con marcha lentísima acompañaba el cortejo fúnebre hacia la ciudad”, el padre Ortega, quien fue el primer sacerdote del Caquetá ordenado por Monseñor Torasso, relata los momentos en que las multitudes,

despiden a su vicario: “Florencia, quedó literalmente desierta, porque todos los habitantes, se volcaron para dar a su pastor su última, muestra de afecto” (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 202)

Al día siguiente, se conocieron mensajes venidos del Vaticano, de Propaganda Fide, de Cardenales y Obispos del mundo, del Presidente de la República Alberto Lleras Camargo, primer Presidente del Frente Nacional, del Congreso y de la Cámara como manifestaciones de afecto y de reconocimiento.

La muerte de Monseñor Torasso hizo en los años siguientes existiera una mayor unidad entre los misioneros del Vicariato y la Congregación en general.

Desde los posicionamientos personales de los miembros del equipo misionero en la Misión del Caquetá, en donde se originó un ambiente de hostilidad entre ellos mismos como con el resto del Instituto, con marcado acento en la delegación que compartía el mismo suelo pero que residía en Bogotá, alegando un inusitado abandono tanto afectivo como de recursos material y humano con los cuales lograran sobreponerse al trabajo que demandaba el lugar, situación que al no lograr asimilar los condujo a una pugna interna, que los debilitó psicológica y moralmente minando de esta manera la voluntad y la confianza en las capacidades individuales de quienes se habían arriesgado a mostrar un camino, un nuevo estilo de misión a las nuevas generaciones de misioneros, a Colombia y al mundo.



**Foto 13:** Monseñor Antonio María Torasso, 1952 (ACPMCB)

## **5.2. Incomprensiones políticas**

Al ser la política en la década de los cincuenta lo que separaba o bien unía, de una manera radical, las voluntades y los intereses del pueblo colombiano, también, fue ésta misma la encargada de poner en camino nuevos procesos de convivencia, muchas veces animados por el elemento religioso, que desde luego, fue determinante tanto en la separación como en la convicción de luchar por una misma causa. Las relaciones de la política con la Iglesia empeoraban cuando se tomaba partido pues como consecuencia, se vieron fraccionadas las comunidades, en razón de su credo político, posición religiosa e intereses familiares o grupales.

La misión de la Consolata en el Caquetá no estuvo exenta de este tipo de problemáticas, máxime cuando dentro del mismo territorio se hallaban algunos alzados en armas<sup>115</sup>, en la zona denominada El Pato, los cuales se fortalecieron con el apoyo de otro bastión muy cercano en el Meta llamado el Guayabero; la presencia de estos actores condicionó sustancialmente la existencia en toda la zona noroccidental del Caquetá. De otra parte, el *modus vivendi* de la iglesia era el de aliarse con la clase política conservadora, estilo no utilizado por la misión, con el objetivo de no involucrarse en el consabido conflicto colombiano. La determinación de la misión fue la de neutralidad espontánea entre las facciones en disputa, aunque no faltaron las provocaciones venidas de sectores acostumbrados a marginar al otro por tales motivos<sup>116</sup>.

Asimismo, se referenciarán algunas consecuencias de orden político-religioso que transversalmente intervinieron durante los años 1951 a 1960. El carácter de estas indicaciones tiene que ver directamente con decisiones que se debieron tomar a favor de la Intendencia y no de particulares, pues en este contexto se permitió la posibilidad de efectuar proyectos con nombres particulares negando la posibilidad de desarrollo al pueblo. Por otro lado en esta parte de crítica y de dificultades de la misión, también es importante resaltar la resistencia de los protestantes en la zona, quienes se convirtieron en una de las amenazas más temidas, sobre todo por el Jefe de la Misión.

### **5.3. El elemento extranjero y su exclusividad**

La neutralidad frente al conflicto político, entre liberales y conservadores, que vivía el país fue una de las características que facilitaron el desarrollar las actividades de la misión en lugares de alta conflictividad como lo eran Guacamayas, San Vicente del Caguán y, desde luego, el Caquetá en general. Este recurso tuvo como primeros destinatarios a los pobladores del noroccidente de la Intendencia, algunos de ellos le hicieron saber al padre Migani, la manera con la que la presencia de la Iglesia sería un signo agradable en la zona. “Recibí la visita de dos oficiales que vienen de Guacamayas

---

<sup>115</sup> Para estos años del siglo XX no habían grupos al margen de la ley con estructuras consolidadas, fue unas décadas después cuando se conoció en el país algunas organizaciones que propugnaban desde una unidad alternativa combatir la oficial. En el caso del Caquetá y especialmente en el noroccidente de la Intendencia eran algunos “Jefes” como El Capitán Veneno, el Gavilán entre otros quienes agrupaban personal a su mando para conseguir intereses personales.

<sup>116</sup> Principalmente sectores conservadores, quienes veían en las personas que no pertenecían a su colectividad, que no eran dignos del acompañamiento de la iglesia, y mucho menos tanto compromiso como el mostrado por el Obispo Torasso a los pobladores de San Vicente del Caguán.

y después de muchas discusiones convenimos que la única forma de pacificar la región es con la presencia de algún sacerdote, pero no metiéndose en la política y más bien ayudando y aconsejando a la gente de diversas tendencias. Nosotros de la Consolata tenemos una buena aceptación de la gente; lo mismo en San Vicente me han dicho padre: mándenos un sacerdote que no sea español y que no sea politiquero” (carta del padre Mingani al padre Sandrone)

La condición de extranjero parecía ser una desventaja para los españoles por la experiencia que se estaba terminando, pero favorecía enormemente a los italianos, quienes se estaban proyectando como los nuevos responsables de la formación humana y espiritual de este pueblo exigente, luchador y sufrido. La experiencia de estos misioneros en la Segunda Guerra Mundial había moldeado la voluntad para enfrentar grandes retos y para mantenerse perseverantes en las situaciones difíciles, manteniendo la esperanza de los más vulnerables. Con el fin de alcanzar esta finalidad, el ponerse en el lugar de aquellos permitió el desarrollo de propuestas que conducían a vislumbrar un mejor futuro.

No obstante, en esta zona del Vicariato todo estuvo supeditado al orden público, a las preferencias políticas y a las treguas que los mismo grupos ilegales concedían o a esporádicas militarizaciones que se presentaron, de lo contrario, cualquier empresa tenía que contar directa e indirectamente con dicha circunstancia lo que hacía inestable e incierta cualquier empresa que se deseara organizar. Aunque fueron tan predominantes las intrigas políticas, entre la subversión y las autoridades locales, se logró avanzar con algunas obras que fueron transformando el paisaje local, teniendo en cuenta además que las amenazas eran continuas, en diferentes lugares y de diversas maneras.

De este modus operandi no se vio libre ni el cura párroco, a quien los bandoleros le asesinaron dos jóvenes que lo acompañaban en el campo, cuando ejercía su ministerio sacerdotal en una localidad del sector, logrando salvaguardar su integridad, única y exclusivamente por su condición de extranjero. Este hecho puso en peligro, la permanencia de personal religioso en San Vicente del Caguán. A pesar, de varias manifestaciones de cariño por parte de la comunidad hacia el obispo, en un tiempo atrás, por la dedicación que éste tuvo con un buen número de personas en la cárcel de Florencia, tema abordado ampliamente en el capítulo segundo. Esta es la descripción que hace el mismo Obispo, de la realidad política en la que encontró la región

“Purtroppo nei mesi anteriori alla nostra entrata era maturata in Caquetá, una situazione politica disastrosa, perché dopo aver distrutto il Municipio di San Vicente, stava per invadere anche il resto del territorio”<sup>117</sup> (Torasso, A. 20 de maggio 1955)

La campaña de pacificación puesta en marcha por el Vicario, consiguió liberar a la totalidad de los presos de San Vicente, Guacamayas, Puerto Rico y Santana Ramos; tal hecho fue interpretado por algunos como provocación al status quo de la Intendencia. Escribe Monseñor Ángel Cuniberti, sobre este hecho “Esa actividad se prestaba como pretexto de parte de algún sector político para lazarse contra él... siempre latente flotaba en el aire la objeción: “un extranjero metido” (Apuntes de Monseñor Torasso, p, 73). Al contrario de otras realidades en las que se daba la misma simbiosis, entre la iglesia y los partidos políticos, la disidencia tradicionalmente estuvo marcada por los liberales, siendo un caso atípico en esta experiencia de evangelización orientada por los sacerdotes italianos que se vieron hostigados por los conservadores, en represalia a un cambio en la relaciones entre el Vicariato y las fuerzas políticas minoritarias.

Los hilos políticos que gobernaban la intendencia no estaban enseñados a que se vieran alteradas sus decisiones que consistían más en la ineptitud frente a los problemas del pueblo. Esto fue lo que constataron los misioneros en reunión con el Obispo, en una de sus primeros análisis de la realidad política y económica de la región “Intanto vi era pure un altro fatto che bisognava tenere in conto: la fossilizzazione del potere civile e militare della regione che si erano adagiate in placide dormiveglie, incapaci di prendere qualsiasi iniziativa di vita, progresso e protezione; preoccupati solo di consumare egoisticamente i “presupuestos” senza suscitare troppi scandali pubblici”<sup>118</sup> (Torasso, A. 20 de maggio 1955)

El testimonio existente en la fuente hace la siguiente ilustración “...Poi ancora l’atteggiamento ostile che ben presto si face sentire, degli esponenti del “Conservatismo”, vecchi amici della Missione Capuccina, sempre all’erta per cogliere parole, omissioni o fatti compromettenti, per criticare e condannare la nuova comunità. Si era perfino formata una giunta segreta per discutere i problemi che interessavano la

---

<sup>117</sup> Desafortunadamente en los meses anteriores a nuestra entrada había madurado en el Caquetá una situación política desastrosa, porque después de haber destruido el municipio de San Vicente estaban con la intención de invadir todo el territorio.

<sup>118</sup> Al mismo tiempo, había otro hecho que necesitaba tener en cuenta: la fosilización del poder civil y militar de la región, que se habían adaptado en un plácido adormecimiento, incapaces de tomar cualquier iniciativa de vida, progreso y protección; preocupados sólo de consumir egoisticamente los “presupuestos” sin suscitarse muchos escándalos públicos.



cittadinanza e tra questi, l'uscita dei Fratelli"<sup>119</sup> (Torasso, A. 20 maggio 1955). Como contraste entre las dos fuerzas, resultó un documento revelador donde se hizo evidente dicha problemática llena de matices propios de las lides político-religiosas de esos momentos de dura confrontación que aún vivía el país por la década de los cincuenta.

En efecto y para realizar una ampliación en referencia al contexto mencionado se alude a las apreciaciones Luciano Cabrera quien hizo de vocero de esta facción, el cual además de cuestionar el proceder del Obispo, hace un amplio e histórico recorrido de intrigas políticas ocasionadas años atrás, en el tiempo de los Capuchinos a quienes elogia, por haber sido consecuentes con las autoridades constitucionales, dadas según él, por alguna gracia divina. Para este autor, la realidad de esa región, es sólo una consecuencia que no merece tanta atención, pues su situación es producto de acciones que están separadas del orden legal. Al respecto hace la siguiente acotación:

Triste sería en estos momentos en que el dolor embarga muchos hogares de la región del Caguán, víctimas de una persecución sin límites, por parte de los enemigos de un gobierno constitucional y por ende de nuestra religión, que la historia debe recordarlos con asco como asesinos vulgares de la Patria que atentan contra la seguridad del Estado y sus conciudadanos, por el grave hecho de pertenecer al partido de gobierno defensor indiscutible de las doctrinas de Cristo por quien vuestra Excelencia debe velar infatigablemente en una labor salvadora y no por los enemigos de él, contra quien blandean sus armas usurpadoras de la paz y el bienestar general de la República atormentada (Cabrera, L. 26 de septiembre de 1952)

En vista de ser consecuente con su reclamo, Cabrera que era parte del grupo de personas que no comulgaban con la praxis iniciada por el obispo, fundamentó sus diferencias haciendo una presentación de sí mismo, destacando sus convicciones religiosas y políticas, que lo acreditan como digno de hacer dicha proposición al Vicario, quien estaba ejecutando acciones directas a mejorar las problemáticas de orden público en la zona.

Aludiendo a tal situación el vocero argumenta su marcada oposición: "Con grande extrañeza y preocupación he venido observando desde hace más de unos seis meses, como ciudadano colombiano, de tradición cristiana, católico convencido y amigo y partidario incondicional de las ideas del orden"(Apuntes sobre Monseñor Torasso. p.

---

<sup>119</sup>...Después todavía la actitud hostil que muy pronto se hace sentir, de los exponentes del "conservatismo", viejos amigos de la Misión Capuchina, siempre alerta para tomar palabras, omisiones, o hechos comprometedores, para criticar y condenar la nueva comunidad. Aun más se había formado una junta secreta, para discutir los problemas que interesaban a la ciudadanía entre los cuales, la salida de los hermanos.

95); importa observar que no hacia parte de la confesionalidad de la iglesia colombiana propugnar por los derechos, entre ellos, la libertad y la igualdad de quienes no hicieran parte de su “redil”. Monseñor Torasso, decide hacer la misión sin, vincularse directamente con las fuerzas políticas de la Intendencia.

Lo que suscitó acaloradas redacciones en las que se contiene el argot propio de la época:

las actuaciones de vuestra Excelencia para los habitantes de la región río Caguán, Cuasi-Parroquia de San Vicente formada por el municipio de San Vicente y los corregimientos de las Guacamayas, Puerto Rico, Santa Ana y Llanos del Yarí, que antes la abatida Patria los denominaba con el nombre de “colonos” pero que hoy no son más que unos apátridas indolentes, enemigos del orden constitucional y de las doctrinas enseñadas por el Redentor, que recibimos desde nuestras primeras luces de ilustración hasta en los más humildes claustros pedagógicos empapados de sus Sabias enseñanzas, porque en su carácter de asesinos impíos han atentado contra él y ellas en forma despiadada (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 95)

Por ende Cabrera se permite hacer el debido énfasis “No me explico, y me perdona vuestra Excelencia, el que un ciudadano humilde pero honorable, que conoce mucho la región de su grey por haber vivido gran tiempo en ella conociendo muy de cerca el vecindario, le insinúe a vuestra Excelencia de que se haya convertido en su propio defensor sin tener en cuenta los antecedentes de esta feligresía” que no podía ser más que objeto de repudio, por toda la sociedad y sobre todo de la misión, por ser esta portadora de un mensaje para los amigos del orden.

Y no para quienes habiéndosele ofrecido servicios desinteresados, insinúa el mismo autor, como en otros tiempo eminente colonos lo hicieron, no fue posible librarse del peligro que representaba “porque llegado el momento de consumación de la consigna de devastación y de terror todo lo olvidaron y tan solo se acordaron de que había que cumplir una consigna salvaje: de asesinar, incendiar y robar; consigna dada por aquellos elementos que se encuentran en poder de la justicia en esa ciudad y a quienes vuestra Excelencia conocerá por demás”. En consecuencia, la condena es inminente, tanto para los insurgentes como para el Obispo, que no ha tenido en cuenta esos detalles de vital importancia.

En palabras del mismo denunciante se lee “los ciudadanos que de cerca hemos seguido los procesos de insubordinación y atentados contra la seguridad del Estado colombiano, veríamos con complacencia que vuestra Excelencia estudiara y analizara un poco más de fondo los motivos que los han originado en aquella región rica de San Vicente de

Caguán, las consecuencias de su resultado y si la justicia está en el deber de castigar sin clemencia a toda esa chusma irresponsable que cometió toda clase de actos calificados de salvajismo”.

El problema sucintamente expuesto, solo se hubiese podido prever, consultando a quienes, además de la vivencia de muchos años en la zona, se han reconocido por su fidelidad a sus principios morales; de ahí, se advierte que “Vuestra Excelencia puede preguntar a sanos y viejos colonos de la región, si es que los dejaron en la acción devastadora pasada”, en la que además, de ponerse en peligro el orden constitucional y legal, que desde tiempo atrás había venido siendo violado por, las comunidades de San Vicente del Caguán y zonas aledañas, era uno de los factores, que sumados al proceder de los Capuchinos, le deberían impedir al Obispo, mostrarse benevolente hacia ellos.

En ultimas, este proceder de la misión en cabeza del obispo, fue algo contrastante para la comprensión que se tenía de la iglesia local y nacionalmente. La inclusión de la población de San Vicente, fue una jugada revolucionaria de la misión, de hecho, se le dieron algunos calificativos en ese sentido al Obispo como “El obispo de los bandoleros” o “el Obispo Rojo”; pero de la misma manera, esas actitudes facilitaron apertura en la gente como tal, es decir, que comenzaron a ver en él una persona de confianza, un aliado, alguien interesado en velar por sus deberes como ciudadanos. Todo esto no fue suficiente, para neutralizar la acción de los subversivos sobre la población – que lo siguieron haciendo con frecuencia y devastadoramente – y así mismo sobre los mismos religiosos, impidiéndoles el acceso algunas zonas, hasta llegar a atentar contra la vida de personas cercanas a la pastoral de la parroquia.

De otra manera, el sector político, que hizo sentir su voz de protesta, no logró disuadir la campaña de liberación del personal ni impedir el desarrollo de los proyectos de educación y de promoción social en general, aunque de vez en cuando dejaban sentir sus dardos, según se logra percibir en las inauguraciones de obras realizadas por el Vicariato, cuando expresaban “que sería una realidad más con la que se pretendía además callarle la boca a los enemigos de la misión”. Al parecer, la fuerza de este sector político, se dejó sentir muy al final de la administración de Monseñor Torasso cuando fueron consultados sobre la pertinencia de llevar adelante algunos proyectos de colonización colombo-italiana en la Intendencia se obtuvo un veredicto adverso.

#### **5.4. Proyectos malogrados**

La misión además de los proyectos de corto y mediano plazo que logró desarrollar y prospectar para tiempos muy cercanos, también visualizó algunos proyectos a largo plazo, que tenía la intención de transformar de una manera más radical la selva caqueteña-amazónica con recursos materiales y humanos suficientes para hacer del Caquetá, según lo analizado en el tercer capítulo, “el paraíso de Colombia”. Las expectativas, según los Apuntes sobre Monseñor Torasso, generadas fundamentalmente por la misión, coordinadas con el Ministerio de Agricultura y el Instituto de Colonización e Inmigración se fueron gestando desde el comienzo de la misión cuando a la zona llegaron agrónomos y profesionales zootecnistas italianos en coordinación con el Ministerio de Agricultura de Colombia con la cual el Caquetá se fue acreditando como tierra apta para el progreso y el desarrollo de la nación.

Las anteriores entidades gubernamentales avalaron un proyecto de colonización colombo-italiano sobre el río Caquetá, donde la misión había adquirido unos predios pertenecientes a Texas Petroleum Company, adaptando dichos espacios en un internado, logrando ampliar así su proyecto educativo, por otro lado se consolidaba la construcción de una carretera que ponía en contacto esta zona con otras poblaciones, propiciando así la actividad comercial.

Con este fin el Vicario Apostólico solicitó la reserva de una gran extensión de tierra destinada hacer realidad este proyecto logrando obtener de los organismos gubernamentales dicha aprobación. El diario El Siglo, publica los términos acordados teniendo en cuenta los antecedentes por los cuales se ha llegado a dar este paso, “en el afán de abrir nuevos campos de actividad agrícola a los colonizadores, quiere incorporar a la economía nacional núcleos de población organizados” (El Siglo. 3 de julio de 1957). En el mismo artículo en el considerando se dice “Que de acuerdo con los estudios realizados por el Vicariato Apostólico de Caquetá, por funcionario del Comité Intergubernamental para migraciones (CIME) y del Ministerio de Agricultura, la zona de terrenos baldíos cuya reserva se solicita presenta condiciones favorables a la colonización que se persigue” (El Siglo. 3 de julio de 1957).

En el primer artículo del Decreto se da las siguientes especificaciones “Reservar para ser colonizada bajo la orientación del Vicariato Apostólico del Caquetá, en coordinación con el Ministerio de Agricultura, una zona de terreno baldío denominada “Colitalia”,

ubicada en la jurisdicción del corregimiento de Milán, en la intendencia del Caquetá en extensión aproximada de 40. 470 hectáreas” (Ibid). Dadas las anteriores disposiciones, las iniciativas de mejoramiento seguían en aumento entre las que se había contemplado invitar a inversionistas a la región, el director del Programa Nacional de Planificación, Jaques Torfs, escribe a Monseñor Torasso, “se me ocurre que convendría estimular, también, el interés de ciertos capitalistas...por ejemplo, mister Alberto McAllister, que quiere invertir en agricultura para ayudar en el desarrollo del sur” (Torfs, J. 21 de febrero de 1958)

De esta manera tanto a partir de la fecha de la publicación que hacen los medios de comunicación sobre la factibilidad de dar inicio a una nueva colonización organizada entre colombianos e italianos, como desde que se dieron las aprobaciones positivas acerca de lo óptimo que resultaba el Caquetá, en cuanto a producción de alimentos y al desarrollo de individual de las personas. De ahí, que la misión siempre se haya preocupado por la educación y formación de la población para que mejorando sus productos se lograra elevar el nivel de supervivencia en la región. El Jerarca estaba pensando más en el campo y seguramente había observado en sus correrías las mayores deficiencias en la producción campesina.

En una carta dirigida al Ministerio de Agricultura en la cual solicitaba la creación de unos Centros de Asistencia Técnica el obispo sostiene “La absoluta falta de organismo orientadores en esta materia, hace que la casi totalidad de los campesinos caqueteños se encuentren hoy en la imposibilidad de progresar en el sistema de cultivos que forman la base de toda su vida, y que el Caquetá a pesar de ofrecer tantas posibilidades, siga siendo tan subdesarrollado en el campo agrícola” (Torasso, A. 19 de julio de 1957). Además de métodos de trabajo, también faltaban medios tecnológicos, es decir, ya que la mera pala y el machete, no eran suficientes para la producción agrícola en tan frondosas y enormes selvas.

La petición de Monseñor, tiene la siguiente condiciones “Estoy convencido de que la presencia de dos o tres centros agrícolas pilotos dependientes de la Misión, en colaboración con el Ministerio de Agricultura, podría con toda seguridad, llevar en muy corto tiempo a resultados más que satisfactorios hacia la orientación y a la asistencia a las gentes del campo en sus métodos de trabajo para la formación de sus pequeñas fincas” (Torasso, Alfredo Vélez). Fue una más de las diversas propuestas que se

presetaron al Gobierno Central sólo con la decidida intención de transformar el territorio aunque en ocasiones por falta de dinero, otras por las polarizaciones políticas y unas veces más, sencillamente por no creer ni en el pueblo ni en quienes estaban liderando nuevas propuestas para sacar del anonimato la región no se llegó a materializar ni éste ni el proyecto macro de Colitalia.

Los organismos que estaban trabajando en el proyecto de la colonización italiana además de interesar al gobierno italiano de favorecer la iniciativa y de conseguir su respaldo; también conceptualizaron una nueva forma de colonización elevando a la persona como único fin, según el texto consta que “El gran objetivo de una colonización ha de ser la valorización del hombre, proporcionándole inicialmente los medios materiales, hasta lograr el desarrollo de su iniciativa privada, como clima apto para el desarrollo de los valores de su espíritu: inteligencia, libertad, religión, sentido social, coordinación, autodeterminación, propiedad privada y cultura” (Ozaeta, G. enero de 1960). Aunque publicado unos años después por el Departamento de Colonización fue tomado de los documentos del frustrado proyecto Colitalia que mantuvo en vilo y desgastó a la misión previendo y originando ideas que estuvieran acorde con lo que se creía era una realidad.

Los anteriores estudios realizados sobre la región para que se llevara a cabo una nueva forma de colonización con personal extranjero en tierra colombiana, en la intendencia del Caquetá, estaban supeditados al veredicto de la FAO; cuando este organismo, representado por el doctor Romilio Rodríguez, visitó el área, su informe conclusivo de la visita no falló a favor de dicho proyecto. El impacto de esta negativa, afectó psicológica y moralmente a los misioneros y a quienes habían estado luchando con ellos, para alcanzar este ideal. Y por consiguiente, se fue perdiendo toda la confianza e ilusión de hacer del Caquetá, la región más prospera de Colombia<sup>120</sup>.

Esto se puede constatar en la oferta que un año después le hicieran a Monseñor Torasso a la Sociedad de Agricultores Japoneses: “hacer del Caquetá la despensa del mundo” (Tomiya, F. 28 de agosto de 1958), a quienes el obispo les ofreció contactos, sin involucrarse mucho en ello. Propuesta que posteriormente tampoco se consolidó, por las

---

<sup>120</sup> Después del veredicto adverso del representante de la FAO, la comunicación del vicariato entre sí y con los representantes del gobierno colombiano e italiano se da en un tono de aceptación de lo que para ellos representaba además de una derrota política y duro golpe a las expectativas de lucha por los pobladores del Caquetá.

mismas razones, que fracasó el proyecto Colitalia, “por considerar que no existen en la zona donde se desea instalar, las condiciones necesarias para garantizar el éxito de la empresa” (Rodríguez, A. R. 6 de diciembre de 1957)

En el informe de 15 páginas que presenta el técnico de la FAO se pueden leer el complemento que respalda su posición adversa a lo que esperaba la misión con ansiedad desde los comienzos de su trabajo colonizador y misionero en el Caquetá. “...Fundamenté un criterio adverso a la proyectada colonización por falta de comunicaciones, clima poco bueno, terreno no muy apto (...) El suscrito considera de muy dudoso éxito esa colonización; no hay perspectivas favorables para su desarrollo económico inmediato; considera inconveniente y de bastante riesgo establecer allá una colonia de inmigrantes europeos” (Rodríguez, A. R. 6 de diciembre de 1957)

La duda que dejó Rodríguez en su pronunciamiento proviene de las personas con las que se hizo asesorar ya que éstas no eran muy afines con los miembros de la misión porque les resultaban unas personas adversas a sus intereses personales. Los Laras, como eran conocidos en la región, sustentaban el poder económico y por ende el político desde tiempos pretéritos. Oliverio Lara, el asesor del delegado de la FAO, con el objetivo de tener la mejor información le envió un extenso cuestionario<sup>121</sup> que contenía dieciséis puntos, solicitando una variada y detallada información de las posibilidades de instaurar a una mayor escala la agricultura y la agropecuaria, en los siguientes términos: “y haciendo uso de su amable oferta de cooperación con las labores que la F.A.O. realiza en este país, mucho le estimaría proporcionarme la siguiente información, relacionada con la experiencia que la firma que usted representa, ha adquirido en el Caquetá” (Rodríguez, A. R. 26 de septiembre de 1957).

Éste es uno de los testimonios con las que se puede analizar la injerencia política de ciertos sectores de la sociedad caqueteña en oposición a los señores de la misión, infringiéndoles un fuerte golpe moral, fustigándoles una buena dosis de impotencia ya no solamente frente a los desafíos de la naturaleza, sino también sobre, quienes no estaban interesados más que en sus propios negocios. La Revista Tierra, en su informe

---

<sup>121</sup> Dicho cuestionario finaliza de la siguiente manera: “La información aquí solicitada la necesito, como le manifesté a usted, para documentarme en relación con un estudio de costo y posibilidades de instalación de una pequeña colonia ganadera entre los ríos Caquetá y Orteguzza, proyecto en el cual están interesado el ministerio de agricultura el Ministerio de Agricultura, el Comité Intergubernamental de Migraciones europeas (CIME), la Embajada italiana y el Señor Obispo de Florencia Monseñor Torasso.”

sobre la colonización, retoma el caso, en el que vaticina, otro hubiese podido ser el destino del Caquetá.

“En 1957 estaban tan consolidados en su nueva sede que solicitaron al Gobierno Nacional la adjudicación de una reserva de 40.000 hectáreas a fin de fundar una colonia italiana en esos territorios. Infortunadamente su gestión – apoyada por la Embajada Italiana, la del CIME y la Vicaria Intendencial, chocó contra el dictamen de la FAO, por ellos solicitado; lo que vino a retardar este proyecto que habría podido dar otros rumbos a la colonización colombiana de la Amazonía” (Bonilla, V. D. 1966. p. 18). Así que los elogios sobre la región al principio de la misión estuvieron por materializarse por medio de proyectos, que llamaba la atención de personas extranjeras que hubiesen podido aportar a la región nuevas expectativas de trabajo y de ser en el mundo.

### **5.5. Las vicisitudes en la tarea educativa**

La misión en el Caquetá realizada por los misioneros en el periodo de Monseñor Torasso, además de tener el ferviente deseo de llamar a la conversión a la gente y a la unidad entre sí mismo, tenía un fuerte compromiso con la educación de la intendencia. Propósito al que le dedicaron, grandes esfuerzos, en vista de su vinculación con el Gobierno Nacional al que debía de rendirle informes periódicamente. En este sentido, de acuerdo a la comunicación interna escrita, la misión se mostró decididamente diligente en mejorar lo que había y solucionar algunas deficiencias porque era consciente que solamente una aptitud así, legitimaba la presencia de la acción evangelizadora en la zona.

Pero no era únicamente este el aliciente, por el que se entregaron a la causa de la educación y el progreso, sino porque, querían ser coherentes con las convicciones institucionales, tanto de la congregación religiosa misionera como con la iglesia a la cual representaban y hacían parte. Colijas que por último se fusionaron con las expectativas de los pobladores de los diversos lugares, configurando una sola unidad, produciéndose en consecuencia resultados a muy corto tiempo, demostrando así la misión ofrecer expresiones de civilidad a la sociedad caquetense de los años cincuenta.

No obstante, frente al aparente éxito divulgado por algunos medios de comunicación y por el mismo prelado unos meses antes de su fallecimiento, se manifestaron voces disonantes, según las fuentes consultadas en dos ocasiones, la primera en 1955 cuando



los habitantes de Belén de los Andaquíes enviaron un memorial al Ministerio de Educación advirtiendo algunas arbitrariedades con respecto a la educación por parte de la misión y la segunda en 1960 difundida en el periódico El Espectador. El objetivo es dar a conocer las denuncias de la Investigación 31, tomadas por algunos testimonios de personas del pueblo, en donde se da a conocer a la opinión pública, según lo difundido la gravedad de la educación en las selvas colombianas, críticas que hicieron tambalear a la misión.

### **5.5.1. El caso Andaquí**

La reforma a la educación implementada en el Caquetá por parte de los Misioneros de la Consolata a principio de los años cincuenta con la que se pretendió llegar al mayor número de pueblos y veredas, construir escuelas y aumentar del personal docente, no fue del agrado de todos según Monseñor Cuniberti ya que “Mientras Monseñor Torasso y los padres avanzaban con tantos proyectos y realizaciones para favorecer sobre todo la “educación” en todos los pueblos, recibían ataques alevos de tipo más bien politiquero”, que no lograron trascender el espacio local ni suscitaban la debida preocupación del Obispo y sus misioneros.

Como veíamos anteriormente el caso de Belén de los Andaquíes, cuya queja fue elevada al Ministerio de Educación, desde donde se le comunicó al Obispo, tomándolo por sorpresa de acuerdo a como se lo hizo saber al padre Salateo, párroco de Belén, que a su vez le causaba el mismo afecto. “En estos días, me llegó del Ministerio de Educación una carta autógrafa, firmada por unos señores de Belén, con la cual los señores firmatarios se dirigen al Ministerio para acusar al suscrito de graves actuaciones contra el bien y los derechos de esos colonos de su jurisdicción” (Torasso, A. mayo de 1955)

Para motivo de asombro el vicario continúa especificando otros detalles, como por ejemplo “El Ministerio fue tan gentil que tuvo la amabilidad de devolver la carta original a este despacho, pues le pareció increíble, que personas que revisten la máxima autoridad en ese pueblo, tuvieran el atrevimiento de dirigirse en términos tan indelicados y faltos de educación al Señor Ministro contra su propio obispo”. Las personas fueron el alcalde, el personero y sus respectivos vocales, lo que para el obispo significó una máxima alerta, que a solo tres años de su administración, una autoridad local manifieste abierta y decididamente a la máxima instancia de gobierno tal descontento y desaprobación de su política educativa.

El texto, en su extensión y estructura es el siguiente

Belén Caquetá, Febrero 20 de 1955

Señor

MINISTRO DE EDUCACION NACIONAL

BOGOTA.

Ciudadanía de éste Municipio, hallase situación correlativa ante normas pretende establecer S.S Antonio Torasso, Inspector Educación Caqueteña, que sin mirar abnegado patriotismo intrépidos moradores ésta por colonizar región, privalos en forma injustificada educación sus hijos suprimiendo actualidad jurisdicción corresponde éste municipio, número total cuatro escuelas anteriormente creadas, que en forma notoria venían señalando diáfanos derroteros pueblo infantil, esperándose con ello porvenir glorioso nuestra patria. Además personal docente día a día disminuye más y aún más escasos y reducidos registranse sueldos a la vez que con placer llamase iniciar carrera magisterio personas que solo disfrutaban simpatías de quien corresponde velar por éste ramo; mientras que institutores de gran trascendencia halláanse situados posición neutral por motivo reducción sueldo con los cuales no alcanzan remediar en parte necesidades personales, sociales, palpando situación presente. Artículo 33 ley 89 de 1888 estatuye Alcaldes e Inspectores Policía ejercen funciones tocándole inspectores instrucción primaria, por ello Alcalde ésta adhiere nuestra justa petición.

Sabese que en región Caqueteña, con plausible acogida piensase llevar a la supresión temporal treinta locales con la cual perjudicarse en su totalidad pueblo educando.

Urge Respuesta. Atentamente.

S. ANTONIO CARDONA

Alcalde

LUIS ADAN TORRES C.  
CARDONA TORO

PEDRO LEON TORRES  
CALDERON

EMIGIDIO CARVAJAL

Personero

POMPILIO

MARIN SABI

De acuerdo a lo expresado por el obispo, “la comunicación está redactada en términos telegráficos”, por eso, las frases se hallan incompletas, pero aunque el mensaje ha sido contundente, que según la exegesis hecha por el directamente implicado escribe “Acusan además al obispo de haber cerrado cuatro escuelas en ese Municipio, de querer cerrar otras treinta en todo el Caquetá, de haber rebajado los sueldos a los maestros, de

haber votado del magisterio institutores de gran trascendencia y aceptado a otros indignos de tan delicada misión” (Torasso, Salateo).

Verdadero campanazo de alerta a la manera en la que se estaba ejerciendo la educación en este municipio, pues las denuncias, parece estar sustentadas en la realidad por la forma directa en la que son presentadas. La relación consigna algunas dimensiones con su respectiva causa y efecto, por ejemplo a mayor número de personal docente que llaman a “iniciar carrera en el magisterio” menor los sueldos en quienes no participan de dichas medidas. Lo que se puede inferir de esta denuncia es que posiblemente no se hubiesen hecho los esfuerzos suficientes en el pueblo de implementar las propuestas que sobre la educación venían adaptando en otras poblaciones del Vicariato. Y por último, se supone que por la querrela presentada obtuvieron una mejor atención.

Monseñor reporta lo ocurrido al Señor Intendente en los siguiente términos “Con un poco de pena le mando copia de la carta enviada al Señor Ministro de Educación por algunos vecinos de Belén. No lo haría si Ud. no me lo hubiera pedido y lo hago únicamente para su conocimiento, sin ningún deseo de que sea sancionados los autores de este escrito que, si encierra bastantes calumnias, éstas no alcanzan a herir, porque estoy seguro que esos buenos vecinos no lo hicieron con toda la malicia que parece notarse en la carta” (Torasso, A. 7 mayo de 1955). Y concluye confidencialmente, haciéndole una petición “Me permito rogarle, pues, a no tomar medidas drásticas a cargo de ninguno de los empleados que figuran firmando, a no ser que Ud. tenga otros motivos particulares para hacerlo”. (Torasso–Intendente)

La acreditación de esta forma de la educación formal e informal en la Intendencia, no fue fácil, ya que antes de la llegada de los misioneros de la Consolata era la autoridad civil la que tenía esta responsabilidad, lo que significaba, la adaptación a un cambio de régimen, con disciplinas estrictas, propugnando por la equidad poblacional. En este sentido, es lógico emprender de una manera valerosa, acciones de cualquier orden para hacer notar las flaquezas de la administración eclesiástica. Como por ejemplo, la forma de pago de los maestros, la cual se había implementado que la plata la recibiera la misión y fueran ellos los que la entregaran a cada profesor, convirtiéndose esta generosidad de parte de los misioneros, en un acto polémico con autoridades del Ministerio de Hacienda y Crédito Público, dilema que se dirimió a favor de la misión después de acaloradas discusiones.

En fin, esto era solo el comienzo, de la misión de cosechar frutos de diferentes tintas: unos fortalecían el ego, cuando se proclamaba la intrepidez de sus realizadores y más cuando los balances económicos sobrepasaba el poder adquisitivo de la misión, y entonces se atribuía a la Providencia, los excedentes necesarios con lo que se proclamaban las obras puestas en marcha en beneficio de la comunidad, entre las que no solamente contaba la educación, sino la salud y la formación de líderes y tecnológica. Pero también es cierto, que paralelo a estas medianas satisfacciones, se soportaban grandes desdichas, porque la sociedad no es homogénea ni las prioridades son iguales y no se puede satisfacer a cada uno según sus gustos; en consecuencia los problemas son una constante que vacían las fuerzas materiales y espirituales, de cualquier individuo o grupo humano.

### **5.5.2. La misión de El Espectador**

Los inconvenientes de la misión de la Consolata en el Caquetá tuvieron mayor trascendencia luego de la visita que hicieron unos periodistas de El Espectador en septiembre de 1960 al Corregimiento de Puerto Solano. El objetivo de dicha visita, lo expresa Marco Tulio Rodríguez, enviado especial de El Espectador al iniciar su crónica de las siguientes palabras “En la selva del sur, intendencia del Caquetá, 280 kilómetros abajo de Florencia, su capital, abre un hueco más o menos próspero a la manigua el Corregimiento de Solano, escogido para la investigación número 31 de la campaña municipios olvidados” (El Espectador. Domingo 18 de septiembre de 1960).

Éste pueblo tenía una vida mucho más activa debido a la existencia de la Base Aérea, a pocos kilómetros del caserío, la misma misión 31 de El Espectador, comenta el hecho “Hace un año la base aérea de Tres Esquinas fue levantada. Se llevaron los aviones. Los aviadores y los soldados”, quedando el pueblo sumido en una gran soledad y con las siguientes repercusiones “les hace falta el funcionamiento de la base que curaba el hambre de las tribus comprándoles sus productos agrícolas y el mercado para los colonos”. El primer misionero de la Consolata que se puso al frente de esta realidad fue el padre Basilio Cominardi, quien hizo las funciones de Capellán de la base aérea y párroco de Solano, y que además estaba encargado de visitar y asistir a los habitantes que se hallaban sobre el río Orteguaza y Caquetá. (Fusaroli, p, 149)

Para la fecha en que se da la visita, el padre Basilio había sido remplazado por el padre Bruno Kalthenhauser quien asumió en el contexto de los colonos, porque según Marco

Tulio, “algunos militares prefirieron dejar los aviones que la selva”. La controversia que suscitan los enviados de El Espectador tiene que ver con las declaraciones sobre la educación que algunos miembros de la comunidad le ofrecen al reportero Carlos J. Duica, quien deja un manto de dudas sobre esta actividad de la misión, no solamente en el pueblo visitado sino en toda la región del Caquetá. Dichas, aseveraciones provocaron una fuerte reacción del Vicario, quien ya se hallaba hospitalizado de su leucemia.

De acuerdo con lo que Duica, puede constatar y con la versiones de los entrevistados sus comentarios tienen el siguiente despliegue

“Aquí, como en todos los llamados territorios nacionales (intendencias y comisarias), la enseñanza está a cargo de misioneros católicos en virtud del Concordato vigente. Este hecho, que en sí mismo considerado implica una enajenación, por parte del Estado de su elemental deber de impartir educación a los colombianos, se agrava mucho más en Puerto Solano y en todos los pueblos localizados en las riveras del río Orteguzaza y, en general, en el territorio de la intendencia del Caquetá, si se tiene en cuenta que los misioneros que aquí se encuentran dirigiendo y orientando la educación son extranjeros (italianos de la Congregación de la Consolata) muy abnegados, como todo misionero, pero que escasamente balbucean el idioma castellano”  
*(El Espectador (1960, 18 de septiembre) “Hay Fallas en la Educación Misional en la Selva”, Bogotá, p,*

El autor, pretende cuestionar desde las decisiones estatales, la función particular que se realiza en el Caquetá y trata de deslegitimar las políticas concordatarias que se habían renovado recientemente en el país en contraste con las revistas de difusión misional que quisieron desplegar una nutrida información de las obras en funcionamiento en la intendencia por obra e iniciativa de la misión. Por eso, después de mencionar algunas de las deficiencias que el autor identificó él afirma que “esta situación no se compadece con un Estado que debiera garantizar al conglomerado una educación acorde con las realidades nacionales, en cuyo caso debería de estar dirigida por personal colombiano apto y capaz de cumplir con tan apremiante obligación” El Espectador (1960).

Además de la contextualización jurídica, política y espacio-temporal, el reportero hace mención de otros temas relacionados con la misión calificando esta actividad como “disfrazado sistema de alfabetización que prospera en las selvas colombianas (...) que padece Puerto Solano y presumiblemente todo el Caquetá” (El Espectador (1960)). Así mismo Duica afirma que “dada la extensión territorial de Solano, los misioneros de la Consolata están en imposibilidad física de conocer toda la realidad social”, testimonio que toma del corregidor Juan Vicente Gómez, quien prosigue “Creo que si la educación

estuviera directamente a cargo de la Intendencia, sería mejores las condiciones de la escuela”

En ese momento de la vida de Monseñor Torasso, hallándose en su lecho de enfermo, Monseñor Cuniberti comenta “después de leer semejantes conceptos no aguanta más y, a pesar del escalofrío que tiene por la fiebre que lo atormenta y de tanto cansancio físico, escribe el 20 de septiembre de 1960 una carta a los ciudadanos de Solano con nombre y apellido”. (Apuntes, p. 192), Frente a las notas decepcionantes de los habitantes del pueblo, el Obispo se cuestiona, después de haberles reclamado su falta de honestidad... “y me pregunté si valía la pena continuar interesándose tanto por un pueblo tan desagradecido...Resolví que sí, porque en fin, los misioneros no hemos abandonado a nuestra Patria y las comodidades que ella nos ofrecía para buscar honores y gloria, sino para llevar nuestro granito de bien y de servicio al prójimo, allá, donde la existencia de los hijos de un mismo padre es más dura, más olvidada y más la margen del progreso”.

La prolongación de su quebranto, lo hace escribiéndole al señor Intendente Tirso Quintero, manifestándole su sentimiento acerca de quién hizo el informe reduciendo a la nada el esfuerzo de varios años de lucha y sacrificios. “Mi sorpresa tan ingrata se refiere sobre todo a la descripción de los problemas de Solano, en particular al artículo “Hay fallas en la educación misional de la selva” (...) En este artículo aparece todo el desprecio y la ingratitud de un alma sin nobleza y de un espíritu realmente muy poco liberal, a pesar de ser liberal el articulista”. (Apuntes sobre Monseñor Torasso. p. 194) y como si quisiera, persuadir al Intendente del dolor que embarga su corazón, en un tono, de más confidencialidad prosigue:

“Francamente doctor, lo primero y tal vez lo único que se nota en ese reportaje no es el amor a Colombia, ni al Caquetá, sino el más bajo desprecio a los misioneros, por extranjeros y tal vez por católicos, en una total e insistente ofensa a la verdad, un extraña falta de lógica y una crasa ignorancia de las cosas y de la realidad educacional en el Caquetá y sobre todo un lamentable fanatismo tan contrario a la tolerante doctrina liberal”.

Al querer dar razones con las que pretendía volver a levantar lo que había quedado sin mérito alguno ante la opinión pública, Monseñor Torasso, se devuelve en el tiempo recorriendo paso a paso las diferentes etapas llenas de detalles con las que pretendía

farle un cambio a la región. A medida que va construyendo el relato del paisaje en el que se haya el Caquetá, después de aproximadamente una década de trabajo, lo confronta con las palabras del articulista y no le queda, sino lamentarse dolorosamente de esta jugada hecha tanto por la comunidad local, como del equipo periodístico.

Así que, ante un estado de salud deteriorado en los que se encontraba el Obispo, junto al sentimiento de impotencia que lo había venido acompañando, desde muy temprano al estar liderando los destinos de la misión en el Caquetá, respaldado por una sutil indiferencia de sus cohermanos, empezando por los más cercanos, hasta los más lejanos; se aúna, ahora, lo que significaría el fruto de sus esfuerzos y al estos ser proclamados en notas disonantes, la existencia de este humilde hombre llegó a su final. De hecho al mes, la televisión y los periódicos reportaron elocuentemente el deceso del Jerarca.

## Conclusiones

El estudio de la Misión de los Misioneros de la Consolata en el Caquetá entre los años 1951 a 1960 ha permitido llegar a algunas conclusiones. El primer punto que habría que destacar es lo providencial que resultó para la institucionalidad del Estado y de la Iglesia la Intendencia del Caquetá como territorio de misión. Con la instauración del nuevo Vicariato, se lograron los propósitos que tenían los Misioneros Capuchinos con marcada anterioridad de hacer un recorte de su radio de acción, empeño que también comenzó a hacer parte de la Curia Romana, la cual instó no solo a la Iglesia en Colombia sino también al Gobierno Nacional en procurar la búsqueda de una comunidad religiosa que se responsabilizara de las tareas propias de estos lugares del país.

Con la llegada al país de la Consolata se vislumbró tanto lo que se estaba anhelando aquí cuanto ellos traían como objetivo poder participar con su labor misionera en el territorio colombiano. El seguimiento investigativo de la estada, acciones y compromiso de una parte de esta congregación en el sur del país, ha permitido conocer algunas características de la historia colombiana, específicamente lo relacionado con dos instituciones significativas, permitiendo hacer una serie de convergencias entre la historia de la Iglesia y el Estado en el Caquetá, en medio de un contexto político como el de la década de los cincuenta del siglo XX en la que la intolerancia e intransigencia de los líderes espirituales y políticos había tenido graves consecuencias. En este sentido, la investigación permitió comprender el accionar de la Congregación religiosa y su manera de proceder en medio de la disputa nacional.

Además de la providencialidad institucional, otros de los que se vieron implicados positivamente fueron fundamentalmente los que estaban comenzando a rehacer sus vidas en este nuevo escenario de la geografía colombiana. Ya que fue por ellos que confluyeron los acuerdos desde el exterior de la zona y para quienes los Misioneros de la Consolata se adhirieron a una causa social y es el segundo aspecto que se quiere resaltar.

Con algún conocimiento previo de la realidad del país y de la localidad de misión asignada, más las aspiraciones grupales y personales de los misioneros que se lanzan a la causa colonizadora y “civilizatoria” del Caquetá que por esa época era de uno de los escenarios preferidos por los desarraigados de sus lugares de origen. Esta comprensión se dirigió básicamente en tres dimensiones que se basaron fundamentalmente en la



educación formal e informal, en una variada visión progresista, en cuanto financiamiento en la construcción de infraestructuras, llegando así a perfilar algún patrón cultural.

La educación fue la dimensión a lo que los misioneros le dedicaron mayores esfuerzos, puesto que el equipo de sacerdotes consideraba que ésta se convertiría en el motor con el que se jalonarían el progreso de esta sociedad. En la búsqueda de este ideal desplegaron recursos humanos y económicos que permitieron el cubrimiento de la demanda, a pesar que para su desarrollo se contó con la participación del Estado, particularmente en términos económicos. Así mismo se trabajó con escuelas técnicas en las que se pretendía cualificar la mano de obra del sector obrero y artesanal; en este mismo sentido se intentó trasladar al campo dichos programas pero que no se lograron consolidar tales proyectos.

El incentivo de la educación para el desarrollo de la región, se respaldó con una infraestructura que respondía a las expectativas del momento, en varias zonas urbanas y rurales de la Intendencia; y adicionalmente se llevaron a cabo otras obras destinadas a la salud y a la vivienda. De igual manera se construyó una carretera de 60 kilómetros que facilitó el acceso a la orilla del río Caquetá, obra que puso a soñar a la misión con una colonización colombo-italiana buscando darle un dinamismo comercial a este parte del territorio que según estudios de suelo y clima era apta para la producción agropecuaria. Además del trabajo material y evangelizador ejecutado, también se quiso acreditar la tierra del Caquetá con una intensa campaña con la que se pretendía llamar la atención de posibles inversionistas nacionales e internacionales.

Entre los frutos alcanzados a partir de las anteriores iniciativas, se logró la toma de conciencia de muchos hombres y mujeres sobre la realidad política, económica y social que los rodeaba y los determinaba, así fue como desde muy temprano algunos de los que participaron de los proyectos emprendidos por la misión se lanzaron al ámbito de la política al servicio del Estado en diferentes instancias, otros optaron por una formación como clérigos y unos se ubicaron en la naciente oposición ideológica, haciendo parte posteriormente de los grupos al margen de la ley que hicieron de esta tierra una plataforma para sus programas de reivindicación social. Este ambiente de crítica y de búsquedas de alternativas facilitó la unidad, fraternidad e identidad en los trabajos comunitarios, en las relaciones humanas y por supuesto, en las celebraciones religiosas.

De esta manera y como una tercera conclusión se logra percibir que la misión se implicó en las diferentes dimensiones de la sociedad caquetense, hecho que puede ser analizado positivo en cuanto mantuvo ideales que eran de bien común, pero controvertidos a la hora de tomar partido por comunidades específicas, ya que otras pedían igual tratamiento para sus propios intereses. En esta misma línea pero a nivel político e ideológico fueron mucho más frecuentes las disputas, llegándose a presentar fuertes altercados y encendidos debates que se dirimían por medio de las dependencias gubernamentales. Con esta dinámica de consenso y del disenso, la misión propició espacios de formación de líderes, que urdían la necesidad de hacer la transformación social con recursos locales y teniendo la esperanza de contar con el aporte tanto en el conocimiento en el agro como a nivel económico por un país amigo.

El veredicto adverso de la FAO, que se trató en el capítulo 5, fue un palo en la rueda de algo que había comenzado a girar desde la posesión del Vicario Apostólico Monseñor Antonio María Torasso, por lo que la misión no logró su desarrollo esperado, sino que por el contrario se vio afectada negativamente en su ideal proyectado. Esta situación no logró revertir lo tradicionalmente consensuado por los grupos políticos y de la clase dominante, de hacer del territorio un espacio que se pudiera ofrecer como salida a la problemática de violencia que se vivía en el centro de país y de esta manera propiciar fundamentalmente una acreditación del territorio y por consiguiente una inclusión en la economía nacional. Fue así que se le negó una vez más la posibilidad de ser en la actualidad un departamento con una economía propia basada en la industria y el comercio.

Finalmente la importancia de este estudio de la misión en el Caquetá, sirve para revestir de significado y comprensión la historia de este pueblo que continuamente busca reinterpretar su pasado para resignificar su presente. En efecto la institución eclesiástica no ha sido ajena en ningún momento al desarrollo de la vida política de la región y por consiguiente del país; su participación en los grandes debates en los que se han tomado decisiones contundentes en pro de la comunidad local, la han llevado a aceptar responsabilidades como la de ser garante de paz en varias oportunidades. Así mismo, se ha de destacar la entereza de muchos hombres y mujeres que no solamente respaldaron con su fuerza e inteligencia el trabajo misionero, sino que ofrecieron parte de sus bienes

en solidaridad tanto con los religiosos como con quienes hacían parte del mismo contexto en situaciones menos favorables.

Este estudio arroja luces sobre muchos de los problemas que han afectado a lo largo de la década del cincuenta 1951-1960 en el Caquetá y por ende tangencialmente de Colombia: las deficiencias del Estado en apersonarse de los territorios de “frontera”, la ausencia de una política destinada a facilitar las colonizaciones, las trabas para encontrar espacios de concertación, el sometimiento del consenso a la fuerza todo ello encuentra, en cierta medida un principio de explicación en las enormes dificultades que tuvo la misión en esta región del país para promover el desarrollo y la conciliación de una sociedad plural y tolerante.

Para terminar es estimable señalar los desafíos a los que la misión se vio abocada en ese entonces y que se ha mantenido como una constante dentro del ministerio de los misioneros en el país, siempre han convivido en lugares de de alta conflictividad social, inicialmente político, después por razones de defensa o conquista de espacios para ejecutar acciones violentas, sin abandonar estos escenarios aún cuando las circunstancias se han mostrado demasiado peligrosas, convirtiéndose en la fuerza que ha sostenido a las comunidades tanto para no abandonar sus propiedades como para continuar con la esperanza de un mejor futuro.

## Fuentes primarias

**Archivo de la Curia de Florencia Caquetá (ACFC)**

**Archivo de la Casa Provincial de los Misioneros de la Consolata en Bogotá (ACPMCB)**

**Archivo de la Casa Generalicia de los Misioneros de la Consolata en Roma (ACGMCR)**

Alcalde Municipal (14 de octubre de 1952), *Registro Civil N° 211*. Florencia

A.I. Staffe. *MEMORANDUM*. (27 de octubre de 1952), Florencia, (FAO – Misión).

Bidegain, Ana María (coord.) (2004) *Historia del cristianismo en Colombia. Corrientes y diversidad*. Bogotá, Taurus.

Boetti, G. (7 de mayo de 1949), *Diario, Guataquí Cundinamarca*.

Boetti G. Quaranta anni di Colombia. Visita da Vicino, s.d.

Bonadonna, Telésforo. (1953), *Caquetá: Tierra Prometida*. Turín. s.e.

Cabrera, L. (septiembre 26 de 1952), *Excmo. Y Rvdmo. Sr. Obispo Vicario Apostólico del Caquetá*. Florencia.

Constantini, Celso. (14 de gennaio 1952), *Sacra Congregazione de Propaganda Fide*. Prot. N, 112 / 52. Roma. Secretario.

Colombia, Alcaldía Municipal (1952, 22 de diciembre), “*Decreto número 88 del 17 de diciembre de 1952, por el cual se declara huésped de honor a un ilustre visitante*.”

Colombia, Intendencia del Caquetá (1952, 14 de octubre), “*Decreto N° 133 del 30 de septiembre de 1952, Por el cual se rinden unos honores póstumos al Reverendo padre Migani*.”

Cumer, B. (1954), *La Madonna Pellegrina in viaggio per tutto il Vicariato*. Florencia

Cumer, B. (12 de diciembre de 1954), Bogotá.

Demichelis, G. (agosto 22 de 1955), *carta a Monseñor Antonio M. Torasso, Inspector Nal. de educación del Caquetá*. San Vicente del Caguán.

Demichelis, G. San Vicente del Caguán, 18 de junio de 1952.

Demichelis, G. San Vicente del Caguán, jueves 18 de diciembre de 1952.

Díaz, Cabrera, D. (31 de agosto de 1953), *Gerente del Instituto de Parcelaciones, Colonización y Defensa Forestal*. Florencia

El Magisterio Rural. (Sábado 3 de mayo de 1952), *Excelentísimo señor Antonio María Torasso, Vicario Apostólico del Caquetá; Reverendísimo padre Superior General de la comunidad Consolata*, Florencia.

*El Siglo*. (1957, 3 de julio), “*Colonización de 40.000 hectáreas en el Caquetá*”. Bogotá, p 3B.

Bianco, M. (1974, -abril), “*Los males del Vicariato eran: pobreza, ignorancia, abandono, aislamiento y analfabetismo*”, en *Missioni Consolata*, núm. 24, pp. 12-15

Exmo. y Rdm. Sr. Antonio Samoré. Nuncio Apostólico de Su Santidad. (1952), Florencia. s.a.

F.A.P. (1977), marzo-mayo “*Cinco años de labores*”. En: *Revista de Obras Misionales Pontificias*. núm. Treinta y siete P.P. 4-6

Fusaroli, G. *Successi I°. Dal novembre 1947 all 'Aprile 1961*, s.d.

Gallea, G. (4 de enero de 1949), *carta al padre Torasso*, Roma.

Gutiérrez, Tamayo, G. A. (septiembre 13 de 1954), *Excmo. Señor Antonio María Torasso, Vicario Apostólico e Inspector Nal. de educación*. Florencia.

I.M.C. (1983), *Apuntes sobre Monseñor Torasso y los Misioneros de la Consolata en Colombia desde 1947 a 1960*. s.e.

Migani, G. (1951, 29 de julio- 25 de agosto), *Visita a San Vicente del Caguán y regiones limítrofes*. Florencia.

Migani, G. (mayo de 1952), *carta a Monseñor Torasso*. Florencia.

Monseñor Antonio María Torasso. (16 de abril de 1952), *Homilía de posesión*. Florencia.

Ortega, G. G. (3 de mayo de 1952), *con ocasión de la despedida y recepción de los dignos prelados Fray Plácido Crous y Antonio M. Torasso*. Florencia.

Ozaeta, G. (enero de 1960), *Colonización en el Caquetá. Algunos aspectos humanos de la colonización. Invitado Especial por el Departamento de Colonización*. Florencia.

Perdomo, S. (20 de julio de 1952), Florencia.

Rivera, D. (3 de mayo de 1952), *Oración pronunciada en el teatro de Florencia, Caquetá*, en la noche del 3 de mayo de 1952.

Rodríguez, A. R. (6 de diciembre de 1957), *Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación. (FAO) Misión en Colombia*. Bogotá.

Rodríguez, A. R. (26 de septiembre de 1957), *Señor Don Oliverio Lara B*. Florencia.

Rodríguez, M. T. (1960, 18 de septiembre), “*Por qué se acabó Tres Esquinas*”, en *El Espectador*, Bogotá. p. 1A – 3A.

S.S. Pío XII (10 de febrero de 1952), *Exhortación de S.S. Pío XII a los fieles de Roma [y al mundo]*.

Teniente Coronel Córdoba, B. J. (23 de octubre de 1952), *Necrología. Padre Juan Bautista Migani, Misionero de Nuestra Señora de la Consolata*, Florencia.

Tisserant, E. (10 de enero de 1950), *Pío Obispo, siervo de los Siervos de Dios. Canciller de la Santa Iglesia Roma y Decano del Sacro Colegio*. Roma.

Tomiya, F. (28 de agosto de 1958), *Sociedad de Agricultores Japoneses "SAJA"*. Palmira – Valle.

Torfs, J. (21 de febrero de 1958), *Ex.mo. y Revmo. Monseñor Torasso*. Bogotá.

Torasso, A. (mayo de 1955), *Muy Rev. y Recordado Padre Salateo. Párroco de Belén*. Florencia.

Torasso, A. (19 de julio de 1957), *Señor: Alfredo Vélez Arango. Secretario Técnico y Secretario General Encargado*. Ministerio de Agricultura. Bogotá.

Torasso, A. (24 de octubre de 1955), *Reverendísimo padre Gaudenzio Barlassina, Procuratore Generale I.M.C.* Florencia.

Torasso, A. M. (julio 25 de 1953), *Reverendísimo e Ilustrísimo Mons. Carlo Martini. Incaricato di Affari Eccl. della S. Sede Nunciatura Apostólica Colombia-Bogotá*. Florencia.

Torasso, A.M. (23 de marzo de 1953), *carta al Reverendísimo e carissimo Padre Procuratore Generale*. Florencia.

Torasso, A, M. (7 de mayo de 1955), *carta a Daniel Díaz, Intendente Nacional del Caquetá*. Florencia.

Troasso, A. M. (20 de maggio 1955), *Reverendissimo Padre P. Vittprio Merlo Pich, Consigliere Generalizio, Visitatore in Colombia*. Florencia

Torasso, A. M. (maggio 27 de 1955), *Reverendísimo Padre Merlo Pich, visitatore*, Florencia.

Torasso, A. (29 maggio 1955), *Rev.mo Padre. Vittorio Merlo Pich, Consigliere Generalizio*. Visitatore in Colombia, Florencia.

### **Fuentes secundarias**

Almario, Rojas, N. (1987), *Generalidades del Caquetá y el sector Agrícola*, Bogotá, Editores Guadalupe.

Arias, R. (2003), *El episcopado colombiano. Intransigencia y laicidad (1850 – 2000)*, Bogotá, Ediciones Unidas.

Artunduaga, Bermeo, F. (1998), *Historia General del Caquetá*. 4.ª ed., Florencia (Colombia), s. e.

Ayala Diago, César Augusto. (comps.), (2009), *Mataron a Gaitán, 60 años*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

Bonilla, V.D. (1966), octubre-diciembre “*La Selva, los Hombres y la Historia*. En: El despertar de la selva, Principales Aspectos de la Civilización del Caquetá”. núm. dos. PP. 13-19.

Bonilla, V. D. (1968), *Siervos de Dios y Amos de Indios. El Estado y la misión Capuchina en el Putumayo*, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo.

Borges M. Pedro, (1987), *Misión y Civilización en América*, México, Alhambra.

Cabrera, Becerra, G. (2002), *La iglesia en la frontera: misiones católicas en el Vaupés 1850 – 1950*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

Christopher A. (1987), *Política, Iglesia y Partidos en Colombia*, Bogotá, Editorial Universidad Nacional de Colombia/ FAES.

Colombia, Procuraduría General de los Territorios Misionales de Colombia (1964), *Misiones y Misioneros en Colombia*, Editorial El Catolicismo.

Cordell, R. (1976) *El movimiento Gaitanista en Colombia 1930-1948*, Bogotá, Tercer mundo.

Cortés, Guerrero, J. D. (s.f), *Balance Bibliográfico sobre la historia de la Iglesia Católica en Colombia, 1945–1995*, Bogotá. Universidad Nacional de Colombia.

De Roux, R. R. (1981), *La Iglesia colombiana en el periodo 1930–1962*. En: Historia General de la Iglesia en América Latina. Tomo VII. (Colombia, Venezuela). CEHILA, Salamanca: Sígueme. PP. 517-551.

De Roux, R. R. (1981), *La Iglesia colombiana desde 1962*. En: Historia General de la Iglesia en América Latina. Tomo VII. (Colombia, Venezuela). CEHILA, Salamanca: Sígueme. PP. 559–589.

Figuroa, H. (2008), *Tradicionalismo, hispanismo y corporativismo. Una aproximación non sanctas entre religión y política en Colombia (1930 – 1952)*, Bogotá, Universidad San Buenaventura.

Forero, C, Víctor (2005), *El Concilio Provincial de Cartagena de Indias de 1902: Historia, análisis y relación con el Concilio Plenario de 1889*, Roma, Pontificia Universitas Sanctae Crucis.

González, Arias, J. J. (1992), *Espacio de exclusión, el estigma de las repúblicas independientes 1955 – 1965*. CINEP, Bogotá.

Gómez, López, J. A. (2005), *Putumayo: indios, misión, colonos y conflictos 1845 – 1970. Fragmentos para una historia de los procesos de incorporación de la Frontera Amazónica y su impacto sobre las Sociedades Indígenas [tesis doctoral]*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia. Doctorado en Historia.

González, F. (1981), *La reorganización de la iglesia ante el estado liberal colombiano (1850–1886)*. En: *Historia General de la Iglesia en América Latina*. Tomo VII. (Colombia, Venezuela). CEHILA, Salamanca: Sígueme. PP. 35 -399.

González, F. (1990), *La Iglesia jerárquica: un actor ausente*. En: LEAS, Francisco, ZAMOS C, León. (ed), *al filo del caos. Crisis política en la Colombia de los años ochenta*. Bogotá. Universidad Nacional de Colombia. Tercer Mundo Editores.

González, F. (1997), *Poderes enfrentados. Iglesia y Estado en Colombia*, Bogotá, CINEP.

Huntington, S. (1994), *La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX*, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica.

Las Misiones Católicas en Colombia (1919), *Labor de los misioneros en el Caquetá, Putumayo, La Goajira, Magdalena y Arauca. Informes año 1918–1919*, Bogotá, Imprenta Nacional.

Las misiones en Colombia Obra de los Misioneros Capuchinos (1912), *Caquetá y Putumayo*, Bogotá, Imprenta. La Cruzada.

LeGrand, C. (1988) *Colonización y protesta campesina en Colombia 1850-1950*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

López, A. (2004), *Gregorio XVI y la reorganización de la Iglesia Hispanoamericana. El paso del régimen de patronato a la misión como responsabilidad directa de la Santa Sede*, Pontificia Universidad Gregoriana.

López, A. (1997), *Los Misioneros de la Consolata en Colombia. Los primeros pasos: 1947 – 1952*, Roma, Pontifica Universidad Gregoriana.

López, A. (2001), *Sembradores de esperanza. 50 años de presencia de los Misioneros y de las Misioneras de la Consolata en el Caquetá, (1951–2001)*. Memoria, Celebración, Misión. San Vicente del Caguán, s.e.

Misiones Católicas del Putumayo: documentos oficiales relativos a esta comisaria. (1913), Edición Oficial Ilustrada, Bogotá, Imprenta Nacional.

Misiones y misioneros en Colombia (1964), *Publicado de la “Procuraduría General de los Territorios Misionales de Colombia”*, Bogotá, Editorial El Catolicismo.

OBSERVATORIO DESC AMAZONÍA, NODO COLOMBIA. (2007). *Situación de los Derechos Económicos Sociales y Culturales en la Amazonía Colombiana*. Bogotá, ILSA.

Palacios, M. (1995), *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1994*, Bogotá, Editorial Norma.



Perdomo, Castañeda, G. (1994), *Caucheros, Indígenas y Capuchinos, Caquetá 1902-1916*. En: II Congreso departamental de Historia; I Simposio de Historia del Sur de Colombia. Neiva, Academia Huilense de Historia.

Pérez, Benavides, A. C. (2008), *Representaciones y prácticas sobre las tribus errantes: la construcción de la otredad en el proceso de redefinición de la política misional en Colombia 1869-1902*. En: Memorias del XIV Congreso colombiano de Historia. Tunja, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Tunja.

Prefectura Apostólica del Caquetá, Gobierno Eclesiástico (1913), *Informe del Prefecto Apostólico, Sibundoy, s.e.*

República de Colombia (1924), *Relaciones interesantes y datos históricos sobre las misiones católicas del Caquetá y Putumayo, desde el año 1632 hasta el presente*, Bogotá, Imprenta Nacional.

Sánchez, G. G. y Meertens, D. (1992), *Bandoleros, Gamonales y Campesinos. El caso de la violencia en Colombia*. Bogotá, El Áncora Editores.

Trejos, Valencia, J.J. (2006), *Revista: Caquetá Histórico. Testimonio histórico del Caquetá ante el mundo*, Florencia.

Tirado, Mejía, A. (1981) *Aspectos políticos del primer gobierno de Alfonso López Pumarejo 1934-1938*, Bogotá, Procultura.

Tovar Bernardo (coord.), (1995), *Los pobladores de la Selva*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología.

Trevisiol A. (1997), *Amarono una terra dagli orizzonti infiniti. Pagine di storia dei missionari della consolata in Argentina 1946 – 1978*. Roma, Edizione Missioni Consolata.

Trevisiol, A. (1991), *Innestati su un albero secolare. Pagine di storia dei missionari della Consolata in Basile: 1937-1969*, Roma, Edizione Missione Consolata.

Uribe, Misas, A. (1965), *Las misiones católicas ante la legislación colombiana y el derecho internacional público*. Bogotá. Lumen Christi.

## **Índices de mapas**

Mapa 1: Campamentos caucheros 1914 (ACFC)

Mapa 2: División Eclesiástica del Caquetá, 1951 (ACGMCR)

Mapa 3: Florencia Misionera, 1950 (ACPMCB)

## **Índice de fotos**

Foto 1: Base área Tres Esquinas, río Orteguaza 1950 (ACFC)

Foto 2: Padre Salateo de casería 1954 (ACPMCB)

Foto 3: Nuncio Apostólico Mons. Antonio Beltrami , 1949 (ACPMCB)

Foto 4: recibimiento de monseñor Torasso en el parque San Francisco de la Ciudad de Florencia, 1952 (ACPMCB)

Foto 5: Toma de Posesión de la Misión 1952 (ACPMCB)

Foto 6: Avión acuaticado ca. 1954 (ACPMCB)

Foto 7: Funeral Padre Migani en la catedral de Florencia, 1952 (ACGMCR)

Foto 8: Construcción del colegio La Salle, 1952 (ACGMCR)

Foto 9: Construcción de la carretera Villa Fátima-Solita, 1956 (ACFC)

Foto 10: Visita pastoral del vicario apostólico 1957 (ACPMCB)

Foto 11: Celebración de la Santa Cruz, 1959 (ACPMCB)

Foto 12: peregrinación terrestre con la imagen del Corazón Inmaculado de María, 1954 (ACPMCB)

Foto 13: Monseñor Antonio María Torasso, 1952 (ACPMCB)